

La Esfera



LLAMARA
Escultura
de Rigane

1 PTA

El dibujo que vive



Quando vea un anuncio
que destaque entre los
demás, fíjese debe ir
firmado así:
PUBLICITAS

HAY un dibujo especial, destinado a producir intensa y rápidamente una emoción: es el dibujo publicitario.

Los maestros de la pintura fracasarían dibujando anuncios. Hace falta una especialización, una disposición estimulada por la práctica.

Dibujar un anuncio no ha merecido nunca una primera medalla, pero ha contribuido a fomentar la riqueza de no pocos anunciantes.

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es un artista de multiforme capacidad y originalidad inagotable. Sabrá dar vida a lo que usted imagina, a lo que usted trasladaría al papel, de ser dibujante, para anunciar su Casa, sus productos, su negocio.

La Sección Técnica de PUBLICITAS crea dibujos que dan en el blanco.

PUBLICITAS, S. A.

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PLAZA DE CATALUÑA, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

Viajar

Cuando viaja a Caballo, en Vapor, Automóvil o Ferrocarril, al hacer largos paseos a pie, cuando se dé una asoleada o una mojada, siempre que se le mojen los pies, o que tome baños demasiado largos, todas las veces que tenga grandes sustos o contrariedades repentinas, la Mujer debe tomar una cucharadita de *Regulador Gesteira* y en seguida Medio Vaso de Agua!

Cuando haga Ud. algún viaje, lleve siempre en su maleta algunos Frascos de *Regulador Gesteira*.

Con los movimientos del barco o del Ferrocarril, con el sol o la lluvia, mojándose los pies, tomando baños demasiado largos, llevándose un gran susto o teniendo una cólera repentina o un fuerte pesar, ciertos Organos internos pueden sufrir un desarreglo, que fácilmente podrá ser el principio de una Enfermedad Grave!

Por lo tanto es de gran prudencia y de mucha utilidad tomar en estos casos una cucharadita de *Regulador Gesteira*.

Cualquier perturbación en los delicados Organos internos de las Mujeres puede dar comienzo a Enfermedades peligrosas y Males terribles!

Bailar

Después de los bailes, cuando vuelva de las Fiestas o de los Teatros, después de pasear en Automóvil, al llegar a la casa tome siempre una cucharadita de *Regulador Gesteira*

MARAVILLOSO Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural á LOS OCHO DIAS de usar el INSUSTITUIBLE **ACEITE VEGETAL MEXICANO**, PREMIADO GRAND PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada, y por eso se usa con las mismas manos, como cualquiera BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADISIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal ó cual color: es únicamente para devolver á los CABELLOS BLANCOS á su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTIA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS ó NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 ptas. Con uno de los de á 10 ptas. hay cantidad suficiente para un año de uso. Concesionarios: «La Florida». Fabricante: J. Beltrami, Diagonal, 566, Barcelona.

Exclusiva de las publicaciones de Prensa Gráfica

EN LA

ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

Y

LIBRERÍA CERVANTES, Avda. de Italia, 62

HABANA

WALKEN Estudio de arte fotográfico
SEVILLA, 16

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al segundo semestre de 1929

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0.15 para franqueo y certificado

CANARIOS

alemanes y todas las razas; anillas, alimentos y medicamentos. Mando libro enfermedades, gratis.

GARRIDO

Marqués Duero, 90, Barcelona

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

ROLDÁN

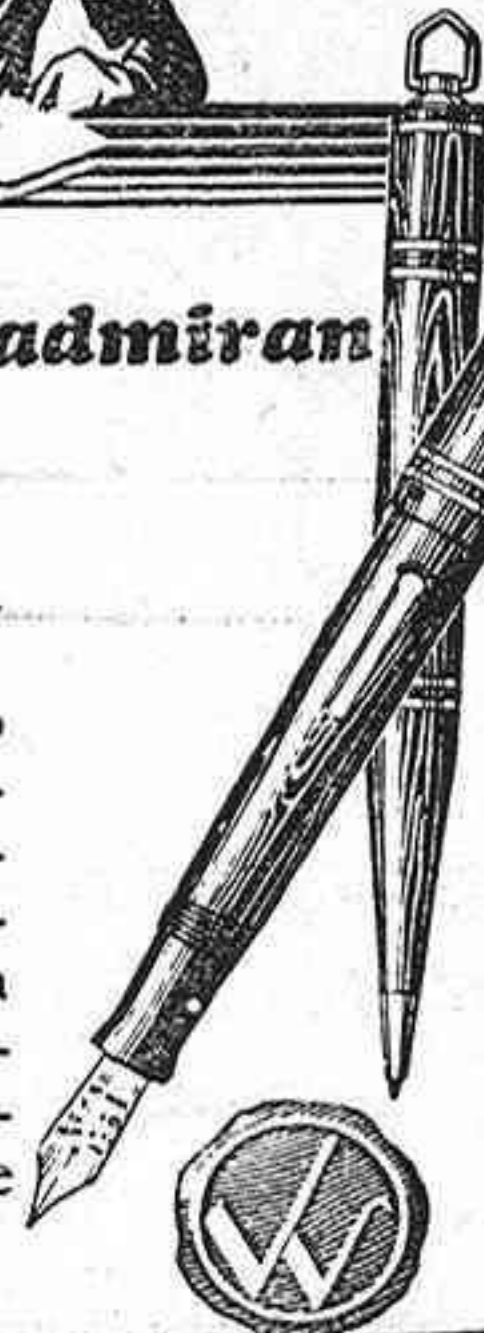
CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS
PARA NOVIA

Fuencarral, 85 MADRID
Teléfono 13443



Las damas admiran

lo exquisito de la Pluma y Lápiz Ever Sharp. Su ligereza sin debilidad ha sido siempre característica Ever Sharp. En los negocios, en la vida social, en el hogar—los Ever Sharp siempre se hallan activos.



EVERSHARP
PLUMAS-LAPICEROS

Se admiten suscripciones á nuestras Revistas en la **Librería de San Martín**
6, PUERTA DEL SOL, 6

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

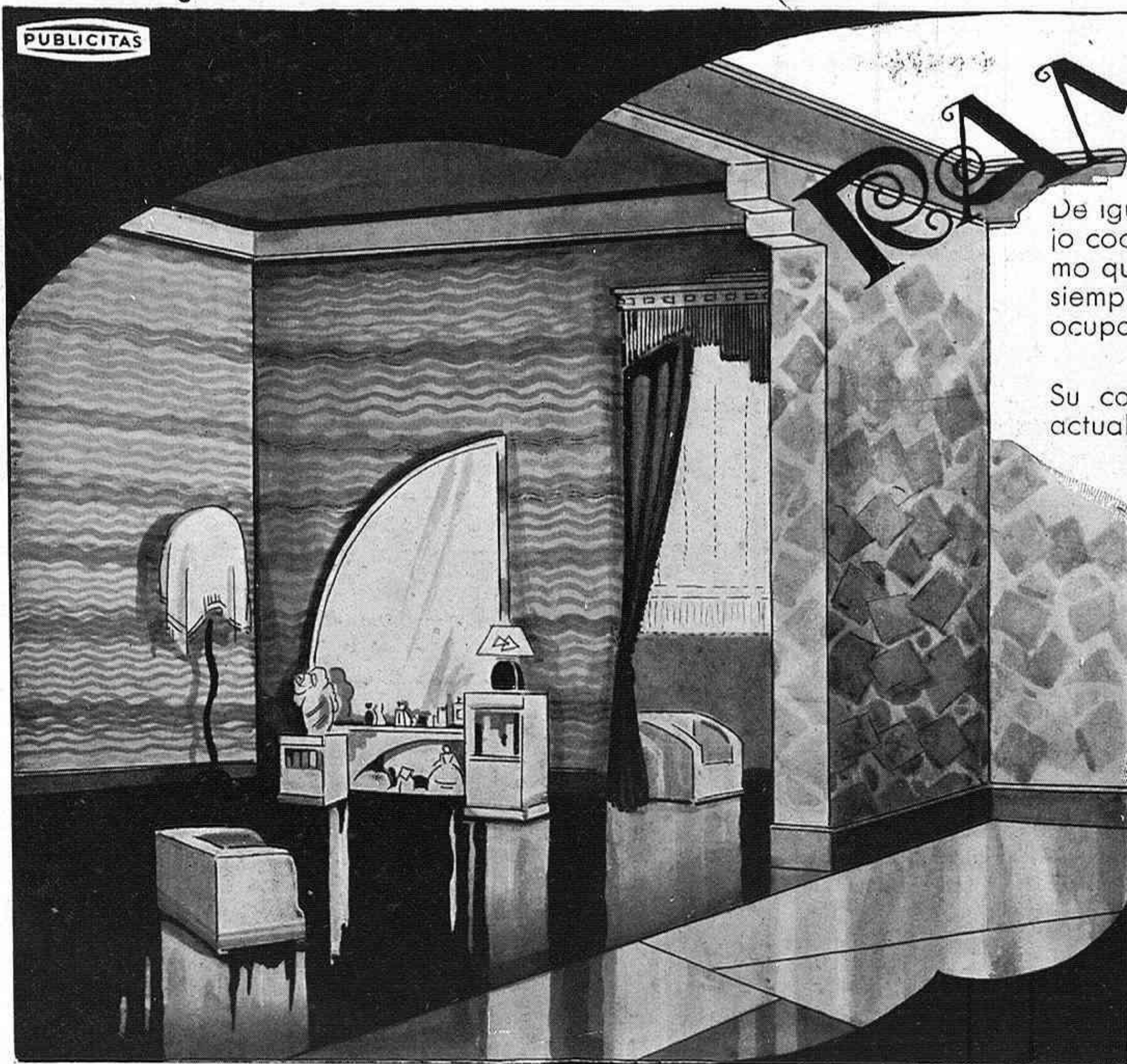
REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente á todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID



RAMAGA

De igual manera que cambió usted su viejo coche por un rutilante automóvil; lo mismo que renueva su vestuario para estar siempre á la moda, ahora debe usted ocuparse de algo más íntimo:

SU CASA

Su casa debe responder á los tiempos actuales.

Y una decoración moderna, original, bella, de refinada elegancia, sólo se la proporcionará

RAMAGA - Clavel, 2

Especializada en el forrado de paredes SEDAS, DAMASCOS, TERCIOPELOS, TAPICES, CORTINAS, VISILLOS, LAMPARAS, COJINES.

VISITE NUESTRA EXPOSICION DEL INTRESUELO



CLAVEL 2

Para efectuar los servicios de reparto y correo, y en general todos aquellos transportes dependientes de la edición de las Revistas LA ESFERA, «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico» y «Crónica», á base de unos treinta á cuarenta viajes semanales, se abre el consiguiente

Concurso de transporte

invitando á las Agencias de Transportes, industriales, y en general todos los dueños de camiones automóviles residentes en Madrid, á someter por escrito sus ofertas para hacerse cargo, durante el tiempo á convenir, del servicio de transporte arriba mencionado.

Para más detalles y ofertas dirigirse á PRENSA GRAFICA, S. A., Hermosilla, 57, Madrid.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

LEA USTED
EL VIERNES **NUEVO MUNDO**

CCC

**ROGAMOS
UNA PESETA**

AL MES, PARA LA

**CRUZADA
CONTRA EL
CANCER**

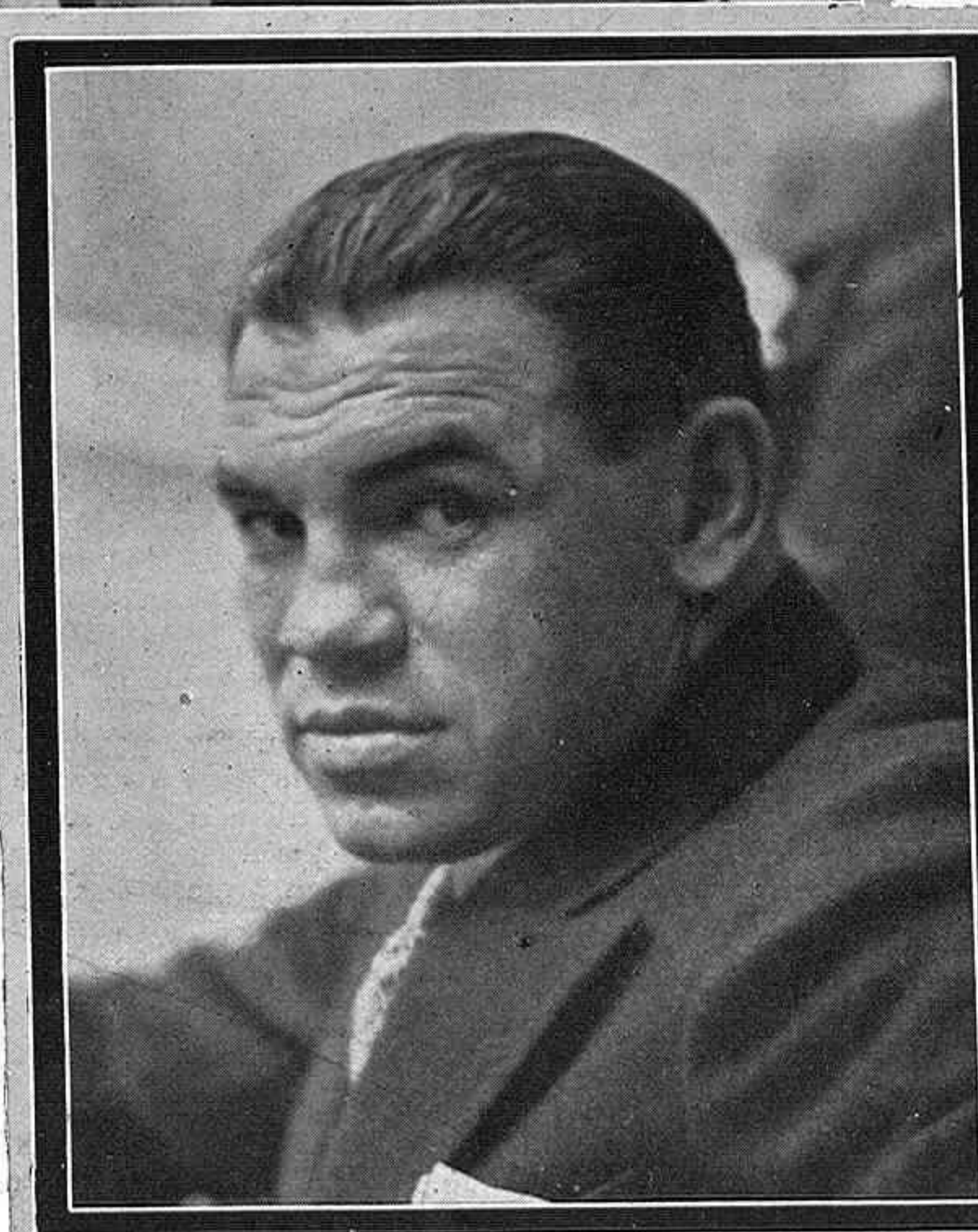
FERNANDO-VI-6-MADRID

CONCERTADO APARTADO

Los mejores retratos y ampliaciones

DIAZ CASARIEGO

Fernando VI, 5, planta baja **MADRID**



TRES PRIMERAS FIGURAS DEL BOXEO MUNDIAL EN BARCELONA

Además de los combatientes conocidos que combatirán en el Estadio de Montjuich, la Ciudad Condal tiene otro huésped, famoso pugilista. El campeón del mundo Max Schmeling no ha querido perderse el espectáculo de la apasionante pelea que presenciaron más de cien mil espectadores y cuyo vencedor será muy probablemente su rival para el título mundial. En la fotografía de arriba: la gigantesca figura del italiano Primo Carnera (á la izquierda), saliendo de la Estación de Francia de recibir al germano Schmeling (á la derecha). En el ángulo: uno de los últimos gestos de Uzcudun, el ex-leñador.

(Fots. Gaspar y Sport)

DE LA VIDA QUE PASA

LOS NOVELISTAS Y LA SOCIEDAD DE AUTORES

DE SINESIO DELGADO A FEDERICO OLIVER

EL lector, sin duda, sabe ya que, gracias a una felicísima iniciativa de Federico Oliver, va a constituirse en la Sociedad de Autores españoles una sección autónoma de novelistas. Una ponencia prepara ya la reglamentación necesaria, adaptando al servicio y defensa de los intereses de los novelistas la organización administrativa constituida por la Sociedad de Autores Españoles. Nunca es tarde si la dicha es buena; pero, en verdad, ha tardado demasiado tiempo esta incorporación de los autores de libros imaginativos al grupo de escritores y compositores dedicados a la producción teatral.

Se concibe que cuando Sinesio Delgado planeó la organización de la Sociedad de Autores limitara su objetivo a la recaudación de los derechos de autor en los espectáculos públicos. Darle mayor amplitud hubiera restado fuerza a la naciente Sociedad y hubiera complicado inútilmente su existencia. Era, además, el tiempo en que don Juan Valera declaraba que la más leída de sus novelas no le había producido suficiente para comprar un traje de corte a su esposa. Se señalaba el hecho de que no podían cultivar la novela quienes no tuvieran fortuna personal o patrimonio heredado. Así acontecía, en efecto, con Pereda, Valera, doña Emilia, Picón y el propio Galdós, cuya obra asombrosa en cantidad, calidad, fama y adaptación al gusto de las mayorías, hubiera producido muchos millones, no ya en otro país, sino en la España actual. Los novelistas sin rentas habían de rendirse a las exigencias editoriales y degradarse, como le aconteciera a Fernández y González y otros ingenios.

Mas pasados unos cuantos años, consolidada la existencia de la Sociedad de Autores Españoles, debió ampliar su radio de acción, acogiendo y amparando y defendiendo todas las formas de la producción literaria. Estaba tan cerca el ejemplo de la Société des Gens de Lettres, de Francia, y el de sus similares las Sociedades inglesa, italiana y alemana, que parece inconcebible que se haya retrasado tanto la incorporación que ahora se procura, y aun que esta incorporación se limite a esta otra casta de literatos privilegiados, designados con el nombre de novelistas. ¿Por qué no incluir a todos los autores de libros, sean cuáles fueren las materias de que traten, y por qué no incluir a los articularistas? Igualmente son servidores de la cultura y cultivadores de las letras, e igualmente tienen derechos que defender frente a organizaciones industriales y amparos que necesitan ante la escasa estimación en que nuestro país tiene todavía la producción intelectual.

EL DINERO Y LA FAMA DE LAS LETRAS

La Sociedad de Autores Españoles puede enorgullecerse de haber sido fundada con fines puramente administrativos y de haber conservado celosamente este carácter. Aquí todo lo que se creó con aparato de abnegada protección a los escritores, de dignificación de los cultivadores de las letras, de enaltecimiento de la función social que ejercen, más útil y provechosa a la nación que la misma Universidad, fué pura retórica o sirvió para encubrir y disimular organizaciones industrialistas explotadoras de la vanidad, un poco femenil, de los escritores.

A la Sociedad de Autores Españoles la ha salvado la sinceridad con que declaró y practicó la doctrina de que el ingenio no tiene otra estimación y otra recompensa que el dinero. Las vanas pompas de la fama quedaban fuera de sus estatutos. Facilitó su acción la singular naturaleza de la producción teatral, y pudo acostumbrar al público a la idea de que en el precio que se fijaba a su asistencia a los espectáculos era legítimo incluir una parte para el escritor y el músico que le recreaban.

Ciertamente los novelistas comienzan a encontrarse en el mismo caso. Cuando Galdós escribía *Gloria*, *Fortunata* y *Jacinta*, *La familia de León Roch* y otras obras que podían interesar vivamente al corazón femenino, nuestras mujercitas consideraban pecado nefando leer novelas, y más aún si tenían un propósito transcendente. El progreso consumado en España en este aspecto es enorme. La mujer lee cada día con mayor fervor y más apasionado entusiasmo. Hace algunos años ya, en una de las últimas reuniones de aquella

agremiación o hermandad titulada *Pen*, cuyo fracaso y disolución da idea de la inanidad de nuestra vida literaria, aseguró don Armando Palacio Valdés que «ya las Letras daban dinero». Acaso se deba a este autor casi enteramente el milagro de haber aficionado a las mujeres a las buenas lecturas.

¿En qué medida llegan los beneficios de este progreso a nuestros novelistas? Comparándolos con los que obtenía don Juan Valera y con los que logró el mismo Galdós, el aumento es enorme. Si pensamos en lo que obtienen de sus obras los novelistas de otros países, el provecho de los españoles es tan reducido que afrenta. Y no se trata sólo del logro puramente administrativo, del tanto por ciento editorial, sino de la cooperación social con que se estimula a los escritores que con su imaginación ponen un poco de ensueño, de pasión, de fe, de esperanza, de ilusiones en el corazón de sus lectores, creando un ambiente de espiritualidad y contrarrestando las deprimentes materialidades de la vida...

EL MECENISMO Y LA COMPETENCIA EXTRANJERA

En España hay para la novela dos, tres o cuatro concursos anuales; dos, tres o cuatro premios en metálico. Ve el último número del *Boletín de la Société des Gens de Lettres*. Seis páginas ocupa la enumeración de los premios literarios otorgados en 1930. La Academia ha doblado el importe de los que concede anualmente. Y luego hay un centenar de concursos, en que se consagran muchos nombres y se les da fama en una hora, y en que se les reparten muchos centenares de miles de francos. No son sólo los premios puramente literarios de la Academia Goncourt, de las Revistas *Fémina* y *La Renaissance*, del Cercle Littéraire Français, sino los que ofrecen diversas organizaciones sociales, políticas, industriales, turísticas, regionales, deportivas, etc., para recompensar novelas que exalten y loen sus fines o ideales fundacionales. He aquí, como tipo de ese mecenismo, el premio anual creado por la Asociación de Viticultores de la Girona para recompensar la novela en que con mayor entusiasmo se haya enaltecido «la gloria del vino francés». En Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, estos concursos y estos premios alcanzan mayor importancia aún. La Sociedad Atlantic Monthly and Little Brown, de Boston, otorga un premio anual de diez mil dólares a la novela más interesante que se envíe a su concurso. Y estos días mismos se ha otorgado a un novel inédito, Irving Fineman, el premio ofrecido en el concurso de novelas organizado por la Sociedad Logmansy Green, de Nueva York. Su obra *Este inocente joven*, elegida entre más de mil originales presentados, le ha valido 75.000 dólares; esto es, entre 600.000 y 700.000 pesetas, según el cambio de estos días.

La importancia de este mecenismo, más que en el número de los concursos que se celebran y de las cantidades de dinero que se reparten, está en el reconocimiento que implica de la eficacia social, de la utilidad, de la transcendencia de la novela. Y como aquí hacer novelas parece cosa baladí, fútil entretenimiento, viciosa ocupación, desmoralizadora labor, sería empresa insigne para la nueva sección de la Sociedad de Autores emprender esta vindicación de la novela en España.

Tras el anverso de este mecenismo podría encontrar el grupo autónomo de novelistas el reverso del traducciónismo. Quienquiera repase publicaciones bibliográficas, y las considere y compare, advertirá que mientras en Francia, a pesar de su anhelo de universalidad, no llegan las novelas traducidas al 15 por 100 de la producción nacional, en España exceden del 30 y del 40, y algunos años del 50. Hablaría esto en favor de la cultura hispánica si las obras traducidas representaran una selección afortunada de libros de valía singular por su originalidad, su humanidad o su técnica. Antes al contrario, para contentar lectores honestos o aprovechar franquicia de derechos, o por otros móviles, se editan numerosas novelas a las que fuera prudente cerrar nuestras fronteras.

LA CRÍTICA Y EL RECLAMO

No creo que se lleve a los novelistas a la Sociedad de Autores sólo para establecer un frente común ante la invasión del cine parlado en español producido

en los Estados Unidos y en Francia. Interesante será ese asunto; pero no tanto que quite toda otra preocupación a nuestros novelistas. Más que en Francia, donde a diario se debate este tema, debiera preocupar aquí la consagración de una crítica que alcanzara autoridad ante los lectores, como la tuvo *Clarín*, como la tuvo el bondadoso *Andrenio*, como la cultivan Cansinos y López Prudencio, y su compatibilidad con una honesta propaganda. Ante nuestro público reacio fracasan todos los intentos acaso por falta de compenetración entre los elementos que integran esta parte de la vida literaria: editores, libreros, Empresas periodísticas y los novelistas mismos.

Fracasó aquí aquel intento de semanas de autor, en que, complacientemente, cada novelista avaloraba con su autógrafo el ejemplar adquirido por el lector. No se ha iniciado en ninguna tribuna, ni en la del Ateneo, la crítica hablada; la revista bibliográfica de cada semana o cada mes; el estudio de cada autor y de sus ideas y evoluciones a través de su última obra. Posiblemente ahora podrá emprenderse en los teatros la implantación de la última moda de divulgación literaria, y lograr que no fracase al amparo de la influencia que sobre los comediantes tiene la Sociedad de Autores. Se trata de hacer «vivir» cada libro nuevo en los escenarios. En un *cabaret* de los Campos Elíseos, el novelista Pedro Chaulaine explicó su libro *Trois danseurs nus*, con los bailarines Roseray, Capella y Silvio, efectivamente desnudos. Al día siguiente, Pablo Reboux discutió con la original charlista María Dubas varios capítulos de su libro *Savoir vivre*, y diversas lindas figurantas, con trajes de época, aparecieron para comprobar las observaciones de la crítica. Otro día, Luis León Martín hizo «vivir» su libro *Ces demoiselles d'Opera*, escenificando también algunos capítulos. Finalmente, Josefina Baker, que vuelve a enloquecer a los parisienses cuando a los madrileños les pareció tan sin arte y sin gracia, representó algunas escenas de la biografía que le ha dedicado Marcelo Sauvage... El novelista Mauricio Verne ha sido el iniciador de esta propaganda. ¿No podría implantarlas aquí, con su gracia singular y su dominio de la escena, nuestro incomparable García Sancléz, en quien, aparte deliciosos ensayos, hay un gran novelista que no salió a luz, porque la novela no da bastante dinero?

DIONISIO PEREZ



El ilustre comediógrafo Federico Oliver



«El Otoño», alegoría de J. Sans, pintada para el marqués de Santoña



La Reina de la Vendimia de los EE. UU., en su trono de pámpanos y racimos



«La vendimia», cuadro de Bassano, que se conserva en el Museo del Prado

BACO DESTRONADO

Los norteamericanos tienen una nueva soberana: la Reina de la Vendimia. Para ella han levantado un hermoso trono de pámpanos y racimos.

Es un nuevo sentido de las cosas. En los siglos que pasaron no se hubiera comprendido expresión simbólica de la vendimia, que no fuese el grosero y abotargado Baco. Hoy nos parece más acertada expresión simbólica una mujer bella que anuncia con su faz sonriente y prometedora una perduración eterna de la

La vendimia en Cenicientos, pintoresco pueblo de la campiña madrileña (Fot. Espiga)



vida. La alegría es fuerza y poder, y la carpía madrileña tiene bellísima expresión en la moza garrida que avanza llevando sobre la cabeza el canasto lleno del divino fruto. Reina también, su figura nostrae fuertes y sanos los aromas campesinos. Baco pasó. El Rey ha muerto. ¡Viva la Reina!

AUTORES NOVELES :-: OTRAS NOVEDADES



Una escena de «La calle», obra del dramaturgo americano L. Rice, estrenada en el Teatro Español

(Fot. Piortiz)

Si tomamos la palabra autor novel en el sentido, impropio a todas luces, de autor inédito, no podemos considerar como tal a Marcelino Domingo, político y periodista primario y autor de la comedia *Juan Sin Tierra*, puesta en escena en Eslava. Marcelino Domingo, efectivamente, no es ya primerizo en lides teatrales.

Pero la comedia que queda nombrada y el «romance de aldea» estrenado en Calderón como de autor novel, y titulado *Monte de abrojos*, tienen tantas y tales semejanzas y características comunes, que bien puede hablarse de ambas genéricamente. Son dos obras de autores nuevos, caracterizadas, precisamente, porque no les falta ninguno de los trucos que envejecieron en manos de los autores que ya eran vetustos en la pasada centuria. Volver a lo antiguo es una manera de ser novísimo; pero entre lo antiguo y lo viejo hay una diferencia esencial, y esa es la que los autores de que hablo no han tenido en cuenta.

Por esta razón, aun siendo ambos inéditos hasta ahora, y por tanto noveles en el sentido más estricto de la palabra, no serían ni son nuevos; y, por añadidura, y siento formular este pronóstico, si no cambian de moldes—como se decía antes—, no pasarán de una mediocridad más o menos áurea en arte dramático.

Parece como si uno y otro hubiesen leído, ó visto, demasiado teatro, y sobre todo teatro demasiado malo, y le hubieran tomado como modelo. Con decir que le han imitado muy bien, queda hecho el juicio que esas comedias merecen.

Ambas nos presentan figuras rígidas, mecánicas, en una acción rígida también, que, por serlo, carece de todo interés.

Para que una acción dramática sea interesante es necesario que de algún modo parezca un trozo de vida, un episodio de la existencia humana, y eso no se da en las comedias demasiado construidas—si vale así—, en que los personajes son como abstracciones puramente metafísicas, sin apariencia siquiera de realidad, porque los deforma el prejuicio con que el autor los crea, sometiéndolos a la construcción escénica trazada, de ese modo, á cordel, como si dijéramos.

El público, por otra parte, conoce demasiado bien los trucos de la dramaturgia vieja para que no se sienta desencantado cuando se le anuncia una comedia nueva y va viéndolos aparecer sucesiva y tenazmente en ella. Cuando tal ocurre, desaparece primitivamente el interés; y cuando una comedia no interesa, aburre y fatiga.

Para evitar estos inconvenientes, que pueden ser mortales para su dramática, los autores de esas dos comedias deben cambiar de modelo, olvidar el teatro y copiar la Naturaleza, sin perjuicio de estilizarla después, si les place; pero de tal modo, que la estilización deje ver claramente de dónde, cómo y para qué nació.

El teatro, sobre todo cuando tiene los defectos que apuntados quedan, no es una estilización; sino una deformación de la vida y de los seres que en ella actúan, y esto pretendiendo pasar á los ojos del espectador por la realidad misma. Es, pues, á la realidad á la que preferentemente deben mirar los dramaturgos.

Si lo hacen así los autores de *Juan Sin Tierra* y de *Monte de abrojos*, podrán escribir excelentes obras dramáticas.



Cuando en el cúmulo de comedias hechas con un pa-

trón invariable surge una que no se ajusta á las líneas del figurín, se experimenta una sensación de descanso agradabilísima, y el teatro vuelve á interesar aun á los más fatigados por la intolerable monotonía.

Este es ahora el caso. La comedia del norteamericano Rice estrenada en el Español con el título de *La calle* es una comedia que no lo parece, el polo opuesto á *Monte de abrojos* y *Juan Sin Tierra*, que son obras de ese género de los pies á la cabeza y tal como con una absurda rigidez canónica las definían los viejos tratadistas de preceptiva.

No es, sin embargo, que en *La calle* falten las características del género, ni que la comedia no tenga lo que podríamos llamar todas las de la ley. Se ajusta á los cánones; tiene, naturalmente, su exposición, su nudo y su desenlace, por ejemplo; pero disimula la armazón, entierra el artificio, en otras producciones escénicas tan visible, bajo una reproducción de la vida real, y hace que la obra tenga para los espectadores el sabor acre unas veces, picante otras, agri dulce ó dulzón, de un modo definitivo, de la vida misma.

Ante esa obra se siente no la posibilidad, sino la realidad de un teatro nuevo que tiene una particularidad fundamental: la de ser no un teatro viejo, sino un teatro antiguo, un teatro eterno, que, como otras corrientes seudoinnovadoras, tiene su manantial pródigo y generoso en el teatro castellano.

La calle podría llevar, con más razón quizás, el título de *La casa*, y con él sería más fácil encontrar filiación castellana y aun madrileña á la obra de Rice. *La casa de tócame Roque*, *La canción de la Lola* y hasta una zarzuela estrenada hace quince ó veinte años en Eslava, con el título de *Belenes*, demuestran sobradamente la

preexistencia y persistencia del tema y de la manera de desarrollarlo. La diferencia fundamental entre esas obras y *La calle* está en el contenido, consecuencia lógica de la orientación particular de espíritu de cada uno de sus autores. Jamás podrá verse más claramente demostrada la verdad del manoseado aforismo de Zola, según el cual, el arte es la Naturaleza, vista á través de un temperamento, y del pensamiento de Campoamor: «todo es según el color del cristal con que se mira». Don Ramón de la Cruz, Ricardo de la Vega y Perrín y Palacios, dramaturgos optimistas, ganosos, sobre todo, de divertir á su público, sólo pintaron de *la casa* lo que les pareció cómico. Rice, espíritu ecléctico, con visión más compleja, como corresponde al ambiente de alta complicación en que su espíritu se ha forjado, ha pintado de la calle lo cómico y lo dramático, y así ha dado aún mayor intensidad de vida, procurando reproducirla íntegra, que nuestros viejos saineteros.

Aquí podría traerse á cuento la segunda—en orden cronológico—de las obras de Benavente, *Gente conocida*. Lo mejor de ella, con tener otras cosas excelentes, y entre ellas el diálogo constante y acertadamente epigramático, es esa reproducción de la vida, en que la comedia ó el drama no aparece hasta el último acto.

La luz, que ahora por excepción nos viene de occidente, la teníamos en casa. Sólo nos faltaba saberla utilizar para convertir en luminosa nuestra escena entenebrecida.

Si aún fuese necesario algún ejemplo más, podríamos citar una gran parte del teatro de los Quintero, y, desde luego, la mejor de él. En nuestra misma comedia de costumbres—la de toda una época de Lara—, entre sus reminiscencias de comedia de enredo á la francesa, que avivaban las traducciones de Pina Domínguez, tenía siempre su máxima perfección en la copia exacta de tipos y escenas vistas en la vida.

¿Es esto teatro naturalista? En el buen sentido de la palabra, que es el más amplio y que no requiere de sus autores la deformación pesimista á que llevó á los suyos el *teatro libre* de Antoine, sí; pero en el fondo, tanto monta. Naturalismo, verismo, colorismo, son palabras; y *La calle* y su éxito excelente en el Español, son hechos.

El público oyó con máximo interés la obra y aplaudió con calor; y esta vez nadie podrá atribuir los aplausos á relajamiento del gusto.

He aquí, pues, una orientación recomendable á nuestros autores noveles: partir del sainete y elevarse hasta donde á cada cual permite la fuerza de sus alas.

Lo único lamentable es que esa orientación tan nuestra nos la traigan de fuera como extraña; pero, ¡qué demonio!, también nos llevan hierro de Bilbao para traernos acero inglés.

ALEJANDRO MIQUIS



Una escena de «Juan Sin Tierra», comedia de Marcelino Domingo, estrenada en el Teatro de Eslava

(Fot. Piortiz)



Una escena de «Monte de abrojos», comedia de José Castellón, á la que se ha concedido el Premio del Infantado y que ha estrenado en Madrid la Compañía de Borrás

(Fot. Cortés)

El bautismo del aire de Celia Gámez

No. No he volado nunca.

Habla Celia Gámez, la encantadora *vedette* hispano-argentina, que vino a conocer la «madre Patria» hace cinco años y no ha tenido tiempo más que para ver Madrid y un poco de Barcelona.

—Pero, ¿es posible?—le digo yo.

—¡Y tan posible! No he subido nunca en avión.

Y entonces yo lanzo la pregunta, y pase lo que pase:

—Pero, ¿por falta de ocasión, ó por miedo?

El amor propio de esta mujer, cuyo espíritu moderno vibra al compás de todas las inquietudes, ha sufrido una lanzada, y la reacción es inmediata:

—Por falta de ocasión, claro está—dice Celia, riendo con su boca sensual y con los ojos: con esos ojos que son los ojos femeninos más grandes y más negros del mundo.

—Pues entonces no dirá usted eso otra vez. La ocasión se ha presentado. La invito a volar. Mañana mismo vamos al aeródromo. No puedo consentir que una mujer moderna como usted pase por el bochorno de no haber volado.

Yo hablo vertiginosamente, sin dejarle meter baza. Pero Celia se arrepiente de su audacia y rectifica:

—Un poco por falta de ocasión y otro poquito por miedo. Es decir: miedo, miedo, no es; pero se le parece algo. ¿Sabe, ché?

Fin de la primera parte.

La segunda tiene por lugar de acción el aeródromo de Canudas. Celia Gámez se ha convencido de que, en efecto, una mujer del día está un poco en ridículo si no ha afrontado los riesgos de la aviación para experimentar sus emociones. Y ha dado un madrugón para volar. A las once de la mañana ya estamos en el Prat.

Canudas nos espera rodeado de sus compañeros Xuclá y Carreras, y de sus discípulos, a quienes se han sumado periodistas y amigos, componiendo un grupo de camaradas que se desborda en cordialidad.

Yo empiezo por hacerle a Celia el discursito de rigor.

Pero Celia, ahora que está ante la ocasión que hasta entonces le había faltado, se pronuncia francamente, decididamente, por la segunda parte del dilema:

—Lo confieso: tengo miedo. No un poquito de miedo. Miedo en gran cantidad.

Y para decidirla, como las palabras no la convencen, tengo que predicar con el ejemplo.

—Canudas, pásame un rato por el aire—le digo—, para que se convenza Celia de que no pasa nada.

Y a los dos minutos ya estoy paseando sobre el Prat en la avioneta de Canudas.

Al aterrizar, me encuentro a Celia Gámez vestida y caracterizada de aviadora. Lleva un *mono* blanco, un casco, y, para que no le falte detalle, las consabidas gafas.

—Veo que se ha decidido usted.

—Claro que me decidí. ¿Quién dijo miedo, habiendo hospitales? Pero no vayamos de prisa. Hagamos antes unas fotografías, no sea que cuando baje no esté de humor... Así, además, llevando un rato el traje de aviadora, me pondré mejor en situación, entraré más en el tipo.

Y Celia posa ante la avioneta, agarrada a la hélice, con una familiaridad de veterana del aire. Monta sobre una barrica de gasolina, para inspeccionar el motor; requiere un escople y un martillo para asegurar unas piezas, mostrando sus conocimientos mecánicos, y presenta ante el objetivo una de sus más seductoras sonrisas.

Luego se hace el ánimo, ocupa su puesto en la avioneta, y Canudas pone en marcha el motor.

Poco después, la avioneta de Canudas en que va de pasajera Celia Gámez es un punto negro que se acusa en el azul sobre la masa gris de las edificaciones ciudadanas. Un viraje sobre la montaña de Montjuich, y el avión se interna en el mar.

Total: media hora de vuelo.



Viendo esta «pose» de Celia Gámez nadie creería que se trata de una pasajera a punto de emprender el primer vuelo. Más bien parece una veterana aviadora poseedora de audaces «records» (Fot. Gaspar)

No está mal para empezar.

Ahora veamos las impresiones que nos confía Celia de su primer vuelo.

—Ha sido encantador. Es una cosa que maravilla. Si yo sé que es *esto*, hace mucho tiempo que hubiera volado. Canudas es un gran aviador. Se vuela con él sin sentir la menor sensación de peligro. ¡Qué bonito ver la tierra desde tan alto! ¡Y volar sobre el mar!

—Supongo, señorita Gámez—dice un discípulo de Canudas—, que no será la última vez...

—¡Claro está que no! Desde hoy me hago aviadora. Cualquier mañana me presento aquí otra vez...

La comida en el aeródromo—Canudas es de una gentileza sin límites: invita a volar y además invita a

comer—transcurre en medio de un simpático ambiente de cordialidad. La satisfacción de todos se refleja en un desbordante buen humor, que puebla la conversación de agudezas, de frases amables.

El bautismo del aire de Celia Gámez se ha celebrado con toda la solemnidad que el caso requería.

Y ahora falta el final, caballeresco, romántico. Cuando Celia Gámez se va del aeródromo, se elevan dos aviones y van siguiendo el coche que lleva a la ciudad a la artista, mientras trazan en el aire garabatos inverosímiles, que son como saludos galantes...

BRAULIO SOLSONA



Agustín Riganeli en su estudio

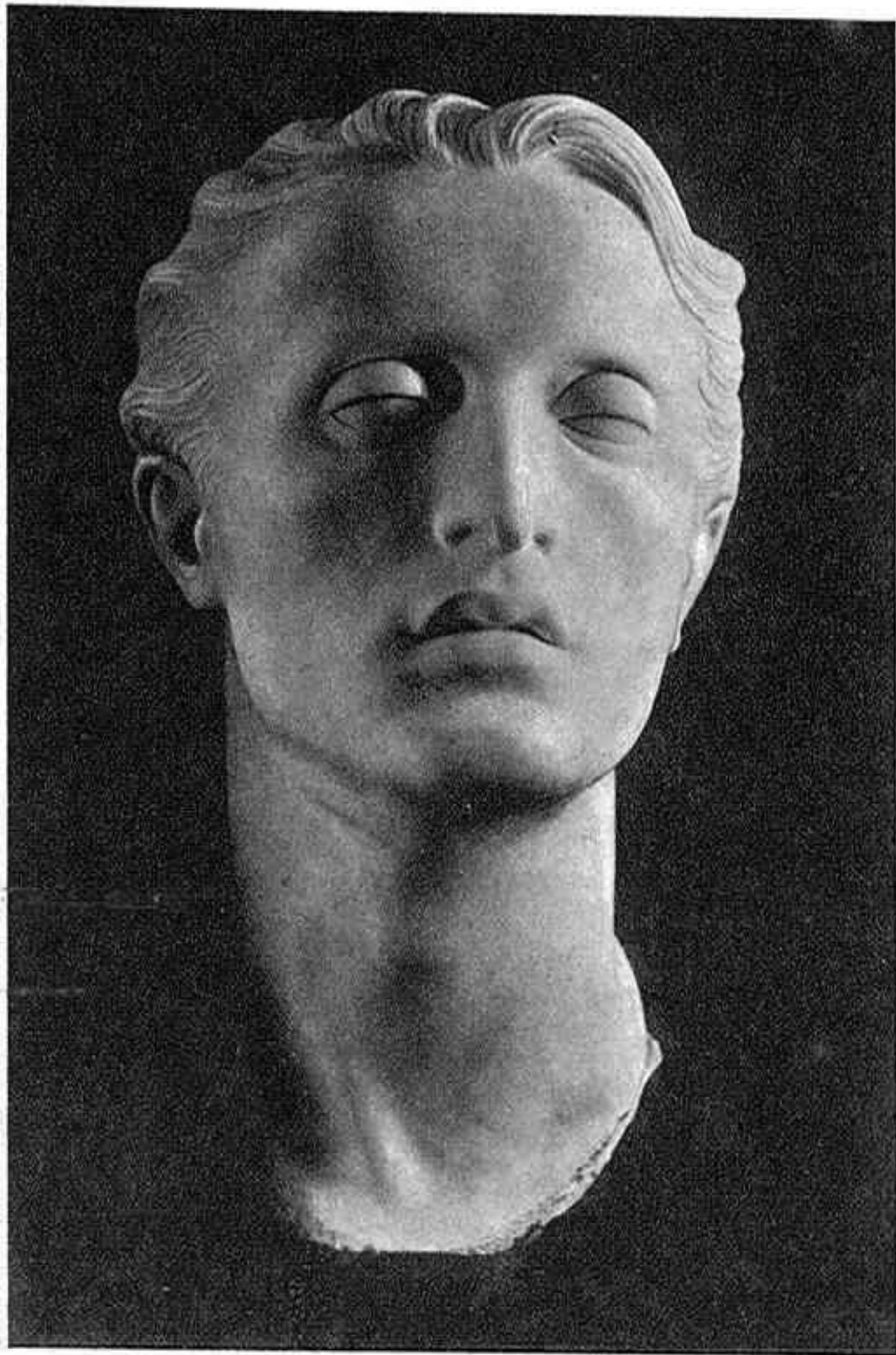
EL ARTE DE HOY EL ESCULTOR ARGENTINO RIGANELLI

UNA testa melancólica, que la melena ex bohemia afina. Unos ojos entristecidos de nostalgia. Una sonrisa amarga. Y en el habla, acunada por la cariciosa prosodia nativa, cierto dejo de lamento hecho música de pueblo. Está la escultura viva, modelada por años de infortunio y combate. Es el hombre que vió puertas cerradas, muchedumbres indiferentes, y soportó jornadas inhóspitas. La gubia del dolor *desbastó* esa estatua que anda con los ritmos felinos, pumescos, de la raza. El barro sucio de las calles pobres se apegó, resecañose, en la piel ya oscura para siempre. Y una gran sed de callar en el rictus labial. El sueño atrasado de tantas vigiliás — entre las gentes caídas en el reposo nocturno que les engrasa los músculos y les lima la voluntad para las diurnas corveas — se ha hecho alán de ensoñación, sin entusiasmo ya, sin fe ya, pero ¡con una necesidad de sentirse distinto al niño pobre, al garzón sin apoyo!

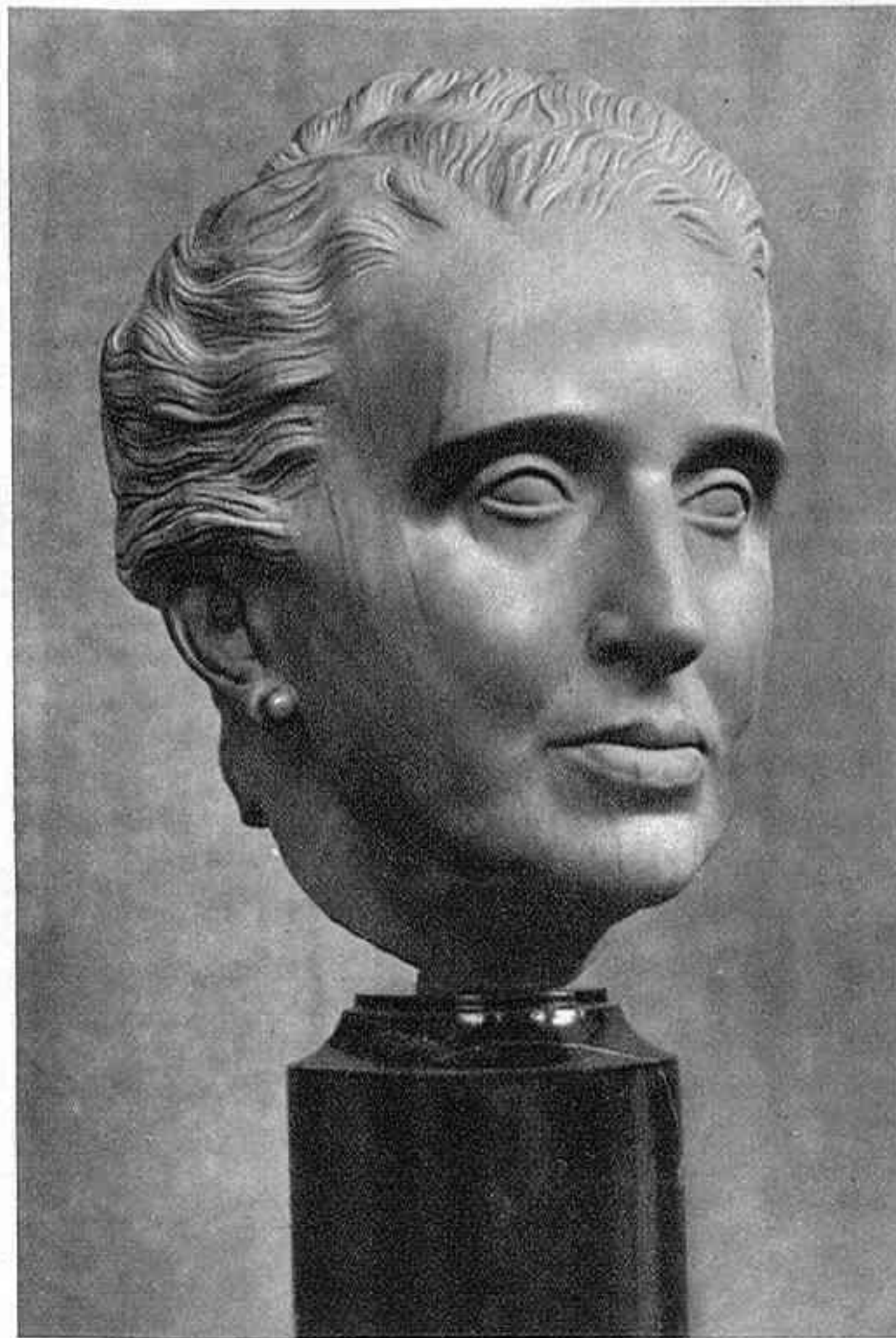


Figura que corona el monumento al vuelo del «Plus Ultra»
(Bronce, de cinco metros de altura)

«El poseído»
(Bronce)



«El poeta Bufano»
(Mármol)



«Retrato»
(Talla en madera)



«El niño sereno»
(Talla en madera)



«Vieja de pueblo»
(Madera)



«El errabundo»
(Bronce)

Se piensa que fué esta escultura viva del artista hermana de aquella evocativa y doliente de Florencio Sánchez, en que sus manos crearon tanto la silueta de un hombre como la forma angustiosa de un recuerdo sin luz.

No; ciertamente, no es Agustín Riganelli el señorito que conquista á la Gloria como á una venal banal del gran mundo. La ha merecido con largos sacrificios, con viriles energías y, sobre todo, viendo en ella una compañera leal, humilde, como las hembras de los que se resignan á trabajar sin colera ni pereza.

El arte ha de tener esa condición de sufrimiento y de oficio rudo, no de solaz para monigotes ricos á los que el papá ayuda ó la esposa mantiene.

Y sólo después de trazar la parábola se puede estar seguro de que existe por sí mismo Trazo de lo hondo á lo alto y de lo cimero á lo profundo.

Todo esto se encuentra en Riganelli. El hombre que asciende por sí mismo y que después descende la mirada á lo que fué castigo y norma de su fervor.

Por ello, la obra tiene un brío inicial, una serenidad dilatada y una reciedumbre de verdad humana, reintegrada á los motivos familiares, al período prologal: madres de pueblo, hijos de pueblo, trabajadores de tierra ó de mar, gentes que no suelen sonreír sino con muecas ó desganos fatalistas.

Sí, ya sé que esas cabezas, en que las maderas finas de infinita variedad están pulidas como marfiles ó como metales preciosos; que esos *fratellini* de los bambinos del Donatello y esas arrogantes bellezas—Afroditas de la espuma social—, y esos poetas de una distinción que el Piçanello aceptaría, dan idea de un arte alegre, tranquilo «llegado».

Pero hay que mirar la testa de Riganelli entre esas otras de madera y líneas bonitas, cotejarla con los bronce de viejos arados por el tiempo y la inclemencia jornalera, é ir después á esos dibujos de mujeres que aguardan caridad, cuartos ó malas noticias, y á esos tableros donde gubia y martillo surcaron, sin coquetería ni adulación, temas también de carne esclava é idea irredenta.

Entonces se comprende cómo Agustín Riganelli está siendo ya, y habrá de serlo más aún, el animador plástico de hombres-hombres y mujeres-mujeres, no de los alfeñicados y *estandarizados* productos de la civilización común á las clases altas.

Para ello se ganó el pan en una carpintería y hubo de privar á su adolescencia de ocios y bagatelas; para ello ha ido templando hora á hora, semana á semana, el espíritu como un útil más de trabajo (el más importante).

Por ello, cuando la Argentina le encargó fijar el símbolo de la aventura transaérea, hizo ese Icaro sin alas de cera, sino de nervios erguidos, y esa cabeza que es por fuera la del propio artista, tal como él se adivinó tantas noches bebiendo el fulgor de los astros lejanos.

Entre el Florencio Sánchez—supremo acierto—de la silueta mendicante, de la conmovedora actitud, en la que se lee hambre, frío, tristeza, pero además genio, y el Icaro del hidropiano *Plus Ultra*, aligero, erguido en una rigidez activa en la que se comprende orgullo, fuego, júbilo, el arte y la vida del escultor están tensos como un arco que todavía ha de clavar muchas saetas en blancos difíciles.

—o—

El Círculo de Bellas Artes tuvo, durante la Exposición Riganelli, el aspecto insólito de un burgués al que le sale la mujer inteligente y sensible, ó el de una incubadora de patos que se viese de pronto mamá de cisnes.

El Círculo y su Salón Permanente no están acostumbrados á estas cosas. Cuando más, sonreía complacido

á las cabezas mondadas cariciosamente, traídas de salones aristocráticos o de una etapa transitoria en la capacidad estética del artista, para encontrar compradores y críticos fáciles. Lo otro, las cabezas leoninas y romanas, los ecos rodinianos de la primera época y las tallas recientes, no suelen entonar con esa canturía apagada, vulgar, reteída, del Salón Permanente y los nombres giratorios.

Y eso, precisamente, es lo que yo prefiero de Agustín Riganelli. Lo que el escultor, en su plenitud vital y artística, devuelve á cambio de lo sufrido y lo aguantado.

No hay miedo de que se rectifique y desdiga. *El buey viejo*, esa figura toda arrugas en cuerpo, rostro y alma, contenida como un santo en su hornacina ó una momia en su nicho vertical, recoge en 1929 aquel profundo impulso de áspero realismo humanitario que le llevó ocho ó diez años antes á modelar la cabeza de *El buey joven* ó de *El amargado*.



«El dramaturgo argentino Florencio Sánchez»



«Madre aldeana»
(Talla en madera)

Como la *Luna Nieve* de 1921, esta actual *Vieja de pueblo* poemiza enérgicamente el desolador, el acusador motivo de la senectud femenina pobre, anticipada por la miseria á otra edad en que las damas burguesas ó aristocráticas todavía tienen un otoñal encanto. Y en *El niño sereno* encontramos la ternura técnica, el afable trato de estilo que en *El niño observador*, en *Félix Víctor* ó en *El chico de la calle*.

Es, por lo tanto, Agustín Riganelli un artista leal consigo mismo, á quien hemos de ver siempre en esa actitud de acusador estético frente á los que tardamos en ignorarle, á los que aún seguirán ignorando los tesoros de pasión y de ideal latentes, sin cesar renovados en el mundo obscuro y doloroso de las gentes humildes...

SILVIO LAGO



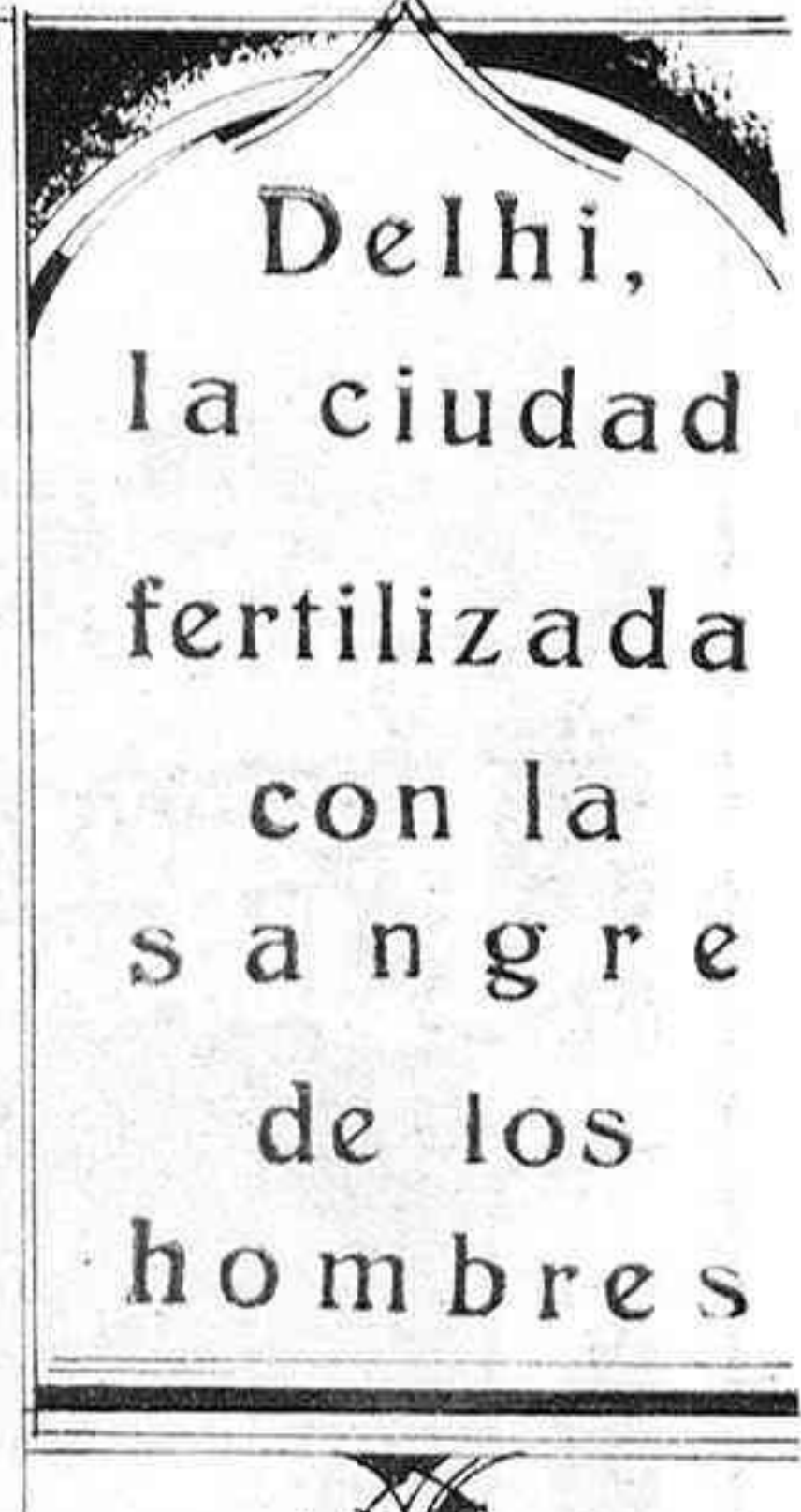
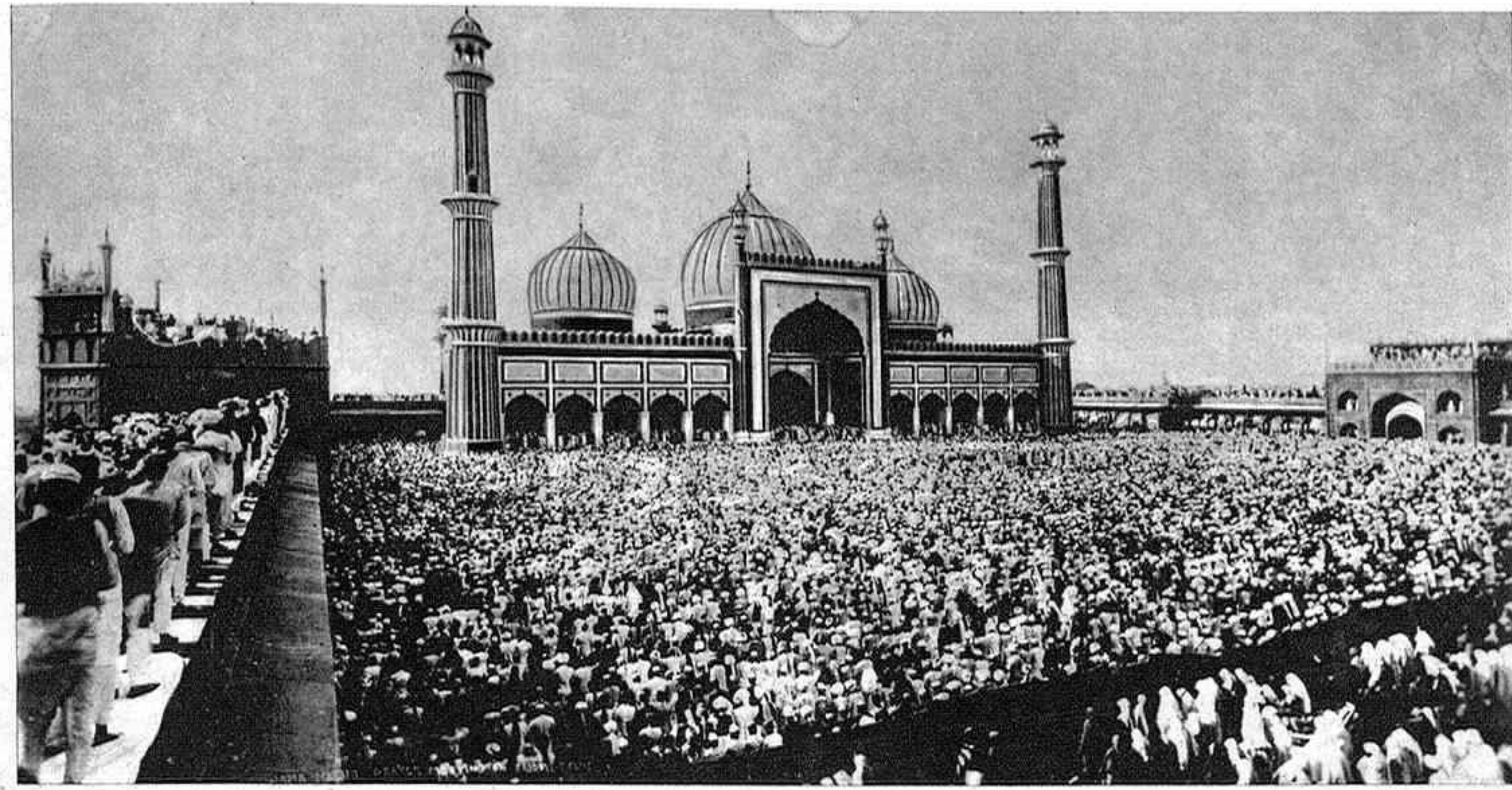
GRETA GARBO

La «estrella» que ha iluminado al mundo con sus gestos inimitables

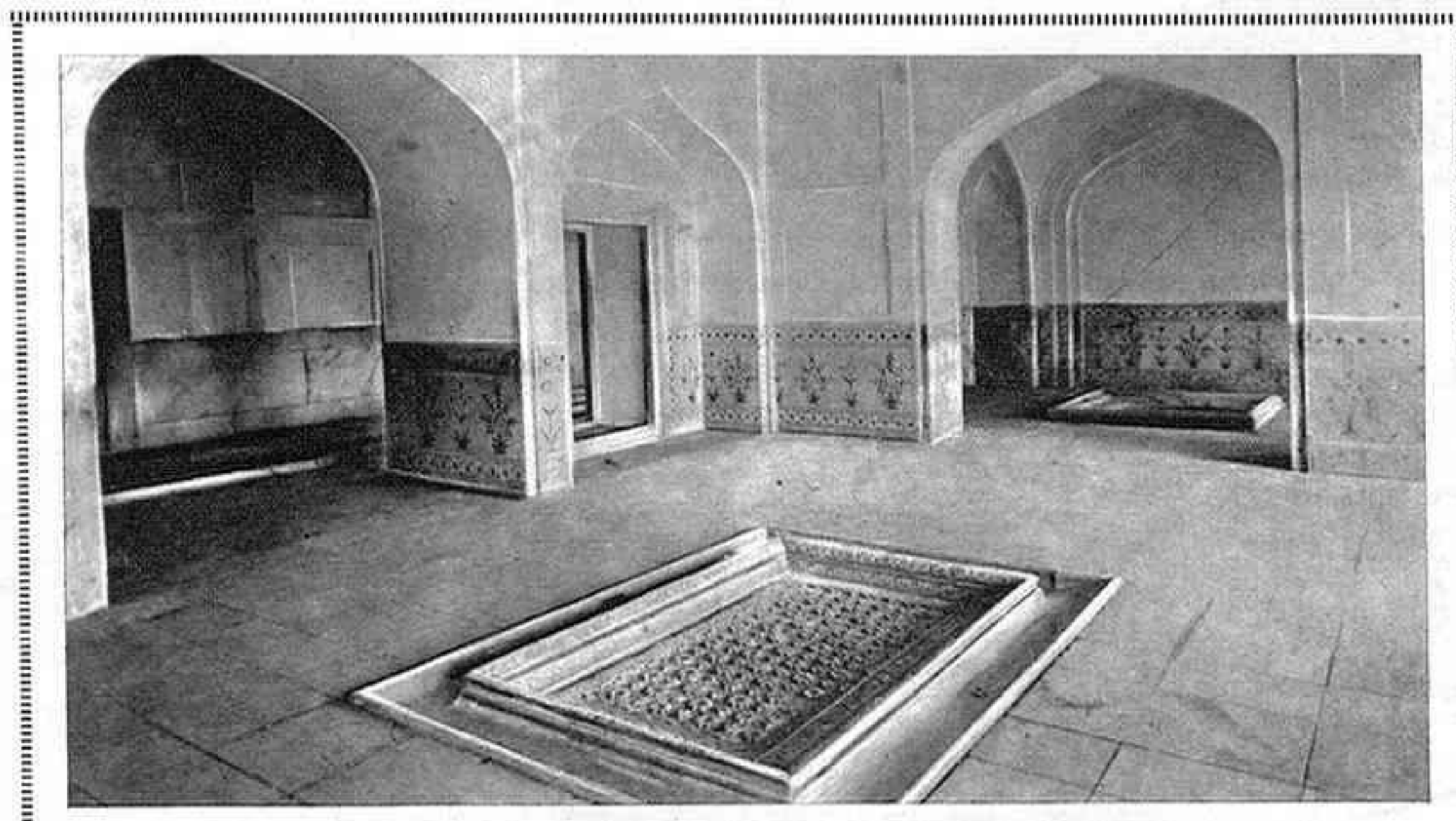
Ninguna artista, en la constelación cinematográfica, logró el renombre universal de Greta Garbo. La melena, el abandono, la mirada, el vestido á lo Greta, han sido y son, para millares de mujercitas, el ejemplo obsesionante en que inspirarse. Y es el caso que Greta Garbo, síntesis de elegancia, es—como en este mismo gesto atractivo—la sencillez misma y la dulce ingenuidad sabiamente incorporadas



Djemma Masjid, la famosa mezquita de Delhi, que se considera la más importante del mundo, después de la Meca

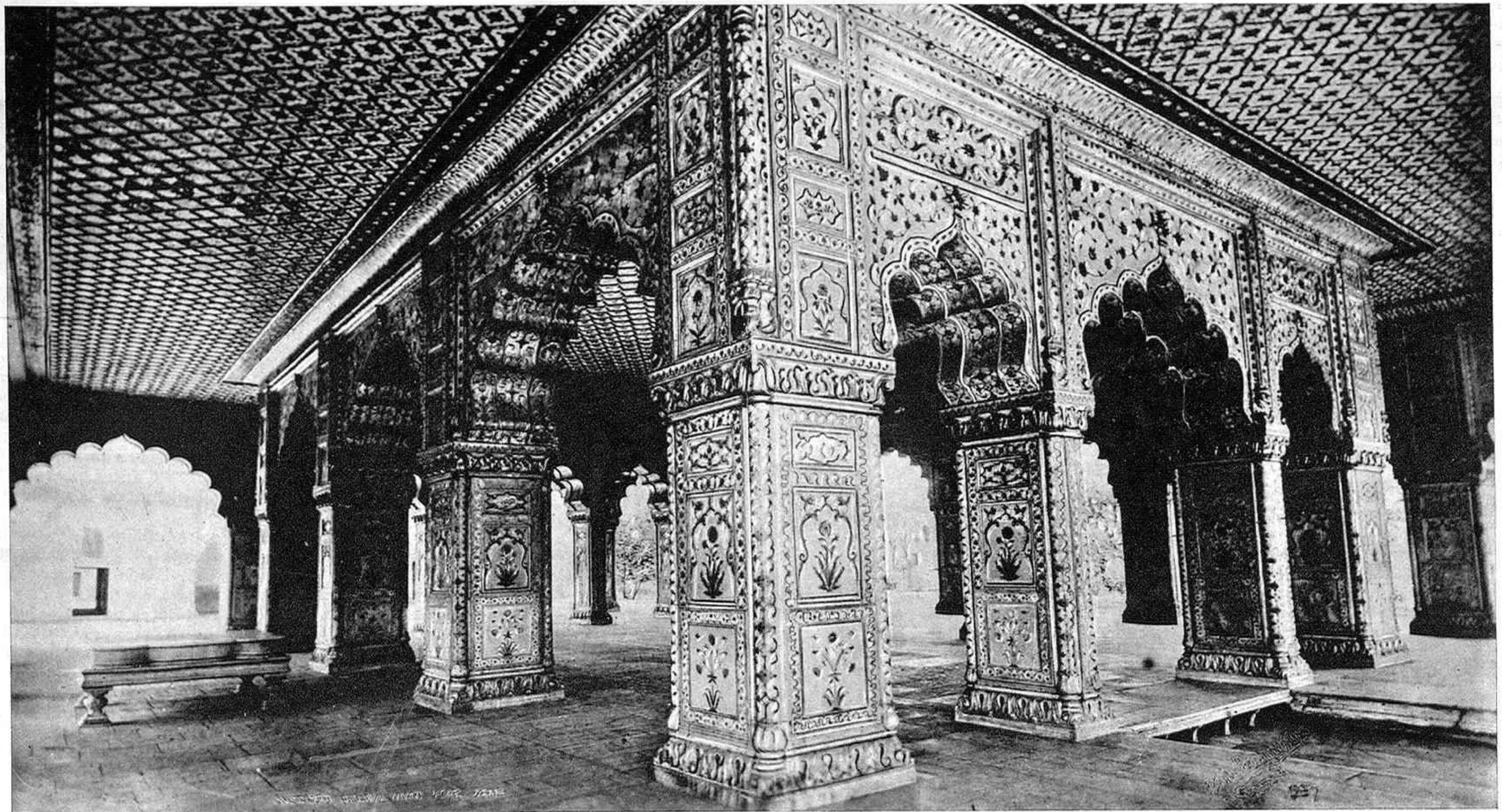


Mi amigo Sri Khrisna me quiso enseñar Delhi.
 Recorrimos la capital de la India con toda la atención que un intelectual indostánico es capaz de reconcentrar, para que un periodista de Occidente se impresione.
 Delhi es una llanura, es la Roma de Oriente. Sus ruinas gloriosas surgen á cada paso, con un recuerdo histórico.
 Sri Khrisna me explicó:
 —Delhi es la ciudad más antigua de la India, y antes no se llamó así.
 —¿...?
 —Poco tiempo antes de Jesucristo adquirió este nombre.
 —¿...?
 —Delhi y Agra son los puntos culminantes del antiguo y famoso Imperio de los Grandes Mogoles. Desde que el feroz Timurleng, aquel cruel conquistador tártaro de Samarkanda, se engrandeció, en

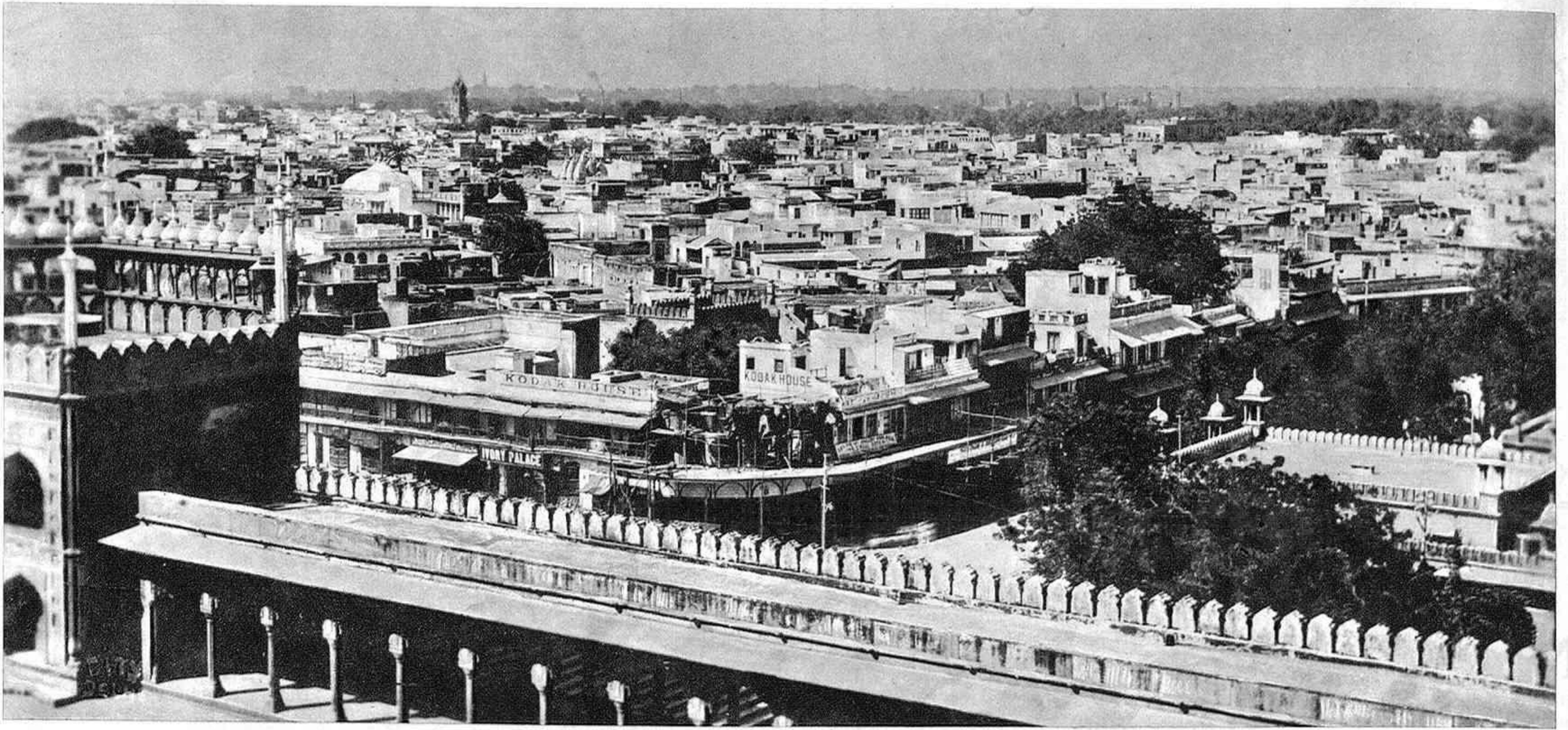


Ancira, al vencer á Bayaceto, su finalidad fué esta región.
 —¿...?
 —Delhi parece la ciudad maldita, que subsiste á fuerza de absorber la sangre de los hombres con que fué regada.
 —¿...?
 —*El Cojo de Hierro*, tártaro, al conquistar Delhi, hizo degollar á más de quinientos mil cautivos, porque le estorbaban para la movilización de su ejército, elevando monumentos que perpetuasen su memoria con cráneos humanos que formaban muros con argamasa. Más tarde, Nadir, el Rey de Persia, sanguinario, al entrar en Delhi pasó todo un día estático, con su cimitarra desnuda, sentado en la puerta de una mezquita, que luego le voy

El baño del Gran Mogol, que se conserva en el Palacio de Delhi



Un aspecto interior que muestra la suntuosa magnificencia del Gran Mogol, en Delhi



Vista general de Delhi, una de las más bellas ciudades de la India

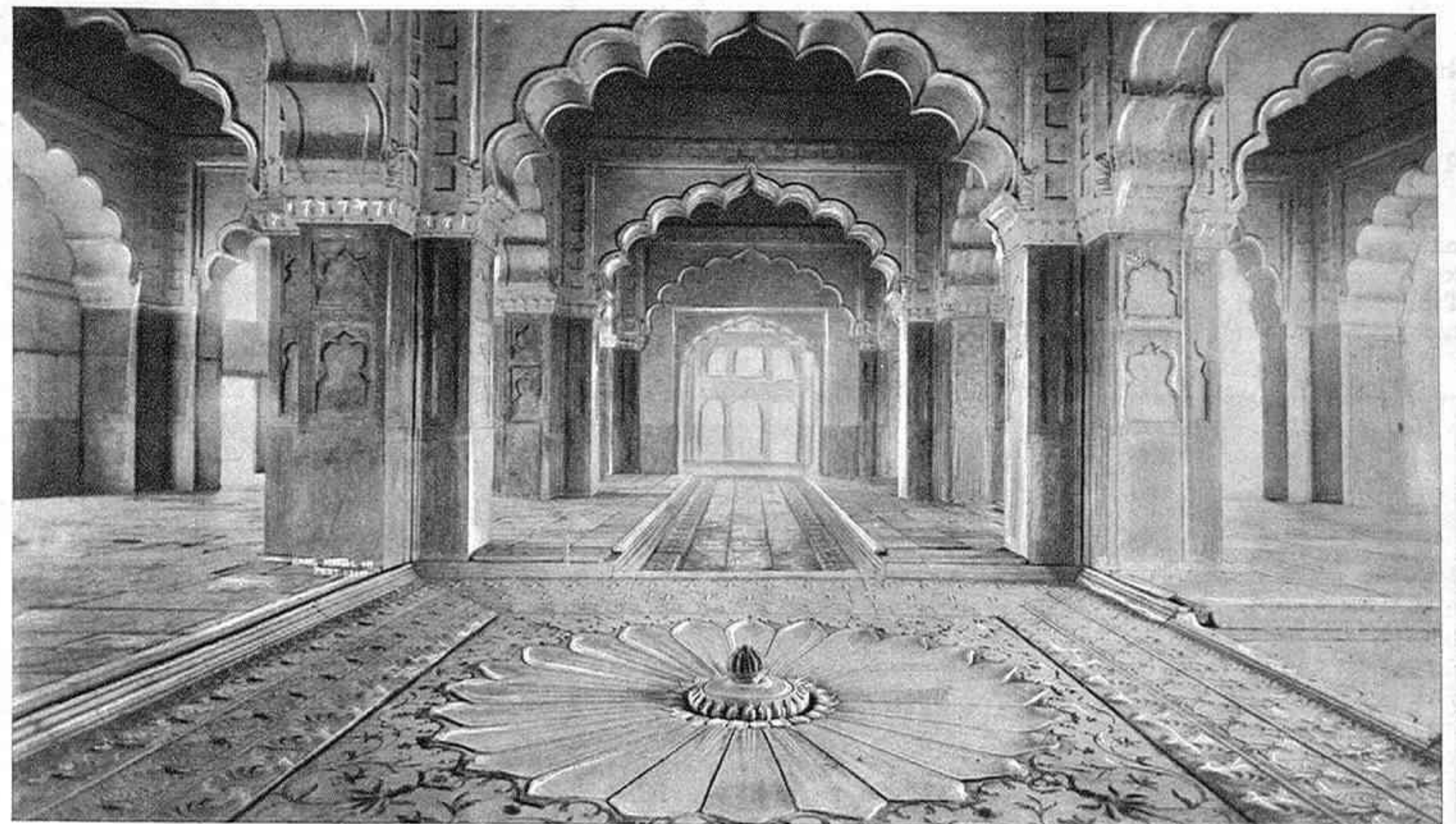
á enseñar, mientras su soldadesca degollaba al vecindario. La sangre de cien mil hijos de Delhi corrió por las calles de la ciudad como un río desbordado. Y luego, en tiempo de los ingleses, cuando los «cipayos» se insurreccionaron, siendo sometidos por las tropas británicas, después de la fuga del último Gran Mogol, ¿no fué en Delhi donde los «colonizadores» ataban á los insurrectos en las bocas de los cañones, disparándolos después?... Y ahora, ¿no hay luchas sangrientas todos los días?... Y en el porvenir, ¿no está reservada á Delhi la batalla decisiva, en la que ha de correr mucha sangre?

—¿...?

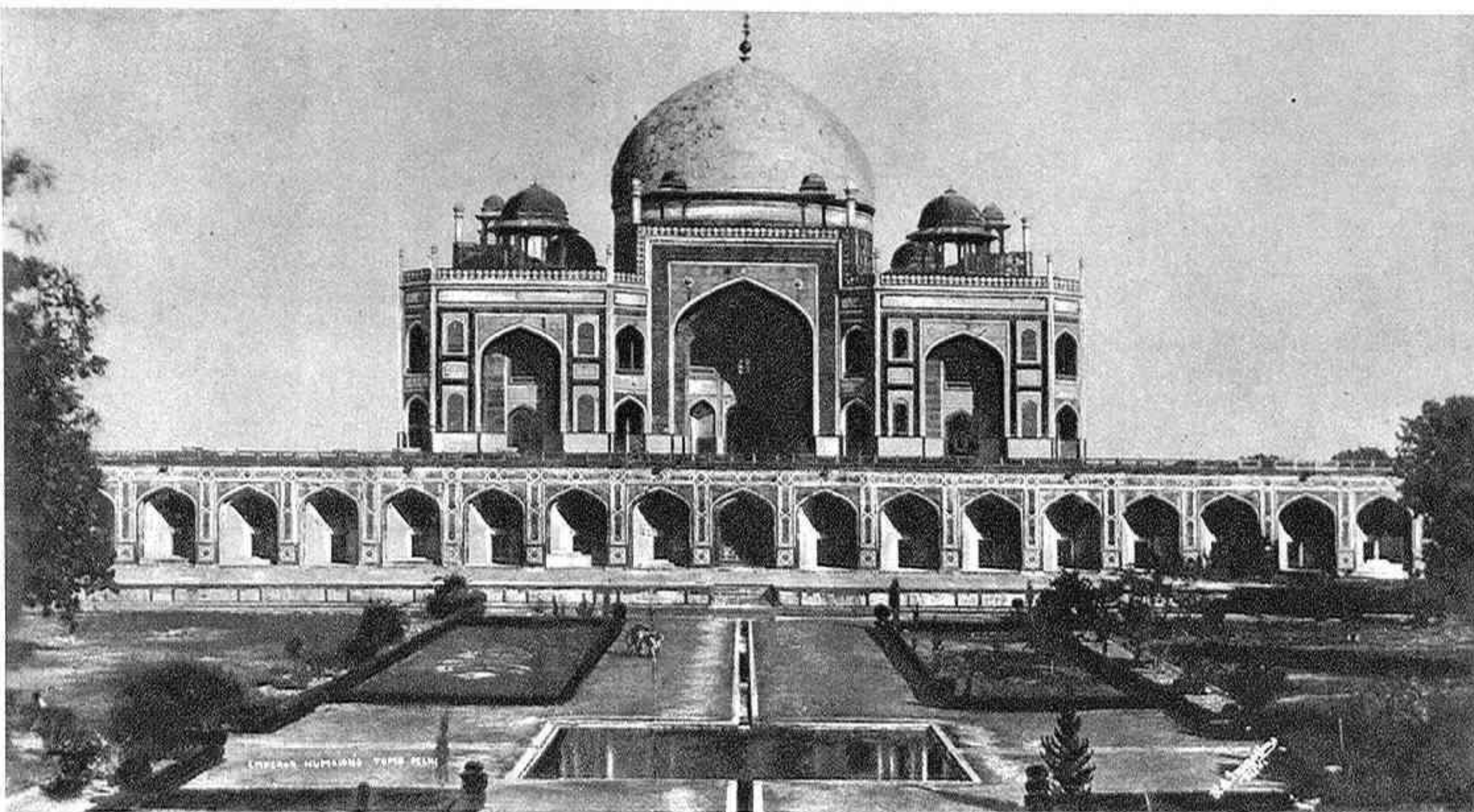
—Esta es la ciudad de las leyendas de tesoros. Aquí, en los palacios que enseñaré á usted, estaba el famoso Trono del Pavo Real, que excitó la concupiscencia del feroz Nadir Shah, indiferente ante las matanzas inhumanas que realizaron sus tropas con tal de llevarse la joya fabulosa á Persia.

—¿...?

—Delhi tiene la tristeza de haber cobijado en sus entrañas la gran comedia que Inglaterra empezó con las «relaciones» comerciales de los gerentes de la East India Company, terminando con la entrada en la India



El baño de la Reina, la esposa del Gran Mogol, en el Palacio de Delhi



del primer virrey, reemplazante definitivo de aquellos gerentes «administrativos» y «mercantiles», á quienes sostenían tropas británicas con jefes militares como aquel, «muy inglés», que entró en 1824, por vez primera, en el Salón del Trono del último Gran Mogol, sentándose frente al descendiente del inmenso Timurleng, de igual á igual, hasta provocar el llanto amargo del Emperador, que pedía que le matasen antes que tener que soportar la vergüenza que el «democrático» militar inglés le había infligido.

Visitamos Sri Khrisna y yo la ciudad. Las dos Delhi competían en belleza monumental. Los palacios y mezquitas encerraban toda una civilización yacente de esplendor pasado, que revivía una época.

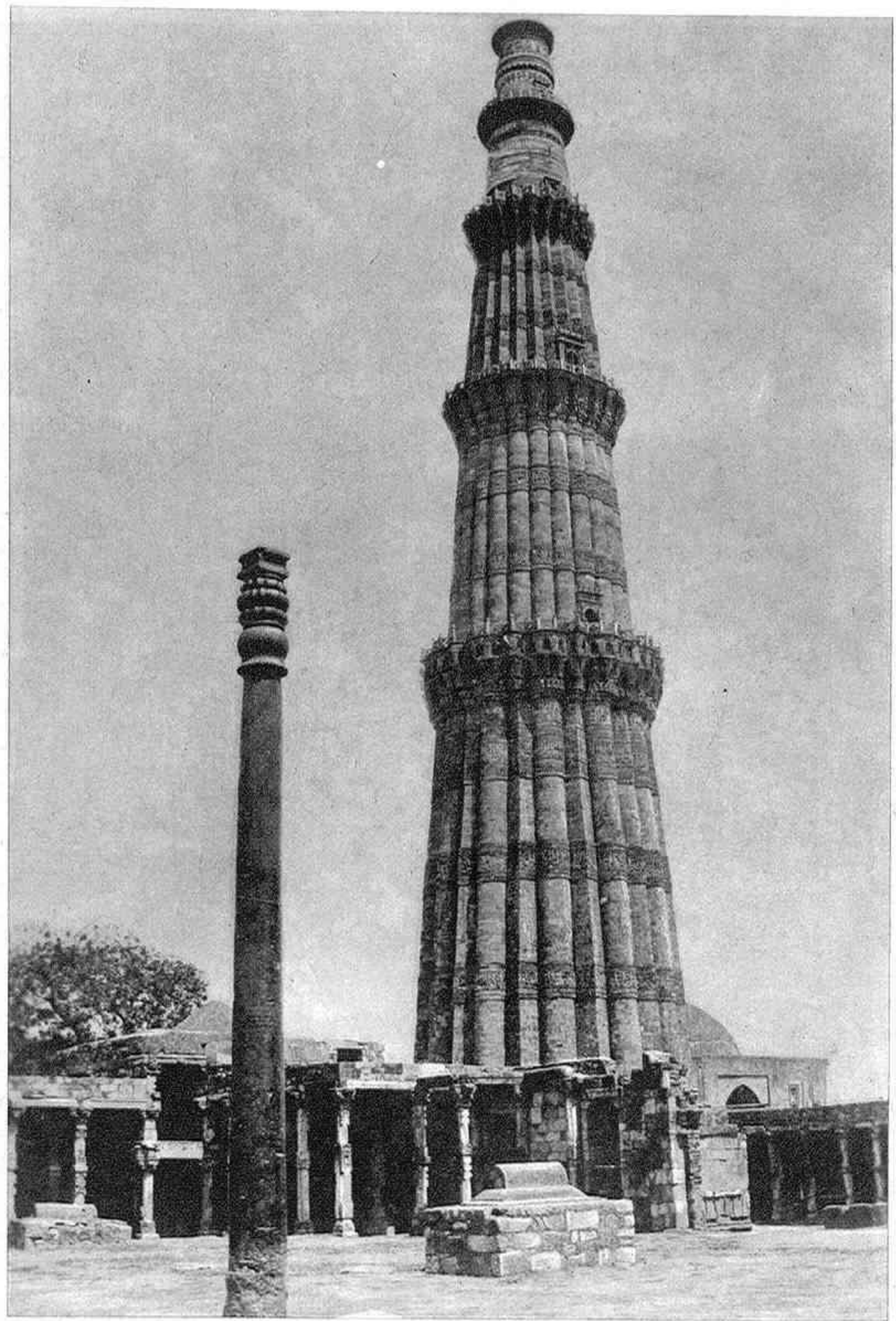
Las huellas de los conquistadores habían dejado su torpe avidez en los muros marmóreos que ostentaban las cicatrices de las armas que habían arrancado las incrustaciones de oro.

Los ingleses, con ese desdén instintivo que poseen del gusto artístico, han profanado los recuerdos históricos, mezclando arquitecturas modernas y frías entre las bellezas de los palacios de los Grandes Mogoles.

La tumba del Rey Hanum, maravillosa demostración de la arquitectura oriental en Delhi



El templo más viejo de la India, en Delhi



El minarete de Kutab, totalmente construido en piedra

que conservan su esplendor abandonado, á pesar de la profanación «colonizadora», representada por la existencia de las grandes antenas de telegrafía sin hilos, surgiendo de los jardines sonrientes, donde el Gran Mogol hizo correr surtidores de agua cristalina que quebraban los rayos del sol con las mismas irisaciones caprichosas de las plumas del abanico que los pavos reales formaban al extender sus colas magníficas.

En toda la India es famosa la Torre de Kutab, que, cerca de Delhi, representa el recuerdo de una dominación mahometana. Desde su parte superior, á la que hay que subir por escalones pesados, interminables, que bajo el calor sofocante de la India gravitan más

fuertemente sobre quienes los suben, pueden distinguirse «las siete Delhi», que comprenden todo aquel territorio central de la India, recuerdo esplendoroso de unas cortes fantásticas, donde el oro, los diamantes, las perlas y las riquezas formaban el ambiente que rodeó á los Grandes Mogoles, despóticos y poderosos, magníficos y sanguinarios, definitivos jefes de una raza que lleva el fardo de antiguos esplendores á través de los

siglos, como una rémora que la ha mantenido hasta ahora en la esclavitud.

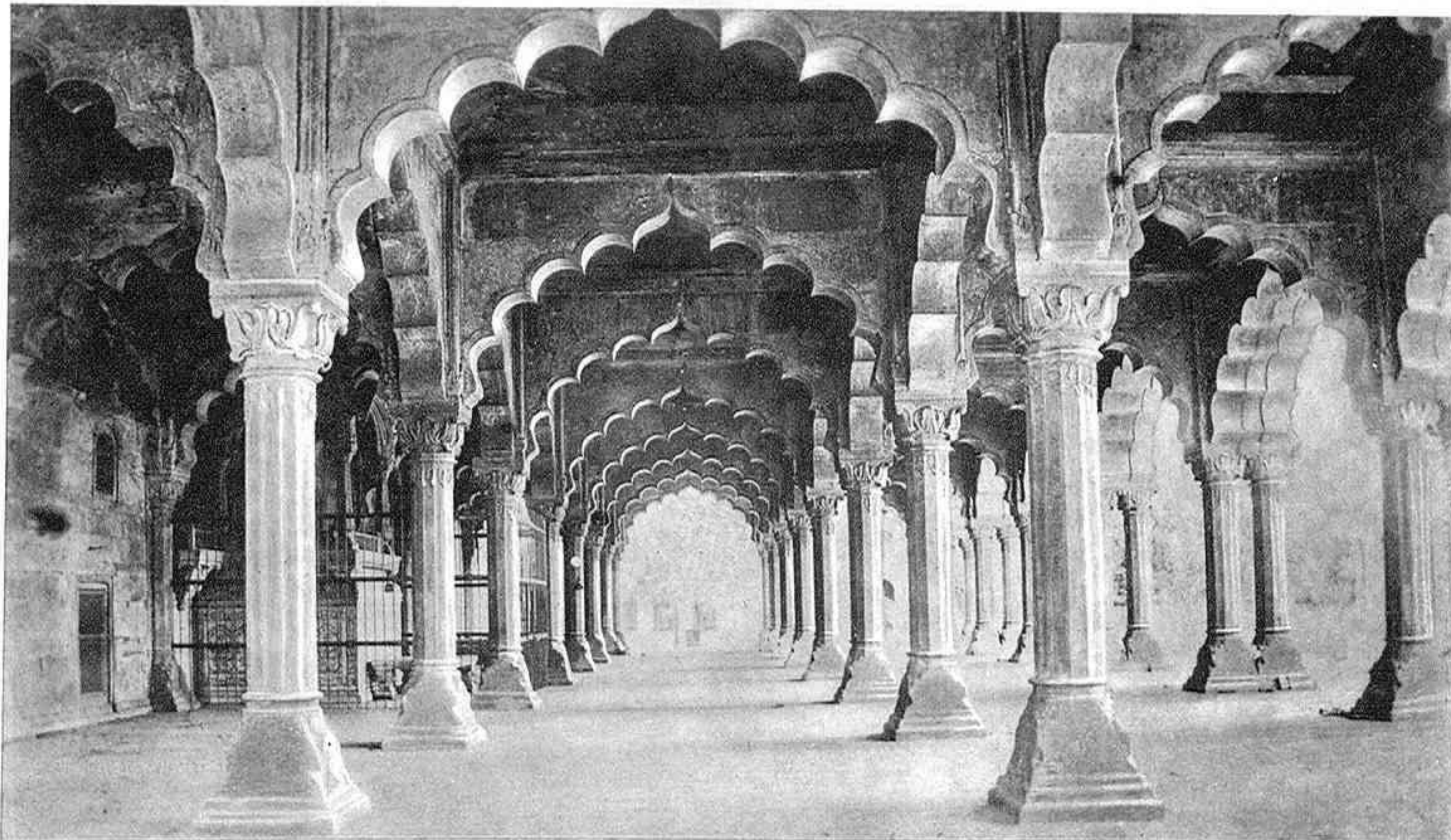
Toda aquella región es un gran cementerio. Aquí y allá las tumbas se suceden, salpicando el paisaje. Los pozos, las fuentes y los árboles, que designan un sepulcro, menudean en todo el paisaje, como el estribillo tético de una grandiosa oración fúnebre.

Las leyendas, que corren de boca en boca y se legaron

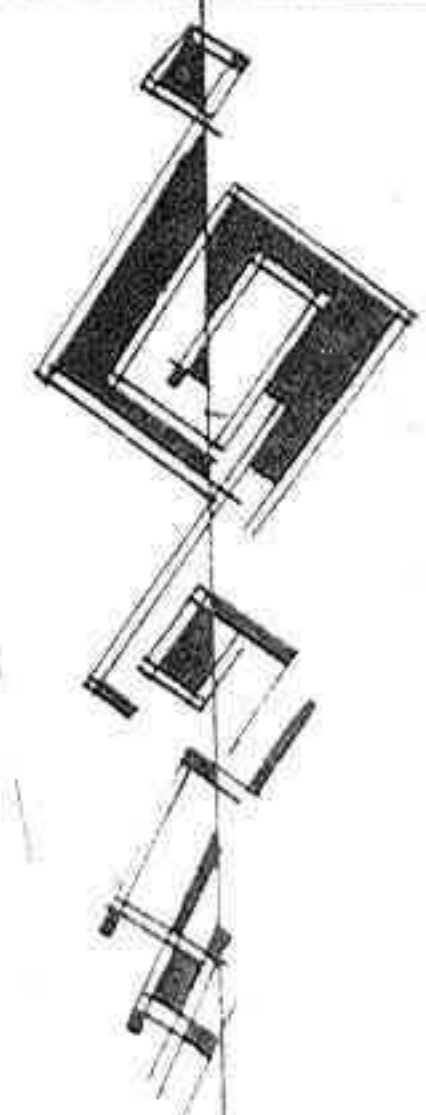
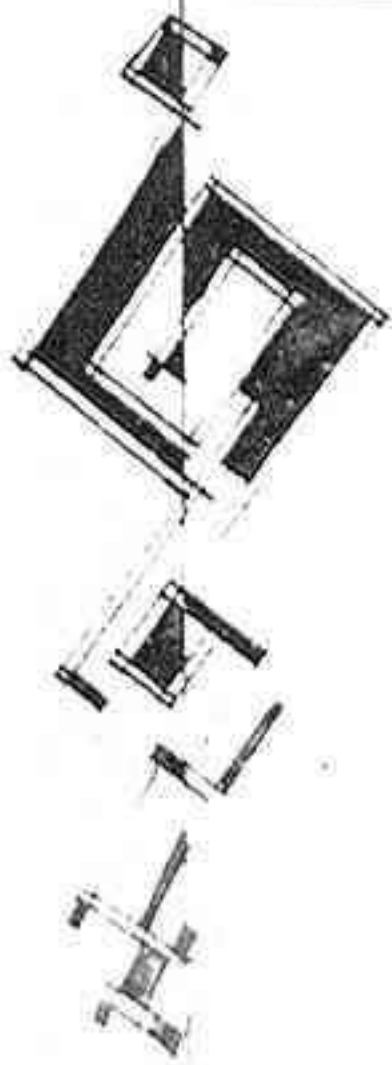
las generaciones para inmortalizarlas, rodean todo con un perfume de fantasías, que les da un matiz hierático.

¡Delhi!... ¡Gran Mogol!... ¡Sangre!... ¡Un Gobierno!... ¡El «Ashram»!... ¡Más sangre!... ¿Cuál será el porvenir?...

ADELARDO FERNANDEZ - ARIAS



El diván del Palacio del Gran Mogol en Delhi, donde el Emperador concedía sus audiencias





A pesar de las imaginaciones de poetas y novelistas que, haciendo de la excepción norma, gustan de poner almas bellísimas en cuerpos deformes, la cara sigue siendo el espejo del alma, y un espíritu sano y bello sólo por accidente puede vivir encerrado en un cuerpo deforme, que, finalmente, le afearía también.

Por eso el Lectorio Infantil, que cuida precientemente de la inteligencia y de la cultura de los pequeñuelos, ha hecho muy bien en completar su obra atendiendo también a la belleza corporal; la dualidad esencial del ser humano no puede ser antítesis entre cuerpo y espíritu.

Y en ese primer concurso, al que han ido niños de extraordinaria belleza, como muestran nuestros grabados, ha merecido el premio un lindísimo bebé, un niño que parece soñado, hijo del gran poeta de la oratoria Federico García Sanchíz, y que más parece fantasía de la imaginación de su padre que ser real.

Esto es, sin embargo, y la fotografía de Calvache, triunfador también en el concurso con sus admirables obras, lo muestra y patentiza.

El arte y la fotografía

El Lectorio Infantil, benemérita institución madrileña, tuvo la feliz idea de organizar un certamen hispanoamericano de belleza infantil.

Cuando la eugenesia no ha entrado aún completamente en nuestras convicciones —y mucho menos en nuestras costumbres—, esos certámenes, en que artistas con deparado criterio estético seleccionan cuidadosamente los más admirables ejemplares de las generaciones nuevas, pueden y deben ser un obstáculo alzado contra la invasora fuerza de lo feo.





EL PAJARO EN LA NIEVE

(CUENTO)

ERA ciego de nacimiento. Le habían enseñado lo único que los ciegos suelen aprender, la música; y fué en este arte muy aventajado. Su madre murió pocos años después de darle vida; su padre, músico mayor de un regimiento, hacía un año solamente. Tenía un hermano en América que no daba cuenta de sí; sin embargo, sabía, por referencias, que estaba casado, que tenía dos niños muy hermosos y ocupaba buena posición. El padre, indignado, mientras vivió, de la ingratitud del hijo, no quería oír su nombre; pero el ciego le guardaba todavía mucho cariño. No podía menos de recordar que aquel hermano mayor había sido su sostén en la niñez, el defensor de su debilidad contra los ataques de los demás chicos, y que siempre le hablaba con dulzura. La voz de Santiago, al entrar por la mañana en su cuarto diciendo: «¡Hola, Juanito! ¡Arriba, hombre; no duermas tanto!», sonaba en los oídos del ciego más grata y armoniosa que las teclas del piano y las cuerdas del violín. ¿Cómo se había transformado en malo aquel corazón tan bueno? Juan no podía persuadirse de ello, y le buscaba un millón de disculpas. Unas veces achacaba la falta al correo; otras se le figuraba que su hermano no quería escribir hasta que pudiera mandar mucho dinero; otras pensaba que iba á darles una sorpresa el mejor día, presentándose cargado de millones en el modesto entresuelo que habitaban; pero ninguna de estas imaginaciones se atrevía á comunicar á su padre. Unicamente cuando éste, exasperado, lanzaba algún amargo apóstrofe contra el hijo ausente, se atrevía á decirle: «No se desespere usted, padre; Santiago es bueno; me da el corazón que ha de escribir uno de estos días.»

El padre se murió sin ver carta de su hijo mayor, entre un sacerdote que le exhortaba y el pobre ciego que le apretaba convulso la mano, como si tratase de

retenerle á la fuerza en este mundo. Cuando quisieron sacar el cadáver de casa sostuvo una lucha frenética, espantosa, con los empleados fúnebres. Al fin se quedó solo; pero ¡qué soledad la suya! Ni padre, ni madre, ni parientes, ni amigos; hasta el sol le faltaba, el amigo de todos los seres creados. Pasó dos días metido en su cuarto, recorriéndolo de una esquina á otra como un lobo enjaulado, sin probar alimento. La criada, ayudada por una vecina compasiva, consiguió al cabo impedir aquel suicidio. Volvió á comer, y pasó la vida desde entonces rezando y tocando el piano.

El padre, algún tiempo antes de morir, había conseguido que le diesen una plaza de organista en una de las iglesias de Madrid, retribuida con tres pesetas diarias. No era bastante, como se comprende, para sostener una casa abierta, por modesta que fuese; así que, pasados los primeros quince días, nuestro ciego vendió por algunos cuartos, muy pocos por cierto, el humilde ajuar de su morada, despidió á la criada y se fué de pupilo á una casa de huéspedes, pagando dos pesetas. La que restaba bastábale para atender á las demás necesidades. Durante algunos meses vivió el ciego sin salir á la calle más que para cumplir su obligación; de casa á la iglesia, y de la iglesia á casa. La tristeza le tenía dominado y abatido de tal suerte, que apenas despegaba los labios. Pasaba las horas componiendo una gran misa de *requiem* que contaba se tocara por caridad del párroco en obsequio del alma de su difunto padre. Y ya que no podía decirse que tenía los cinco sentidos puestos en su obra, porque carecía de uno, sí diremos que se entregaba á ella con alma y vida.

El cambio de Ministerio le sorprendió cuando aún no la había terminado. Ignoro si entraron los radicales, ó los conservadores, ó los constitucionales; pero entraron algunos nuevos. Juan no lo supo sino tarde y con

daño. El nuevo Gabinete, pasados algunos días, juzgó que Juan era un organista peligroso para el orden público, y que desde lo alto del coro, en las vísperas y misas solemnes, roncando y zumbando en todos los registros del órgano, le estaba haciendo una oposición verdaderamente escandalosa. Como el Ministerio entrante no estaba dispuesto, según había afirmado en el Congreso por boca de uno de sus miembros más autorizados, «á tolerar imposiciones de nadie», procedió inmediatamente y con saludable energía á dejar cesante á Juan, buscándole un sustituto que en sus maniobras musicales ofreciese más garantías ó fuese más adicto á las instituciones. Cuando le notificaron el cese, nuestro ciego no experimentó más emoción que la sorpresa: allá en el fondo casi se alegró, porque le dejaban más horas desocupadas para concluir su misa. Solamente se dió cuenta de su situación cuando al fin del mes se presentó la patrona en el cuarto á pedirle dinero. No lo tenía, porque ya no cobraba en la iglesia; fué necesario que llevase á empeñar el reloj de su padre para pagar la casa. Después se quedó otra vez tan tranquilo y siguió trabajando sin preocuparse de lo porvenir. Mas otra vez volvió la patrona á pedirle dinero, y otra vez se vió precisado á empeñar un objeto de la escasísima herencia paterna: era un anillo de diamantes. Al cabo ya no tuvo qué empeñar. Entonces, por consideración á su debilidad, le tuvieron algunos días más de corte-sía, muy pocos, y después le pusieron en la calle, gloriándose mucho de dejarle libre el baúl y la ropa, ya que con ella podían cobrarse de los pocos reales que les quedaba á deber.

Buscó una nueva casa, pero no pudo alquilar piano, lo cual le causó una inmensa tristeza; ya no podía terminar su misa. Todavía fué algún tiempo á casa de un almacenista amigo y tocó el piano á ratos. No tardó,

sin embargo, en observar que se le iba recibiendo cada vez con menos amabilidad, y dejó de ir por allá.

Al poco tiempo le echaron de la nueva casa; pero esta vez quedándose con el baúl en prenda. Entonces comenzó para el ciego una época tan miserable y angustiosa, que pocos se darán cuenta cabal de los dolores, mejor aún, de los martirios que la suerte le deparó. Sin amigos, sin ropa, sin dinero, no hay duda que se pasa muy mal en el mundo; mas si á esto se agrega el no ver la luz del sol y hallarse por lo mismo absolutamente desvalido, apenas si alcanzamos á divisar el límite del dolor y la miseria. De posada en posada, arrojado de todas poco después de haber entrado, metiéndose en la cama para que le lavasen la única camisa que tenía, el calzado roto, los pantalones con hilachas por debajo, sin cortarse el pelo y sin afeitarse, rodó Juan por Madrid no sé cuánto tiempo. Pretendió, por medio de uno de los huéspedes que tuvo, más compasivo que los demás, la plaza de pianista en un café. Al fin se la otorgaron, pero fué para despedirle á los pocos días. La música de Juan no agradaba á los parroquianos del *Café de la Cebada*. No tocaba jotas, ni polos, ni sevillanas, ni cosa ninguna flamenca, ni siquiera polkas; pasaba la noche interpretando sonatas de Beethoven y conciertos de Chopin. Los concurrentes se desesperaban al no poder llevar el compás con las chuchillas.

Otra vez volvió á rodar el misero por los sitios más hediondos de la capital. Algún alma caritativa, que por casualidad se enteraba de su estado, socorriale indirectamente, porque Juan se estremecía á la idea de pedir limosna. Comía lo preciso para no morir de hambre, en alguna taberna de los barrios bajos, y dormía por quince céntimos, entre mendigos y malhechores, en un desván destinado á este fin. En cierta ocasión le robaron, mientras dormía, los pantalones, y le dejaron otros de dril remendados. Era en el mes de Noviembre.

El pobre Juan, que siempre había guardado en el pensamiento la quimera de la venida de su hermano, ahogado ahora por la desgracia, comenzó á alimentarla con afán. Hizo que le escribiesen á la Habana, aunque sin poner señas á la carta, porque no las sabía; procuró informarse si le habían visto, pero sin resultado; y todos los días se pasaba algunas horas pidiendo á Dios de rodillas que le trajese en su auxilio. Los únicos momentos felices del desdichado eran los que pasaba en oración en el ángulo de alguna iglesia solitaria. Oculto detrás de un pilar, aspirando los acres olores de la cera y la humedad, escuchando el chisporroteo de los cirios y el leve rumor de las plegarias de los pocos fieles distribuidos por las naves del templo, su alma inocente dejaba este mundo, que tan cruelmente le trataba, y volaba á comunicarse con Dios y su Madre Santísima. Tenía la devoción de la Virgen profundamente arraigada en el corazón desde la infancia. Como apenas había conocido á su madre, buscó por instinto en la de Dios la protección tierna y amorosa que sólo la mujer puede dispensar al niño; había compuesto en honor suyo algunos himnos y plegarias, y no se dormía jamás sin besar devotamente el escapulario del Carmen que llevaba al cuello.

Llegó un día, no obstante, en que el cielo y la tierra le desampararon. Arrojado de todas partes, sin tener un pedazo de pan que llevarse á la boca, ni ropa con que preservarse del frío, comprendió el cuidado, con terror, que se acercaba el instante de pedir limosna. Trabóse una lucha desesperada en el fondo de su espíritu. El dolor y la vergüenza disputaron palmo á palmo el terreno á la necesidad; las tinieblas que le rodeaban hacían aún más angustiosa esta batalla. Al cabo, como era de esperar, venció el hambre. Después de pasar muchas horas sollozando y pidiendo fuerzas á Dios para soportar su desdicha, resolvióse á implorar la caridad; pero todavía quiso el infeliz disfrazar la humillación, y decidió cantar por las calles de noche solamente. Poseía una voz regular y conocía á la perfección el arte del canto; mas tropezó con la dificultad de no tener medio de acompañarse. Al fin, otro desgraciado, que no lo era tanto como él, le facilitó una guitarra vieja y rota; y después de arreglarla del mejor modo que pudo, y después de derramar abundantes lágrimas, salió cierta noche de Diciembre á la calle. El corazón le latía fuertemente; las piernas le temblaban. Cuando quiso cantar en una de las calles más céntricas, no pudo; el dolor y la vergüenza habían formado un nudo en su garganta. Arrimóse á la pared de una casa, descansó algunos instantes, y repuesto un tanto, empezó á cantar la romanza de tenor del primer acto de *La Favorita*. Llamó desde luego la atención de los transeúntes un ciego que no cantaba peteneras ó malagueñas, y muchos hicieron círculo en torno suyo, y no pocos, al observar la maestría con que iba venciendo las dificultades de la obra, se comunicaron en voz baja su sorpresa y dejaron algunos cuartos en el sombrero, que había colgado del brazo. Terminada la romanza, empezó el aria del cuarto acto de *La Africana*. Pero se había reunido demasiada gente á su alrededor, y la autoridad temió que esto fuese causa de algún desorden, pues era cosa averiguada para los agentes de Orden público que las personas que se reúnen en la calle á escuchar á un ciego demuestran por este hecho instintos peligrosos de rebelión, hostilidad contra las instituciones, una actitud, en fin, incompatible con el orden social y la seguridad del Es-

tado. Por lo cual un guardia cogió á Juan enérgicamente por el brazo y le dijo:

—A ver; retirese usted á su casa inmediatamente, y no se pare en ninguna calle.

—Pero yo no hago daño á nadie.

—Está usted impidiendo el tránsito. Adelante, adelante, si no quiere usted ir á la Prevención.

Es realmente consolador el ver con qué esmero procura la autoridad gubernativa que las vías públicas se hallen siempre limpias de ciegos que canten. Y yo creo, por más que haya quien sostenga lo contrario, que si pudiese igualmente tenerlas limpias de ladrones y asesinos, no dejaría de hacerlo con gusto.

Retiróse á su zahurda el pobre Juan, pesaroso, porque tenía buen corazón, de haber comprometido por un instante la paz intestina y dado pie para una intervención del poder ejecutivo. Había ganado cinco reales y un perro grande. Con este dinero comió al día siguiente y pagó el alquiler del miserable colchón de paja en que durmió. Por la noche tornó á salir y á cantar trozos de ópera y piezas de canto. Vuelta á reunirse la gente en torno suyo y vuelta á intervenir la autoridad gritándole con energía:

—¡Adelante, adelante!

¡Pero si iba adelante no ganaba un cuarto, porque los transeúntes no podían escucharle! Sin embargo, Juan marchaba, marchaba siempre, porque le estremecía, más que la muerte, la idea de infringir los mandatos de la autoridad, y turbar, aunque fuese momentáneamente, el orden de su país.

Cada noche se iban reduciendo más sus ganancias. Por un lado, la necesidad de seguir siempre adelante, y por otro, la falta de novedad, que en España se paga siempre muy cara, le iban privando todos los días de algunos céntimos. Con los que traía para casa al retirarse apenas podía introducir en el estómago algo para no morir de hambre. Su situación era ya desesperada. Sólo un punto luminoso seguía viendo tenazmente el desgraciado entre las tinieblas de su congioso estado. Este punto luminoso era la llegada de su hermano Santiago. Todas las noches, al salir de casa con la guitarra colgada del cuello, se le ocurría el mismo pensamiento: «Si Santiago estuviese en Madrid y me oyese cantar, me conocería por la voz.» Y esta esperanza, mejor dicho, esta quimera, era lo único que le daba fuerzas para soportar la vida.

Llegó otro día, no obstante, en que la angustia y el dolor no conocieron límites. En la noche anterior no había ganado más que veinte céntimos. ¡Había estado tan fría! Como que amaneció Madrid envuelto en una sábana de nieve de media cuarta de espesor. Y todo el día siguió nevando sin cesar un instante, lo cual tenía sin cuidado á la mayoría de la gente y fué motivo de regocijo para muchos aficionados á la estética. Los poetas que gozaban de una posición desahogada, muy particularmente, pasaron gran parte del día mirando caer los copos al través de los cristales de su gabinete y meditando lindos é ingeniosos símiles de esos que hacen gritar al público en el teatro ¡bravo, bravo! ó obligan á exclamar, cuando se leen en un tomo de versos: «¿Qué talento tiene este joven!»

Juan no había tomado más alimento que una taza de café de ínfima clase y un panecillo. No pudo entretener el hambre contemplando la hermosura de la nieve, en primer lugar porque no tenía vista, y en segundo, porque aunque la tuviese, era difícil que á través de la rejá de vidrio empañada y sucia de su desván pudiera verla. Pasó el día acurrucado sobre el colchón, recordando los días de la infancia y acariciando la dulce manía de la vuelta de su hermano. Al llegar la noche, apretado por la necesidad, desfallecido, bajó á la calle á implorar una limosna. Ya no te-

nía guitarra; la había vendido por tres pesetas en un momento parecido de apuro.

La nieve caía con la misma constancia, puede decirse con el mismo encarnizamiento. Las piernas le temblaban al pobre ciego lo mismo que el día primero en que salió á cantar; pero esta vez no era de vergüenza, sino de hambre. Avanzó como pudo por las calles, enfangándose hasta más arriba del tobillo. Su oído le decía que no cruzaba apenas ningún transeúnte; los coches no hacían ruido, y estuvo expuesto á ser atropellado por uno. En una de las calles céntricas se puso, al fin, á cantar el primer trozo de ópera que acudió á sus labios. La voz salía débil y enroquecida de la garganta; nadie se acercaba á él, ni siquiera por curiosidad. «Vamos á otra parte», se dijo, y bajó por la Carrera de San Jerónimo, caminando torpemente sobre la nieve, cubierto ya de un blanco cenital y con los pies chapoteando agua. El frío se le iba metiendo por los huesos; el hambre le producía fuerte dolor en el estómago. Llegó un momento en que el frío y el dolor le apretaron tanto, que se sintió casi desvanecido, creyó morir, y elevando el espíritu á la Virgen del Carmen, su protectora, exclamó con voz acongojada: «¡Madre mía, socórreme!» Y después de pronunciar estas palabras, se sintió un poco mejor y marchó, ó más propiamente, se arrastró hasta la plaza de las Cortes. Allí se arrimó á la columna de un farol, y, todavía bajo la impresión del socorro de un farol, y, todavía bajo la impresión del socorro de un farol, comenzó á cantar el *Ave María* de Gounod, una melodía á la cual siempre había tenido mucha

afición. Pero nadie se acercaba tampoco. Los habitantes de la villa estaban todos recogidos en los cafés y teatros, ó bien en sus hogares haciendo bailar á sus hijos sobre las rodillas al amor de la lumbre. Seguía cayendo la nieve pausada y copiosamente, decidida á prestar asunto al día siguiente á todos los revisteros de periódicos para encantar á sus aficionados con una docena de frases delicadas. Los transeúntes que casualmente cruzaban lo hacían apresuradamente, arrebujados en sus capas y tapándose con el paraguas. Los faroles se habían puesto el gorro blanco de dormir, y dejaban escapar melancólica claridad. No se oía ruido alguno si no era el rumor vago y lejano de los coches, y el caer incansante de los copos, como un crujido levísimo y prolongado de sedita. Solo la voz de Juan vibraba en el silencio de la noche saludando á la Madre de los Desamparados. Y su canto, más que himno de salutación, parecía un grito de congoja algunas veces; otras, un gemido triste y resignado, que helaba el corazón más que el frío de la nieve.

En vano clamó el ciego largo rato pidiendo favor

al cielo; en vano repitió el dulce nombre de María un sinnúmero de veces, acomodándolo á los diversos tonos de la melodía. El cielo y la Virgen estaban lejos, al parecer, y no le oyeron: los vecinos de la plaza estaban cerca, pero no quisieron oírle. Nadie bajó á recogerlo; ningún balcón se abrió siquiera para dejar caer sobre él una moneda de cobre. Los transeúntes, como si viesen perseguidos de cerca por la pulmonía, no osaban detenerse.

Al fin, ya no pudo cantar más: la voz espiraba en la garganta; las piernas se le doblaban; iba perdiendo la sensibilidad en las manos. Dió algunos pasos y se sentó en la acera, al pie de la verja que rodea el jardín. Apoyó los codos en las rodillas y metió la cabeza entre las manos. Y pensó vagamente en que había llegado el último instante de su vida; y volvió á rezar fervorosamente implorando la misericordia divina.

Al cabo de un rato creyó observar que un transeúnte se paraba delante de él y se sintió cogido por el brazo. Levantó la cabeza, y sospechando que sería lo de siempre, preguntó tímidamente:

—¿Es usted algún guardia?

—No soy ningún guardia—repuso el transeúnte—, pero levántese usted.

—Apenas puedo, caballero.

—¿Tiene usted mucho frío?

—Sí, señor... Y además no he comido hoy.

—Entonces, yo le ayudaré... Vamos... ¡Arriba!

El caballero cogió á Juan por los brazos y le puso en pie: era un hombre vigoroso.

—Ahora, apóyese usted bien en mí y vamos á ver si hallamos un coche.

—¿Pero dónde me lleva usted?

—A ningún sitio malo; ¿tiene usted miedo?

—¡Ah! No; el corazón me dice que es usted una persona caritativa.

—Vamos andando... A ver si llegamos pronto á casa para que usted se seque y tome algo caliente.

—Dios se lo pagará á usted, caballero... La Virgen se lo pagará... Créi que iba á morir en ese sitio.

—Nada de morir... No hable usted de eso ya. Lo que importa ahora es dar pronto con un simón... Va-



mancha

mos... adelante... ¿Qué es eso, tropieza usted?
—Sí, señor; creo que he dado contra la columna de un farol... ¡Como soy ciego!

—¿Es usted ciego?—preguntó vivamente el desconocido.

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nació.

Juan sintió estremecerse el brazo de su protector, y siguieron caminando en silencio. Al cabo, éste se detuvo un instante y le preguntó con voz alterada:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Juan Martínez.

—Su padre de usted Manuel, ¿verdad? Músico mayor del tercero de artillería, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

En el mismo instante el ciego se sintió apretado fuertemente por unos brazos vigorosos que casi le asfixiaron y escuchó en su oído una voz temblorosa que exclamó:

también; otros que, reducido á la última miseria, había ido por el mundo cantando y tocando la guitarra. Fueron inútiles cuantas gestiones hizo para averiguar su paradero. Afortunadamente, la Providencia se encargó de llevarlo á sus brazos. Santiago reía unas veces, lloraba otras, mostrando siempre el carácter franco, generoso y jovial de cuando niño.

Paró el coche al fin. Un criado vino á abrir la portezuela. Llevaron á Juan casi en volandas hasta su casa. Al entrar percibió una temperatura tibia, el aroma de bienestar que esparce la riqueza; los pies se le hundían en mullida alfombra. Por orden de Santiago, dos criados le despojaron inmediatamente de sus harapos empapados de agua y le pusieron ropa limpia y de abrigo. En seguida le sirvieron en el mismo gabinete, donde ardía un fuego delicioso, una taza de caldo confortador, y después algunas viandas, aunque con la debida cautela, por la flojedad en que debía hallarse su estómago. Subieron además de la bodega el vino más exquisito y añejo. Santiago no dejaba de moverse, dictando las órdenes oportunas, acercándose á cada instante al ciego para preguntarle con ansiedad:

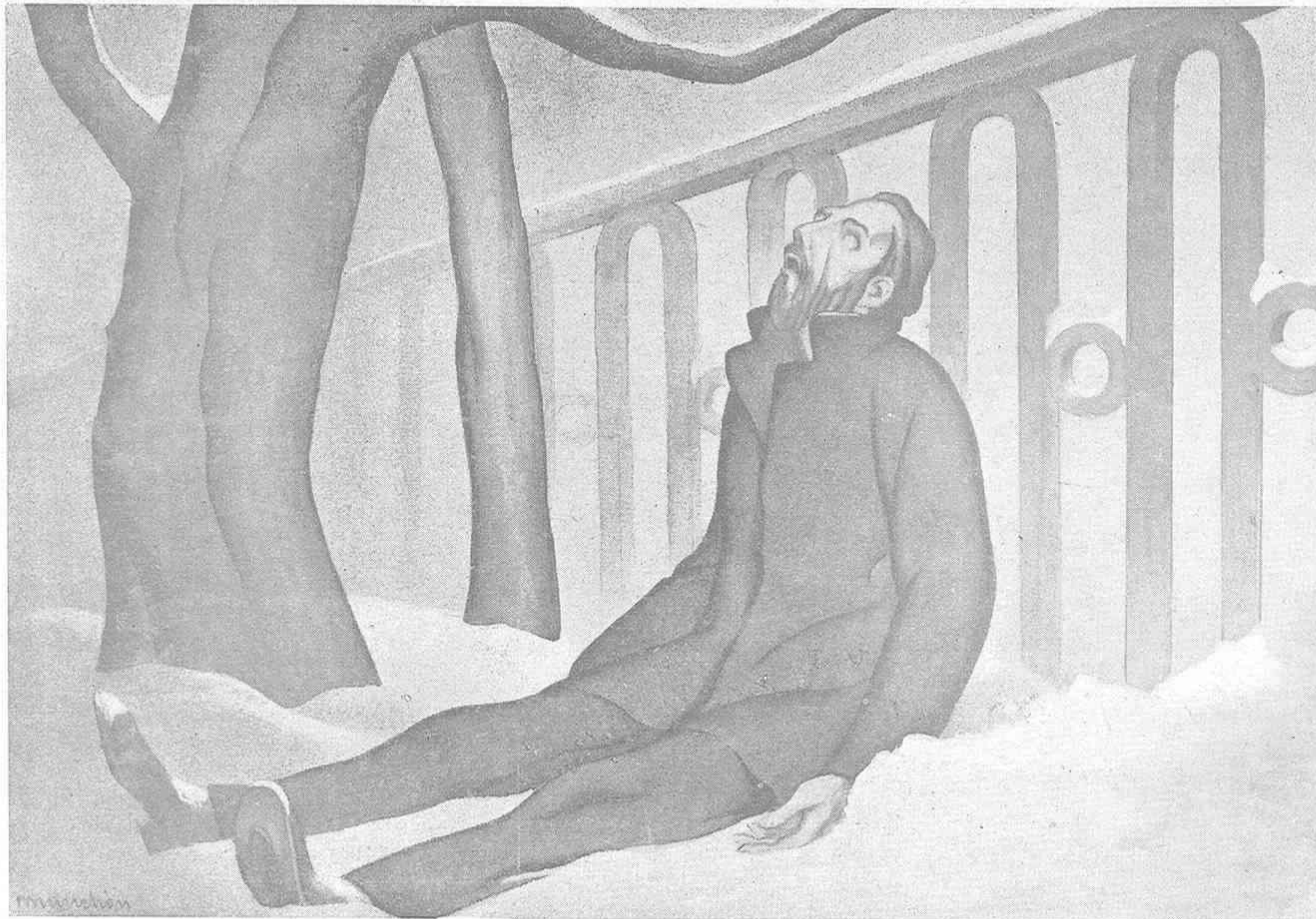
porque deseaba conocer á su cuñada y besar á sus sobrinos.

—Ahora veo á mi hija Manolita, que también sale en camisa... ¡Calle, también se ha despertado Paquito!... ¡No te he dicho que todos iban á recibir un susto!... Pero se van á constipar si andan de ese modo más tiempo... No toques más, Juan, no toques más.

Cesó el estrépito infernal.

—Vamos, Adela, Manolita, Paquito, abrigaos un poco y venid á dar un abrazo á mi hermano Juan. Este es Juan, de quien tanto os he hablado, á quien acabo de encontrar en la calle á punto de morirse helado entre la nieve... ¡Vamos, vestíos pronto!

La noble familia de Santiago vino inmediatamente á abrazar al pobre ciego. La voz de la esposa era dulce y armoniosa: Juan creía escuchar la de la Virgen; notó que lloraba cuando su marido relató de qué modo le había encontrado. Y todavía quiso añadir más cuidados á los de Santiago: mandó traer un calorífero y ella misma se lo puso debajo de los pies; después le envolvió las piernas en una manta y le puso en la cabeza una gorra de terciopelo. Los niños revoloteaban en torno



—¡Dios mío, qué horror y qué felicidad! Soy un criminal, soy tu hermano Santiago.

Y los dos hermanos quedaron abrazados y sollozando algunos minutos en medio de la calle. La nieve caía sobre ellos dulcemente.

Santiago se desprendió bruscamente de los brazos de su hermano y comenzó á gritar, salpicando sus palabras con fuertes interjecciones:

—¡Un coche, un coche! ¿No hay un coche por ahí?... ¡Maldita sea mi suerte! Vamos, Juanillo, haz un esfuerzo; llegaremos pronto... Pero, señor, ¿dónde se meten los coches?... Ni uno sólo cruza por aquí... Allá lejos veo uno... ¡Gracias á Dios!... ¡Se aleja el maldito!... Aquí está otro... Este ya es mío. A ver, cochero..., cinco duros si usted me lleva volando al hotel número diez de la Castellana...

Y cogiendo á su hermano en brazos como si fuera un chico, lo metió en el coche, y detrás se introdujo él. El cochero arreó á la bestia y el carruaje se deslizó velozmente y sin ruido sobre la nieve. Mientras caminaban, Santiago, teniendo siempre abrazado al pobre ciego, le contó rápidamente su vida. No había estado en Cuba, sino en Costa Rica, donde juntó una respetable fortuna; pero había pasado muchos años en el campo, sin comunicación apenas con Europa. Escribió tres ó cuatro veces por medio de los barcos que traficaban con Inglaterra, y no obtuvo respuesta. Y siempre pensando en tornar á España al año siguiente, dejó de hacer averiguaciones, proponiéndose darles una agradable sorpresa. Después se casó, y este acontecimiento retardó mucho su vuelta. Pero hacía cuatro meses que estaba en Madrid, donde supo por el registro parroquial que su padre había muerto. De Juan le dieron noticias vagas y contradictorias: unos le dijeron que se había muerto

—¿Cómo te encuentras ahora, Juan? ¿Estás bien? ¿Quieres otro vino? ¿Necesitas más ropa?

Terminada la refacción, se quedaron ambos algunos momentos al lado de la chimenea. Santiago preguntó á un criado si la señora y los niños estaban ya acostados, y habiéndole respondido afirmativamente, dijo á su hermano, rebotando de alegría:

—¿Tú no tocas el piano?

—Sí.

—Pues vamos á dar un susto á mi mujer y á mis hijos. Ven al salón.

Y le condujo hasta sentarle delante del piano. Después levantó la tapa para que se oyera mejor, abrió con cuidado las puertas y ejecutó todas las maniobras conducentes á producir una sorpresa en la casa; pero todo ello con tal esmero, andando sobre la punta de los pies, hablando en falsete y haciendo tantas y tan graciosas muecas, que Juan, al notarlo, no pudo menos de reírse, exclamando:

—¡Siempre el mismo, Santiago!

—Ahora toca, Juanillo, toca con todas tus fuerzas.

El ciego comenzó á ejecutar una marcha guerrera. El silencioso hotel se estremeció de pronto, como una caja de música cuando se le da cuerda. Las notas se atropellaban al salir del piano; pero siempre con ritmo belicoso. Santiago exclamaba de vez en cuando:

—¡Más fuerte, Juanillo, más fuerte!

Y el ciego golpeaba el teclado cada vez con mayor brío.

—Ya veo á mi mujer detrás de las cortinas... ¡Adelante, Juanillo, adelante!... Está la pobre en camisa... ¡Ji..., ji... Me hago como que no la veo... Se va á creer que estoy loco... ¡Ji, ji!... ¡Adelante, Juanillo, adelante!

Juan obedecía á su hermano; aunque sin gusto ya,

de la butaca, acariciándole y dejándose acariciar de su tío. Todos escucharon en silencio, y embargados por la emoción, el breve relato que de sus desgracias les hizo. Santiago se golpeaba la cabeza; su esposa lloraba; los chicos, atónitos, le decían, estrechándole la mano:

—¿No volverás á tener hambre ni salir á la calle sin paraguas, verdad tío?... Yo no quiero; Manolita no quiere tampoco... ni papá, ni mamá.

—¡A qué no le das tu cama, Paquito!—dijo Santiago, pasando á la alegría inmediatamente.

—¡Si no *quepe* en ella, papá! En la sala hay otra muy grande, muy grande, muy grande...

—No quiero cama ahora—interrumpió Juan—... ¡me encuentro tan bien aquí!

—¿Te duele el estómago como antes?—preguntó Manolita, abrazándole y besándole.

—No, hija mía, no; ¡bendita seas!... No me duele nada... Soy muy feliz... Lo único que tengo es sueño... Se me cierran los ojos sin poderlo remediar...

—Pues por nosotros no dejes de dormir, Juan—dijo Santiago.

—Sí, tío, duerme, duerme—dijeron á un tiempo Manolita y Paquito, echándole los brazos al cuello y cubriéndole de caricias.

Y se durmió en efecto. Y despertó en el cielo.

Al amanecer del día siguiente, un agente de Orden público tropezó con su cadáver entre la nieve. El médico de la Casa de Socorro certificó que había muerto por la congelación de la sangre.

—Mira, Jiménez—dijo un guardia de los que le habían llevado á su compañero—: ¡Parece que se está riendo!

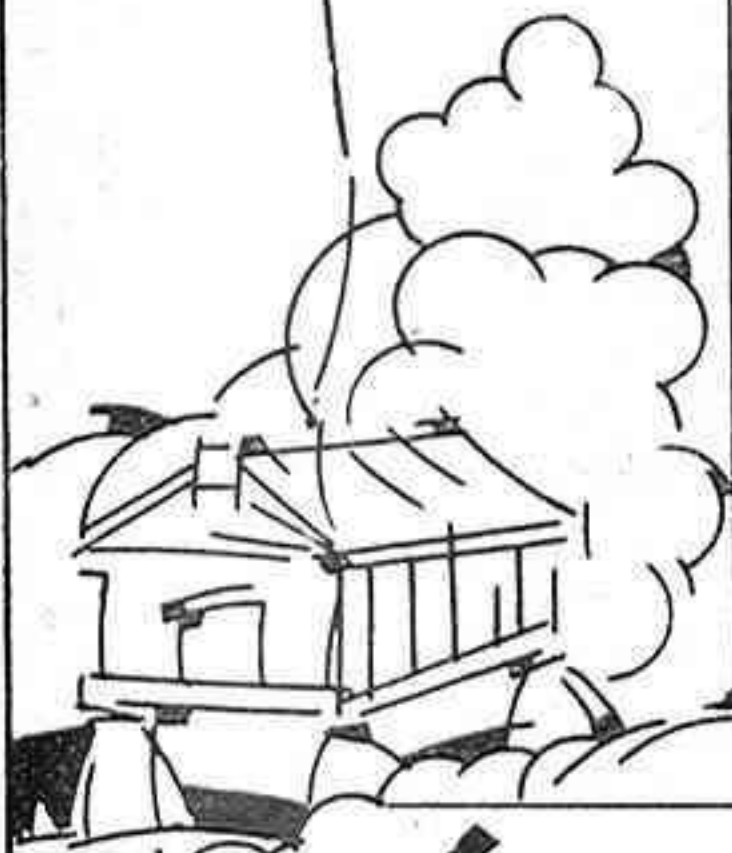
(Dibujos de Manchón)

ARMANDO PALACIO VALDES

Los
poemas
del
Bable



RENOSINA



Mi alma que Rosina
pe la Candelera,
yera una florida
manteguina fresca.
Sos papinos tien les llumes
de la flor de piescal, tempranera;
y una guinda pintaba so boca,
que por fresca prúia mordela.
¡Yera lo que había
que ver ena fiesta!
Tienya, amorosina,
llúcia, sin fachenda;
yera envidia de mozes trecheres,
y de mozos galantes, dentera.

En venti conceyos
í la redondela,
no había otu encantu,
no había otra tema,
que Rosina llevaba la palma,
yera del caxellu la reina.
Rosina, la fia
de la Moliñera.

¡Qué gorgoritos
facía la neña,
cuando al vientu llanzaba una copla,
rimelgando la roxa guedeya!

¡Taba inamorada
de Florín de Pepa!

Mozu gayasperu,
plantau y de freba,
y por reciu, valiente y lozanu,
sos güeyinos en elli, ponxera.
Violu dando palos
un día ena fiesta,
y sembrar de mozos
toa la campera,
del cotarru, quedando por gallu,
sin fanfarria, sin bronques, sin flema;
y por tal, la rapaza garbosa,
de cariñu por él taba ciega.
¡Bien lo demostraba
cantando ena era,
na fontana al cayer de la tarde,
n'el sallu, n'andecha,
per uquier que con ella atopara,
per uquier dondi elli la oyera!

Pasó cerca un añu;
ya el roble dió fueya,
de pazixo vistió la mimosa,
y tamién floreció la espinera.
¡La flor de los mozos,
llevolos la reina!

En tierra lloñe de morería,
perdió la vida Florín de Pepa.
Vieno la toñada
tranquila y serena;

la rapaza non canta ena llosa,
la fontana ta muda en sin ella;
non va á la esfoyaza,
nin anda á la gueta;
ya la flor amusgose n'el guertu,
y el rebollu quedóse sin fueya,
que'l ábregu triste
echolu per tierra.

Sentada en escañu,
muda, friolenta,
como rosa amusgá pe la llume,
con carina color de la cera,
así está Rosina
(da señalda vela).

¡Taba inamorada
de Florín de Pepa!

No habiendo n'el mundo
ya nada pa ella,
pos de lo que fora
nin migaya i queda,
hacia el cielo levanta so vuelu
la calandra cantora y melguera...

¡Dizlo la campana,
que en la torre paez que se afuega!

EMILIO PALACIOS

(Fot. J. García (Gijón))

F

LA EXALTACIÓN FASCISTA Y EL PELIGRO DE GUERRA

MUSSOLINI ha logrado, indiscutiblemente, hacer una Italia nueva; pero, por desgracia, ha creído necesario infundirle un espíritu ardentemente belicoso, muy inquietante para los pueblos pacíficos.

El último discurso de su excelencia era ya, más que amenazador, agresivo; pero, por fortuna, fué acogido por los pueblos que podían sentirse más directamente atacados, con la suficiente serenidad, quizá un poco despectiva en algún caso, aunque la superioridad militar de un país no le garantice, ni mucho menos, la inmunidad en una contienda; la victoria final será, indudablemente, de quien tenga más fuerza y sepa regirla mejor; pero lograrla costará siempre, aun en el caso más favorable, cruentos y costosos sacrificios.

Pero al desdén más ó menos sentido, aunque claramente expresado de algunos, al gesto recíprocamente amenazador de otros, y sobre todo á las hipótesis de los que reputaban el gesto audaz del dictador italiano como mera exaltación personal, requerida tal vez por apremios de política exterior, el *duce* ha contestado inmediatamente mostrando al mundo el gesto más amenazador y agresivo, aun de las milicias fascistas, más entusiastas y *chauvinistes* hoy que nunca.

Mussolini ha realizado, en efecto, una especie de plebiscito, un plebiscito irregular y limitado, desde luego, pero plebiscito, al fin, que si no la opinión de Italia entera, ha dado á conocer muy ostensiblemente el pensamiento de la parte más belicosa, pero más fuerte, por el momento, del país. En el predominio de esa parte está precisamente el peligro.

Para oírlo, y tal vez más aún para que sea oída por los demás, el *duce* ha requerido á las milicias fascistas para que suscriban, si les place, un compromiso militar por diez años, durante los cuales las famosas camisas negras quedarán convertidas en prenda caracte-



Escultura ecuestre de Mussolini



rística de uniforme militar italiano; durante esos diez años los fascistas serían considerados, en caso de guerra, como verdaderos militares.

Las respuestas que el requerimiento ha suscitado no han podido ser más satisfactorias para Mussolini: todas son afirmativas, y eso sería ya mucho; pero, además —y esto aún más grave—, son ardientes, de un patriotismo que, para ser verdadero patriotismo, tal vez ganase siendo un poco menos exaltado.

La plaza de Venecia de Roma durante una manifestación fascista

Muchos batallones de la milicia fascista han contestado telegráficamente á la pregunta del *duce*, y las respuestas son demostrativas de esa exaltación que comentamos: no se limitan, en efecto, á suscribir el compromiso por diez años á que su ídolo les invita, sino que para hacerlo emplean frases de ardiente adhesión á Mussolini. Muchos afirman que consideran ampliado sin límite el tiempo señalado, y alguno, al hacerlo, afirma que siente, sin límites también, el amor al fusil, la adoración á la ametralladora y el recuerdo del puñal.

Otro afirma que estará «orgulloso si se le destina entre las primeras bayonetas á los ataques más sangrientos, para la mayor gloria del *duce* y de la patria».

Alguno, más idolátrico aún, telegrafía: «Por el *duce*, hasta la muerte.»

Y otro aún: «Suscribimos ardientemente el compromiso por diez años, compromiso que tiene una luz: el porvenir de Italia, y un *condottiero*: Benito Mussolini.»

Menos personal, pero igualmente exaltada, es otra respuesta: «Deseamos que el *duce* sepa que durante doce años, y más aún, estaremos orgullosos de llevar el puñal, esperando el momento de desenvainarlo en defensa suya y de lanzarnos á cualquier empresa, por peligrosa que sea, en nombre del Rey, por el triunfo de la Revolución fascista y por conquistar para la patria fronteras más justas.»

Lo más lamentable del tono y del contexto de esas respuestas es que parecen dictadas en víspera muy próxima, si cabe hablar así, del comienzo de una contienda, y que á ella parece lanzado fatalmente el pueblo italiano por una urgente, apremiante necesidad de reivindicaciones: los que piden ser destinados entre las primeras bayonetas para los ataques más sangrientos y los que quieren para Italia fronteras más justas, marcan bien esas dos características que, tácitas ó expresas, latan en todas las contestaciones dadas al *duce* por sus más fervientes partidarios.

No puede negarse, sin embargo, y es la única nota optimista que del semplebiscito puede sacarse, que las milicias fascistas son á la vez los elementos más belicosos de Italia y los más afectos al *duce*. De ahí que, después de oírles, quepa preguntarse si el resto del pueblo italiano piensa lo mismo y lo piensa con igual calor.

Para dudarle impulsa el hecho mismo de la prosperidad económica á que Mussolini ha llevado á una gran parte, por lo menos, del país. Esa prosperidad, podrá decirse, invita á defenderla con ardor; pero sin que nadie la ataque, la defensa puede resultar muy en su daño, ya que los súbditos de Mussolini no deben haber olvidado aún las trágicas visiones de la guerra y tienen muy á la vista también cuáles han sido las consecuencias de la más reciente en los países á que de un modo más directo afectó. Por mucho y muy fuerte que sea el espíritu guerrero que Mussolini haya logrado infundir á su pueblo, puesto en lucha con el interés de perder un bienestar difícilmente conseguido y más difícilmente reconquistable si fuese perdido, templará mucho los ardores de los bienhallados, que si es esencialmente verdadero el progreso aparente de Italia, deben ser los más y los más tranquilos.

Hay un peligro, no obstante: que se emplee, para mover contra el enemigo al pueblo italiano, sistema semejante al que usaron los alemanes: hacerle concebir como inmediata y potente la posibilidad de una agresión, y aun la agresión misma, siempre fácil de provocar ó de fingir.

Contra ese riesgo es buen sistema, aunque, naturalmente, no sea infalible, la serenidad que ante los alarres de Mussolini y de sus huestes—que bien podrían ser tomados por provocaciones—muestran los pueblos que pudieran darse por aludidos; lo peor es que esa serenidad no puede ser suficiente para evitar los aprestos guerreros, y en ellos, como en la misma preparación militar de Italia, que va á buscar soldados para lo porvenir en las mismas escuelas prusianas, está el mayor peligro.

Los últimos sucesos históricos han demostrado lo erróneo del viejo aforismo que decía: *Si vis pacem para bellum*. Preparando la guerra, sólo la guerra puede conseguirse; y porque lo sienten así todos los grandes políticos del mundo, es el desarme su aspiración y es al desarme á lo que aspiran llevar á los pueblos como única garantía de paz.

Por desgracia, Mussolini piensa de otro modo, y en ese concierto mundial, una nota disonante basta para hacer imposible toda armonía. Con que un pueblo se prepare para la guerra, basta para obligar á todos los demás á preparativos semejantes, y al cabo se rompe el equilibrio y podrá surgir la catástrofe.

Ya en otra ocasión recordamos que Mussolini podría repetir la famosa frase de Napoleón: «He dormido en lechos de Reyes y he adquirido una enfermedad terrible.» Esa enfermedad puede ser gravísima para algunos pueblos y para Italia misma; pero, por el momento al menos, no parece fácil de curar.

Los sueños de Mussolini, en su regia alcoba actual, han de ser muy distintos de los que tuviera bajo el puente de Lausana, cuando allí dormía.

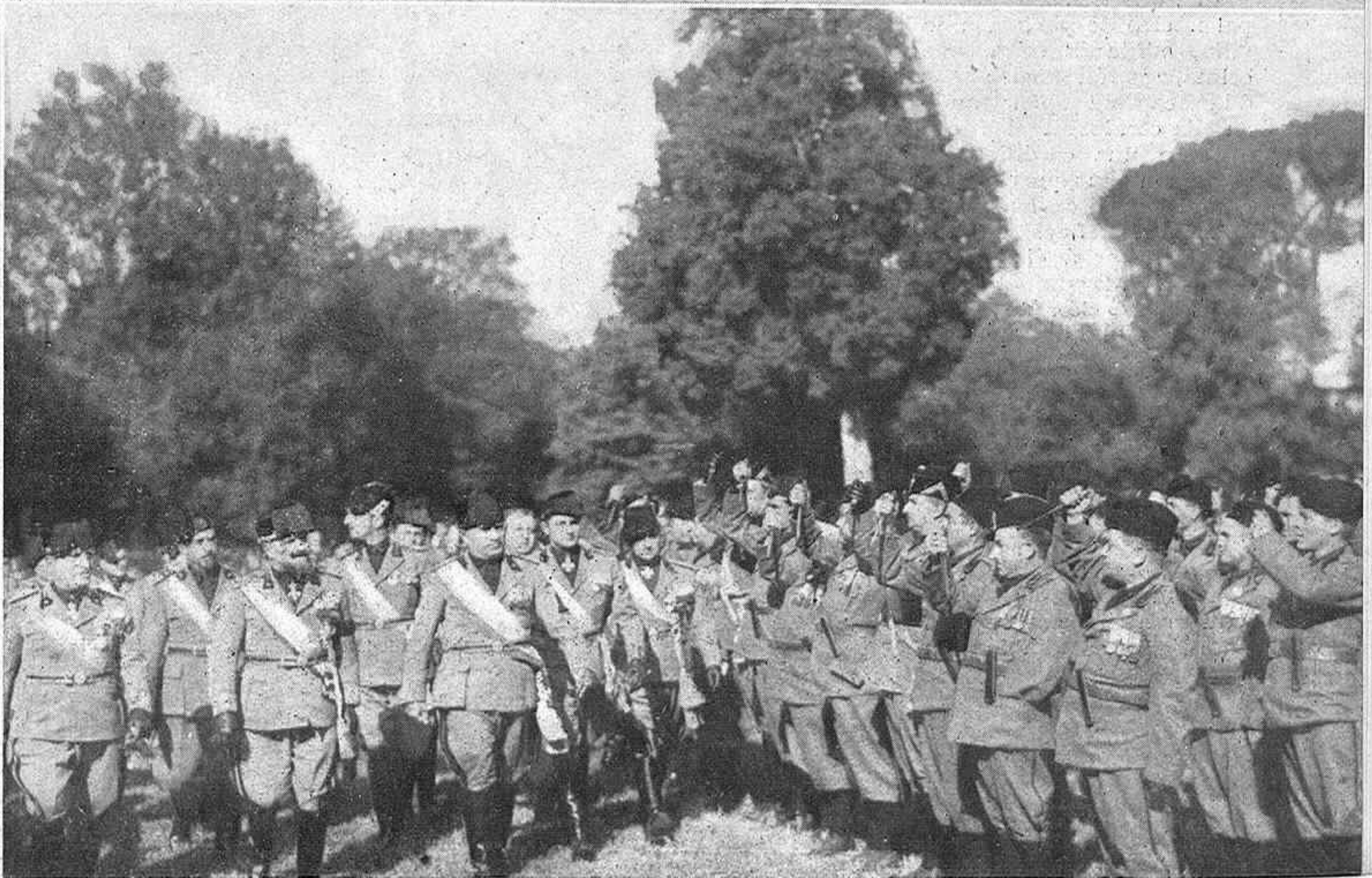
Mussolini, al salir de un acto oficial, con el Estado Mayor fascista

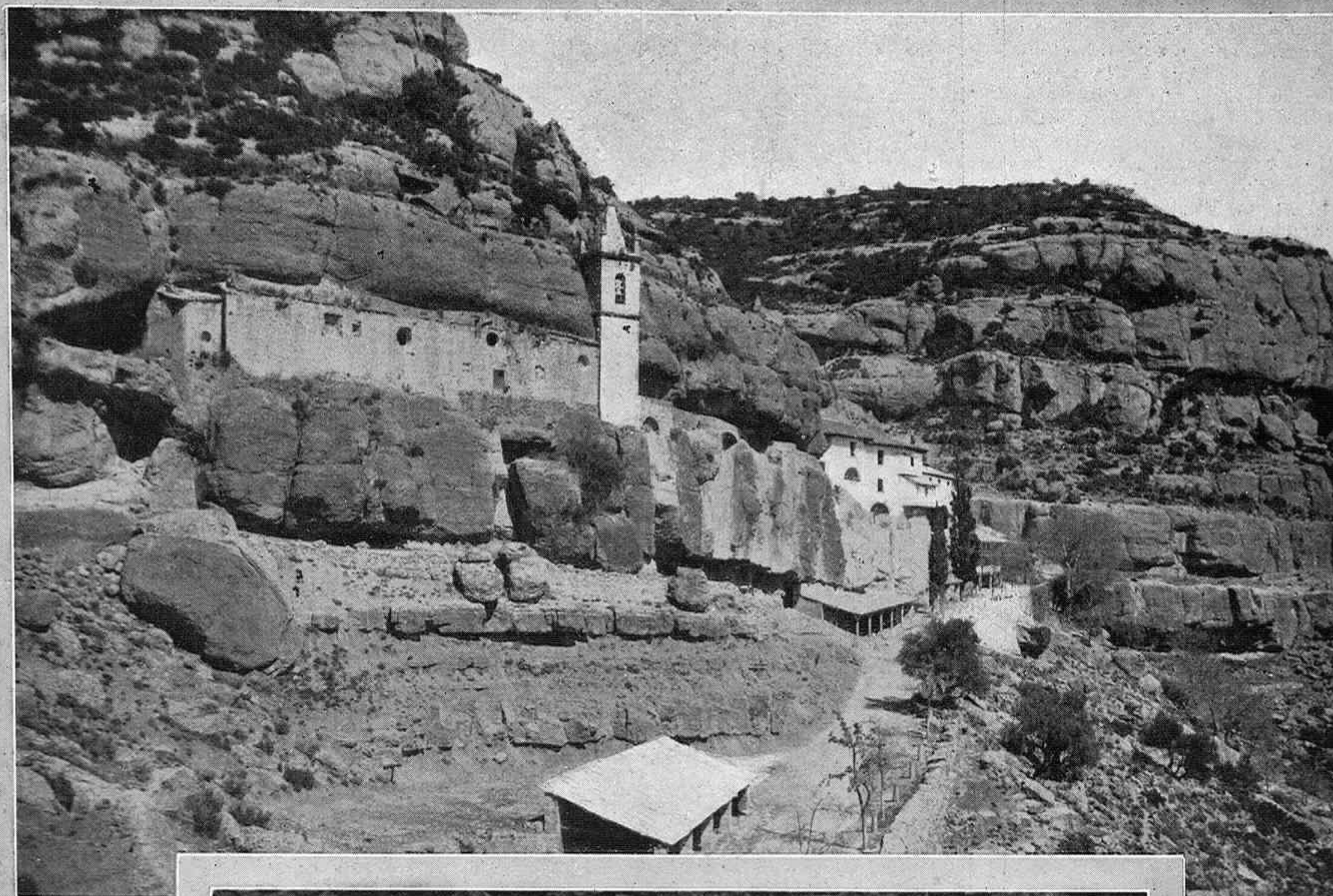


Grupo de milicianos fascistas con su uniforme actual



La X legión fascista después de recibir de Mussolini el lábaro simbólico





Cueva de la iglesia y hospedería

DE LA ESPAÑA PINTORESCA

ZORITA del Maestrazgo es uno de los pueblos más pintorescos de España, un Municipio de la provincia de Castellón de la Plana, que tiene su principal núcleo de población, la villa, edificada sobre una colina, agarrándose las casas á la roca dura y penetrando en ella con los anhelos de la fe, ante una cordillera de altas montañas que resguardan al pueblo de las inclemencias nortefías.

Para llegar á él sirve de estación en la vía del ferrocarril la estación de Vinaroz; desde ella hay que subir por carretera ó por camino vecinal hasta el macizo rocoso en que la villa está asentada, limitado como telón de fondo por otras rocas, sin vegetación, ó poco menos, pero de un aspecto grandioso.

En torno al pueblo quedan aún prados suficientes para mantener sus ganados, y aun existen también en



Vista de la capilla de Nuestra Señora de la Balma

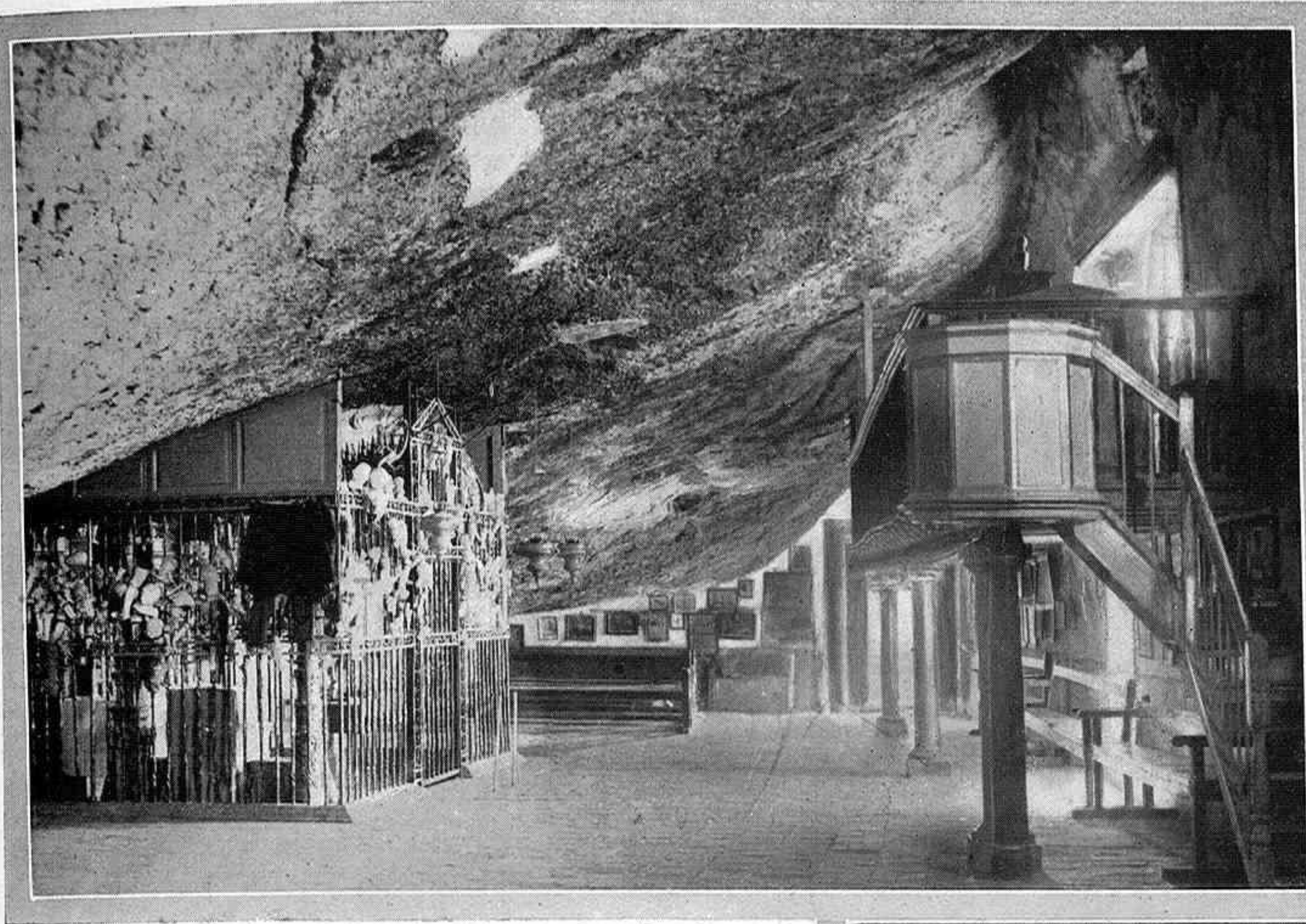
Un santuario en la entraña de una roca

sus bosques algunos pinos; son más, sin embargo, los carrascales, y en el monte bajo hay conejos, como en los sembrados próximos al pueblo suelen cantar, en su época, las perdices.

Visto ahora el pueblo, es tranquilo y apacible; pero en su historia hay también páginas de tragedia; no en vano el Maestrazgo fué campo de las más enconadas luchas durante nuestras guerras civiles: Zorita del Maestrazgo fué uno de los objetivos de Cabrera, que sitió y tomó el pueblo, aunque el espíritu liberal hizo héroes á sus habitantes, y allí pasaron su noche trágica del 5 de Octubre de 1837 los vencidos y aprisionados en la batalla de Morella.

Hay en el Maestrazgo otros parajes igualmente pintorescos; pero Zorita del Maestrazgo tiene entre ellos una indiscutible superioridad; lo más pintoresco no está en la faz, en lo externo

CÁMARA-FIU

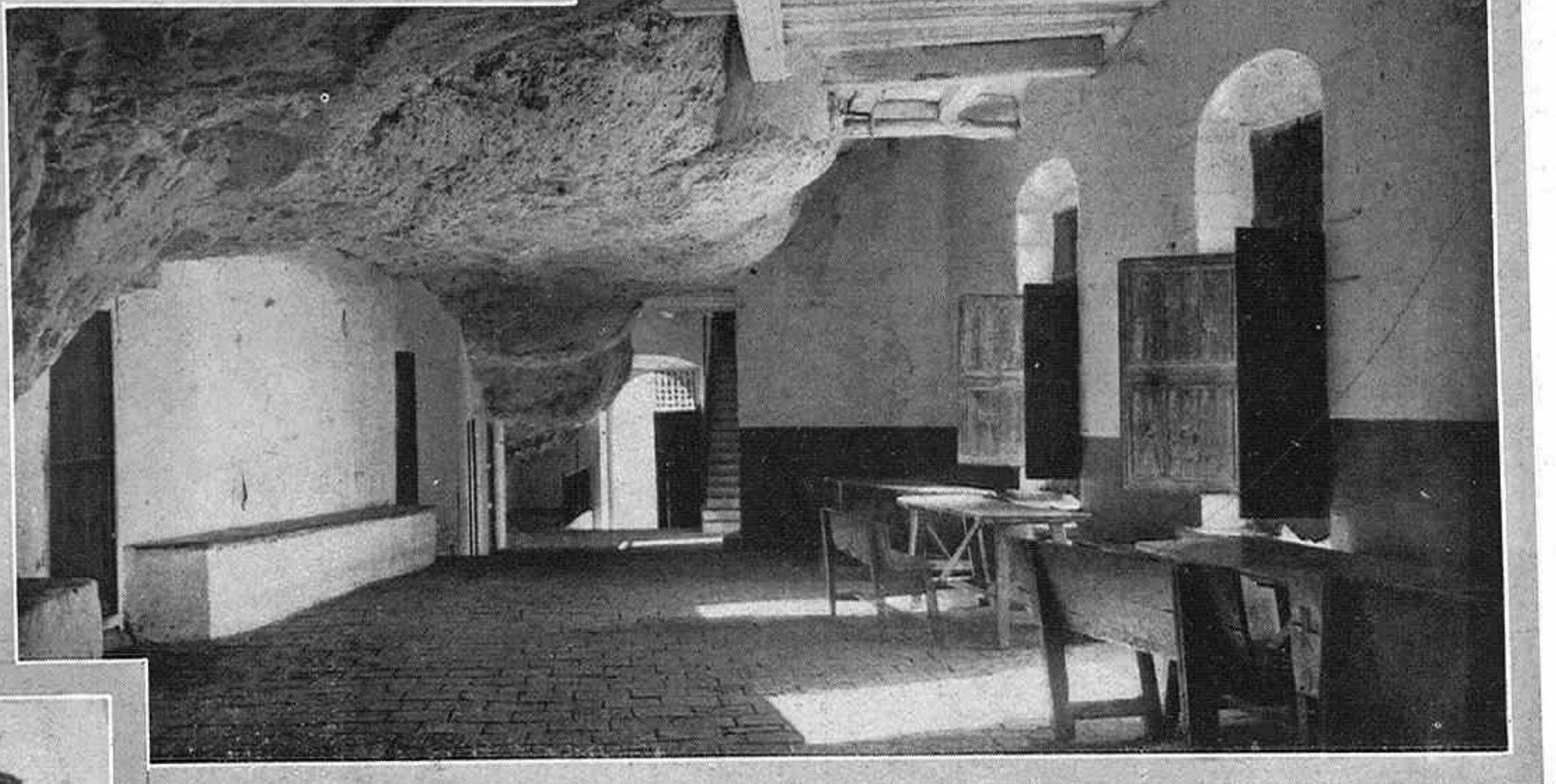


Interior de la iglesia, vista desde la puerta de entrada

de las rocas, sino en lo interno, en el seno de ellas, en una inmensa oquedad que la Naturaleza forjó y los hombres han aprovechado para elevar á Dios los corazones en momentos de angustia y tribulación. Aquella oquedad es hoy el santuario de Nuestra Señora de la Balma, famoso en todos los contornos y aun en tierras más lejanas de Valencia y Cataluña.

Nuestra Señora de la Balma tiene, efectivamente, fama merecida de milagrosa, y prueba de ello es la cantidad de ex votos que muestran la gratitud de los fieles, en la verja y en el interior de la capilla.

La verja que circunda al altar donde la Virgen de la Balma es venerada está materialmente cubierta de miembros y figuras de cera, promesas cumplidas por los devotos que en sus tribulaciones acudieron á la santa intervención para sanar ó redimirse del peligro inminente.



Corredor ó pasillo de la hospedería, visto desde el interior

trazado como cornisa sobre la roca misma y defendido hacia el abismo sobre que las rocas se inclinan por un recio murete, desde el cual se ve un magnífico paisaje.

La hospedería misma está también, en gran parte al menos, fraguada á la roca, y la construcción, cuando existe en la parte exterior, penetra luego en la oquedad, como hundiéndose en ella, perforándola.

Cuando se está dentro, sólo en el techo se percibe la obra de la Naturaleza; las paredes, construídas de fábrica ó talladas en la caliza, tienen el aspecto de una construcción ordinaria, y el salón principal de la hospedería, una parte amplia de la galería, tiene por su aspecto y mobiliario el aspecto de una magnífica sala conventual.

Desde allí se ve ya el comienzo de la galería al descubierto, y caminando por ella se llega, al cabo, al santuario donde está situada la capilla de la Virgen veneranda.

Mirando desde la puerta de entrada se ve el techo rocoso, que desciende aguardillando el recinto; en el fondo, un muro en el que se abre una ventana, y sobre el cual penden cuadros ex votos, que casi le cubren por completo, como la pared de la izquierda, ante la cual y á los lados de una ventana, hueco en la roca, hay bancos sencillos de traza arcaica, amplios y cómodos, y ante ellos el púlpito, de madera también, alzado sobre una columna y con escalera sencilla en su traza y sin decorado.

Frente al púlpito está la capilla propiamente dicha, que tiene el frontal más elevado y sigue luego hasta su fondo el trazado á que la roca le obliga.

Su planta es un rectángulo, de lados mayores frente al púlpito, y sus paredes, salvo la del fondo, donde se alza el altar con la imagen veneranda de Nuestra Señora, están constituídas por una verja de gruesos barrotés de elegante traza y muy bien decorada en los florones que la rematan y en las grecas trazadas entre los travesaños. La decoración es sencilla, y la traza general hace recordar el estilo de los rejeros que tuvieron fama en Morelia hacia el siglo xvi. El altar es sencillo también, y en él está la imagen de la Virgen con el Divino Niño, ricamente vestida en los días de sus fiestas.

Siempre hay romeros en Zorita del Maestrazgo; pero cuando el santuario rebosa y el pueblo arde en fiestas es el 7 de Septiembre, en que se celebra la romería de Nuestra Señora de la Balma; en ese día muchos devotos cumplen sus promesas de llegar andando, y algunos de rodillas, hasta el pie mismo del altar, y el recuerdo de las tribulaciones pasadas hace brotar muchas lágrimas de gratitud en los mismos ojos que en momentos trágicos lloran de angustia.

Tiene aquel ambiente un agudo primitivismo, y á veces, cuando la imaginación se hunde en el pasado, parece que disuenan detonantes en aquel recinto los trajes y las actitudes de las gentes modernas.

Fachada de la iglesia parroquial de Zorita del Maestrazgo (Fot. Editorial Fotográfica)



JULIO ABRIL

LOS HIJOS DEL TALENTO DRAMÁTICO ESPAÑOL

Escasez de varones y una abundante y gloriosa prole femenina

La presencia artística del gran Enrique Borrás en Madrid orea con un soplo vigoroso de arte y de prestigio nuestro mediocre ambiente teatral.

Merced a él vuelven a cobrar vida ante nosotros los grandes varones de nuestra dramática: «Pedro Crespo», el magnífico villano plétórico de arrogancia cívica; «el Abuelo», gallardo ocaso racial con alientos shakespearianos; «Manelich», el rústico, con su salvaje potencia y su viril rebeldía...

Gigantes que resucitan por el genio artístico del ilustre actor, llenan nuestro espíritu con la emoción de su grandeza; antiguos amigos que sólo de tarde en tarde vemos, ratifican el decir popular de que son siempre pocos los grandes amigos...

«El alcalde de Zalamea», «Don Juan», «Juan José», «Manelich», «el león de Albrit», «Crispín»... A poco, bastarían para contarlos los dedos de una sola mano.



«Mariquilla Terremoto»

(Catalina Bárcena)



«La Malquerida»

(María Guerrero y Díaz de Mendoza)

Amigos gloriosos, compensan su escasez con la evidencia de su naturaleza inmortal... Erguidos como seis hitos evocadores en la ruta de nuestro arte dramático, tienen ya cierto aire antiguo de monumentos históricos y de reliquias... Si la obra implacable del tiempo no pudo destruirlos, porque están hechos de la misma eterna substancia que la Humanidad, nada puede evitar que conservando su juventud milagrosa aparezcan un poco viejos ante nuestros ojos...

Pero su vejez augusta es insustituible, porque desde que el último de ellos se fijó con planta inmovible en nuestra escena, no le han nacido ni hermanos, ni hijos capaces de igualarle, ni mucho menos de anular con brotes de nueva gloria la suya, ya veterana.

Es una certera y triste realidad. Después de «Don Juan», de «Pedro Crespo», del héroe de *Tierra baja*, de

«Doña María la Brava»

(María Guerrero)



«Crispín»

(Ricardo Puga)



AMAPA-FIU

AMAPA-FIU



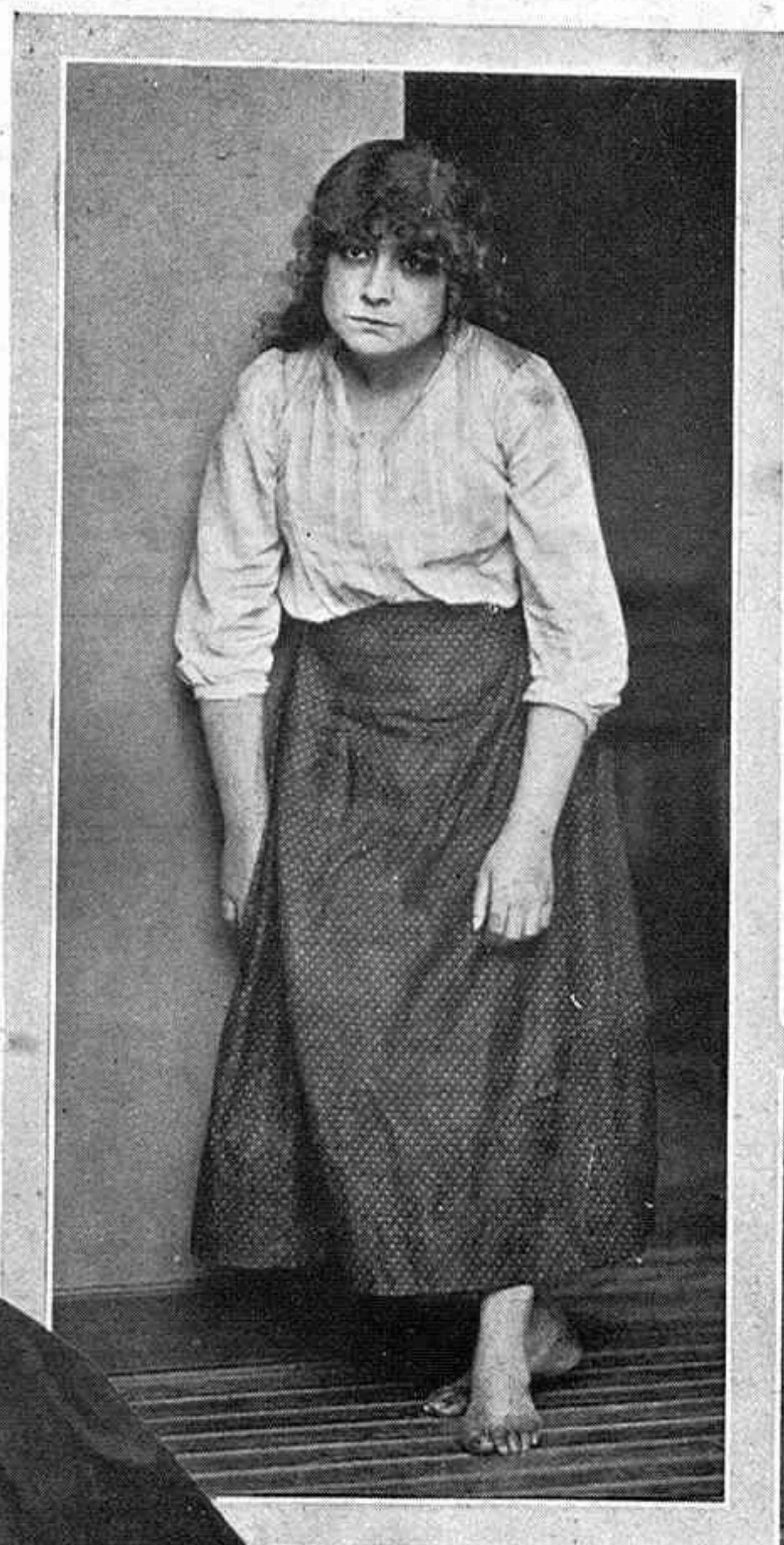
«Don Juan Tenorio»
(Francisco Fuentes)

«Juan José», de «el Abuelo» y de «Crispín», el de *Los intereses*, el talento dramático español no ha sido capaz de producir otra gran figura masculina digna de hermanarse con aquéllas. Más de treinta años hace que nació «Juan José», el proletario buen mozo, romántico y viril... Y él fué la última gran figura varonil de nuestro Teatro.

A partir de él, la inspiración dramática española no engendra más que hembras. Evocad las obras dramáticas célebres en estos seis lustros, y no recordaréis el nombre de un gran tipo masculino.

Fué, en cambio, nutrida la prole femenina. Toda una teoría de mujeres admirables adquirieron la vida inmortal del arte...

Nacen, espléndidas de belleza, henchidas de vigor vital, *Señora ama*, arquetipo femíneo, esposa y madre; *Doña María la Brava*, gallarda encarnación de la recia Castilla histórica; *Marianela*, la muchachita galdosiana pobre, fea y sentimental; *La Malquerida*, corazón y sexo encendidos de amor, de odio y de sacrificio; *Doña Clarines*, tristeza y ternura unidas de noble sinceridad; *Malvaloca* y *Cancionera*, gracias de copla y almas de Andalucía; *La señorita de Trévez*, heroína de la tragicomedia del amor tardío; *Pipiola*, dichosa como el ensueño hecho realidad, y *Mariquilla Terremoto*, la voluntad alegre de las modernas conquistadoras del mundo; *La Lola se va a*



«Marianela»
(Margarita Xirgu)



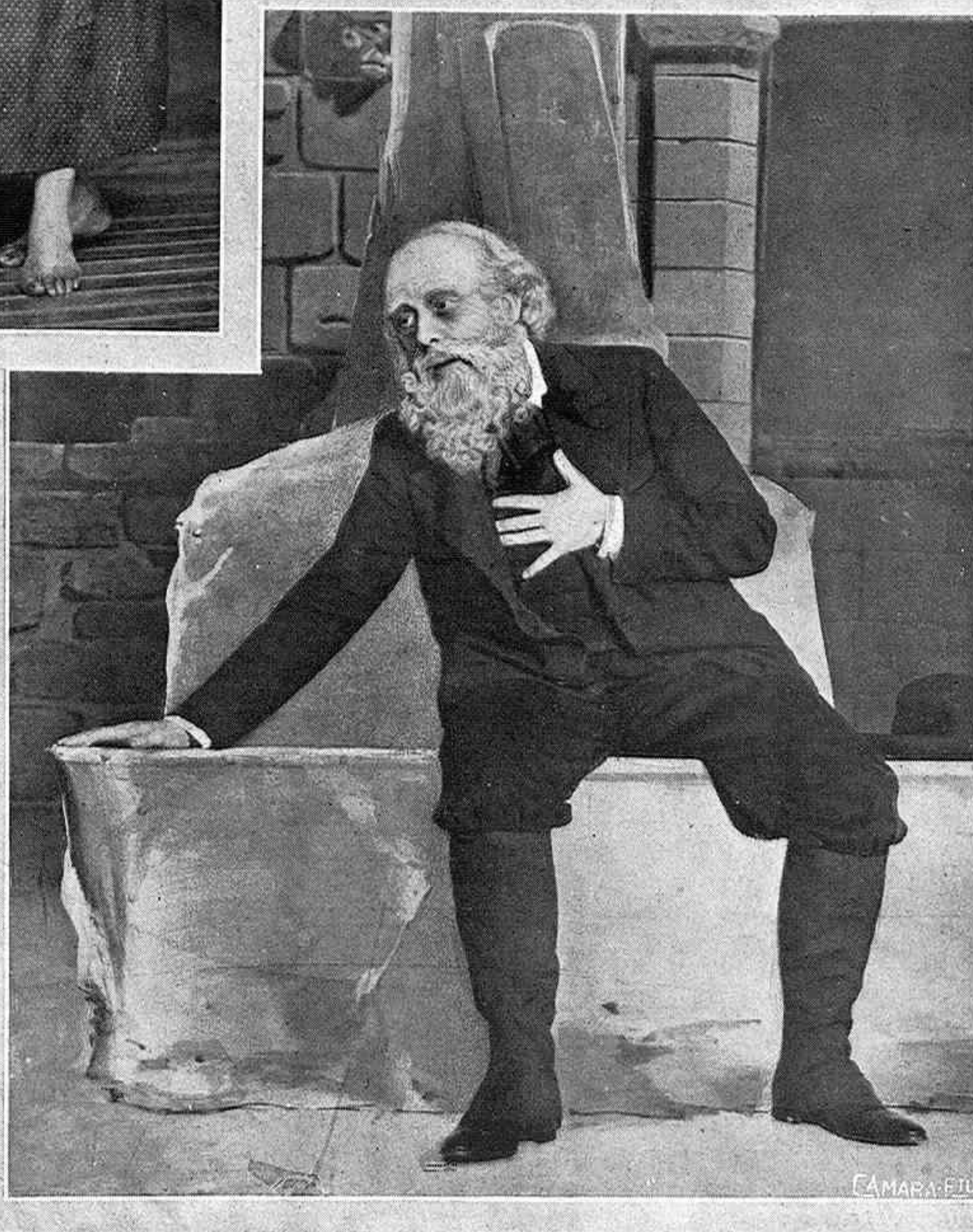
«La señorita de Trévez»
(Leocadia Alba)



«Pepa Doncel»
(Lola Membrives)



«El alcalde de Zalamea»
(Enrique Borrás)



«El abuelo»
(Fernando Díaz de Mendoza)

los puertos, lírico símbolo de la hondura flamenca, y *Pepa Doncel*, la otoñal, magnífica venganza social de las mujeres que pelean por la vida y síntesis admirable del amor que se trueca en sacrificio... Y veinte gentiles hermanas más que harían demasiado larga esta «lista civil» de princesas nacidas al fausto y perennidad de la vida y del arte...

Mientras, ni un cuerpo de varón, con fibra y sangre y alma capaz de la inmortalidad...

Y, como consecuencia, una pléyade numerosa de grandes actrices para encarnar esas grandes criaturas escénicas: María Guerrero, para quien la gloria no fué tan sólo «el sol de los muertos», y Carmen Cobaña, que renunció al éxito en su ópima madurez.

Y entre las que ahora triunfan, Margarita Xirgu y Catalina Bárcena; Lola Membrives y María Palou; Leocadia Alba, Concha Catalá y Aurora Redondo; Carmen Díaz y María Teresa Montoya; Josefina Díaz y Hortensia Gelabert...

Nuestros grandes actores de hoy son bien escasos y todos ostentan una gloriosa veteranía: Borrás, Thuillier, Morano, Alfonso Muñoz, Ricardo Calvo...

Consagremos un recuerdo a los recién desaparecidos, Irene Alba y Díaz de Mendoza...



«Pipiola»
María Palou)



«Manelich»
(Enrique Borrás)

Como la función crea el órgano, el «papel» hace á los actores... Y la falta de grandes tipos masculinos trae consigo la falta de verdaderos grandes actores... Para los «galancitos» febles y los «característicos» vulgares que idean los autores no hacen falta, en verdad, Talmas ni Vicos... Sobran primeros actores; y prueba de ello es que los verdaderamente prestigiosos no renuevan su repertorio, y sólo excepcionalmente pueden disponer de un teatro en Madrid...

Eva triunfa, y para ella los autores, como modistos expertos, hacen «papeles á la medida».

Borrás, Thuillier, Morano, ó se refugian en el repertorio, ó tienen que acatar la tradición errabunda de la Farándula, aventurándose por provincias...



«Cancionera»
(Lola Membrives)



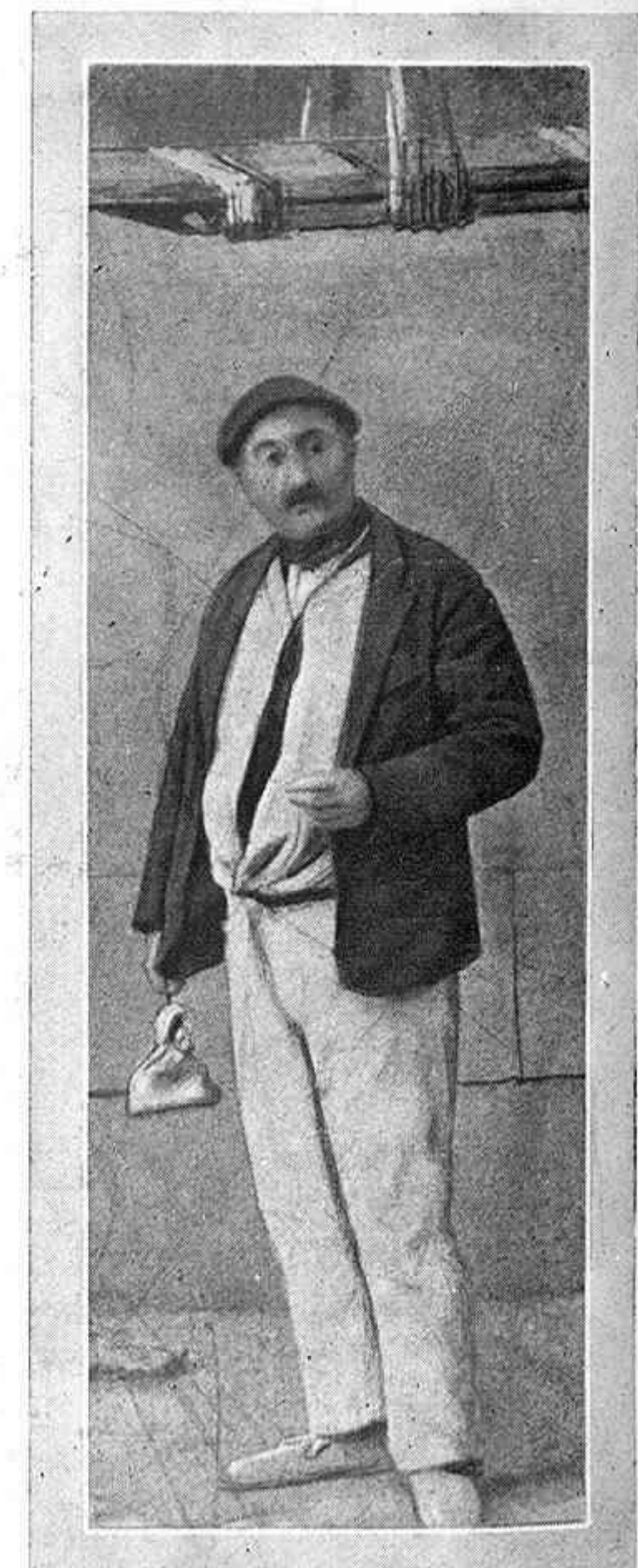
«Malvaloca»
(Rosario Pino)

¿A qué obedece esta crisis de masculinidad en nuestro teatro?

Diríase que, como el resto de los problemas del mundo, obedece á la ley del momento, que trae el auge del feminismo. En todas las actividades humanas de hoy la mujer hace triunfadora competencia al varón: en las artes como en la industria, en las cátedras como en los deportes.

Venus, triunfante, acapara la escena española. La inspiración dramática española no es capaz de parir criaturas viriles.

No nos atrevemos á señalar este síntoma como indicador de decadencia. Las modernas leyes biológicas



«Juan José»
(Emilio Thuillier)

decretan que en el acto de la concepción impera, en sentido inverso, el sexo más vigoroso...

Con lo cual hay para enorgullirse del vigor masculino de nuestros ingenios dramáticos, ya que tan abundante prole femenina es capaz de engendrar...

A no ser que el diablo, una vez más, se ría de todas las leyes de los sabios...

JUAN FERRAGUT

Un día volverás

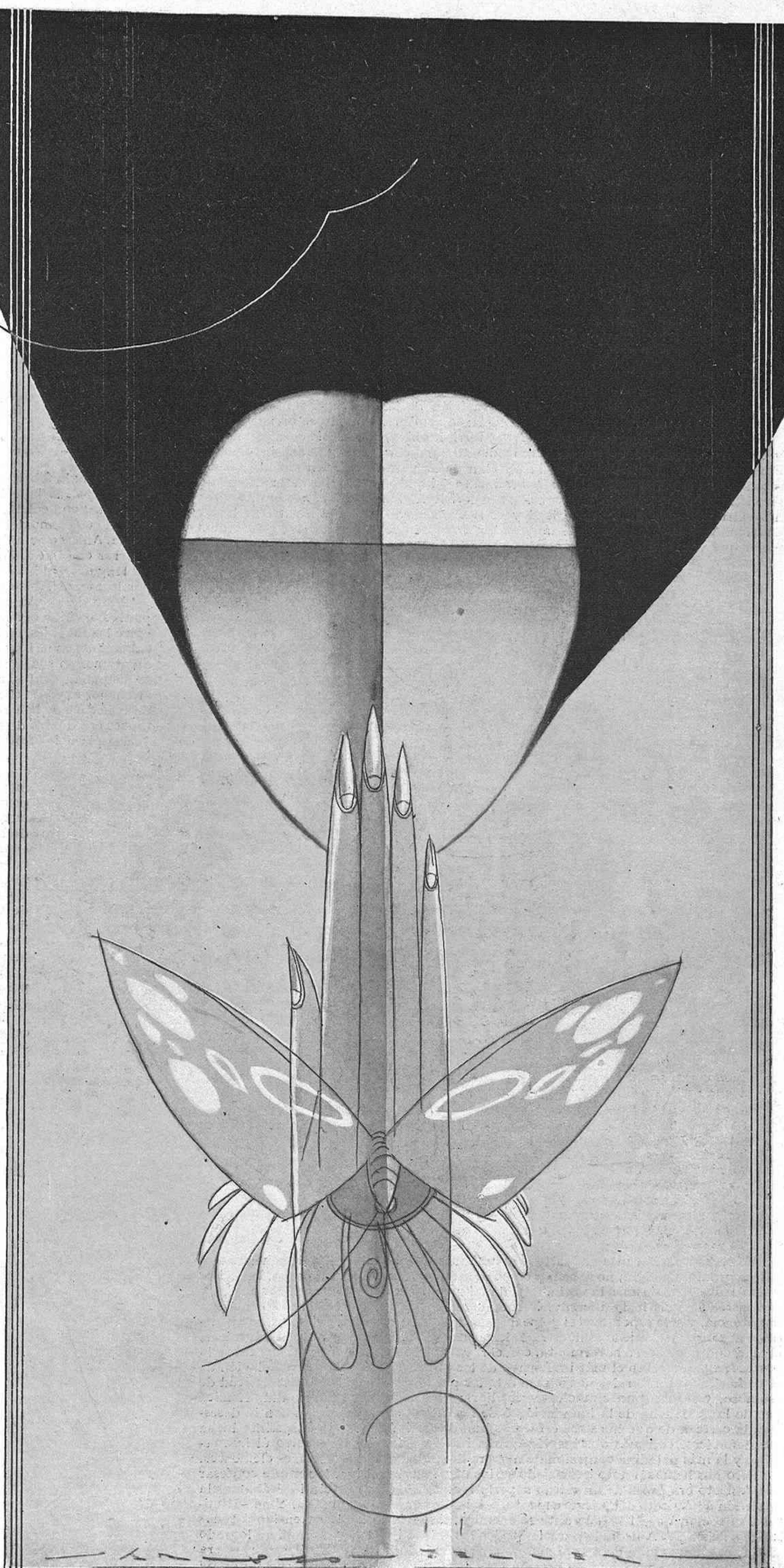
Un día volverás de las elíseas frondas,
cuando sea el Juicio Final de todas las horas.
¡Entonces resucitarán todas las auroras,
con todas sus alondras!...

Un día volveremos...
Pero, ¿quién nos asegura que nos encontraremos?...
Y si nos encontramos, ¿nos reconoceremos?
¿Vendrás vestida con tu bella forma,
tan amada?...
¿Tendrán tus ojos la misma azul mirada?
Y tu boca de luz, ¿sonreirá del mismo modo?
¿Serás la misma en parte? ¿Serás igual en todo?
¿Volverás á pasar por los mismos caminos?
¿Verás las mismas plantas? ¿Oírás los mismos trinos?
¿Leerás los mismos libros? ¿Tendrás los mismos sueños?
¿Los pensamientos mismos, sombríos y risueños?
¿O vendrás convertida en ave, insecto ó flor?...
¿Serás tú mariposa? ¿Seré yo ruiseñor?...
¿Más distantes el uno del otro, entre los seres,
que las perlas marinas lo están de las mujeres?...
¡Oh! ¡Si no has de volver
la misma exactamente,
en cuerpo y alma,
palabra y pensamiento,
sentimiento y acción!...

Si no ha de darte vida el mismo corazón,
quédate eternamente en las elíseas frondas,
¡con todas las auroras apagadas,
y mudas para siempre sus alondras!...

Goy de SILVA

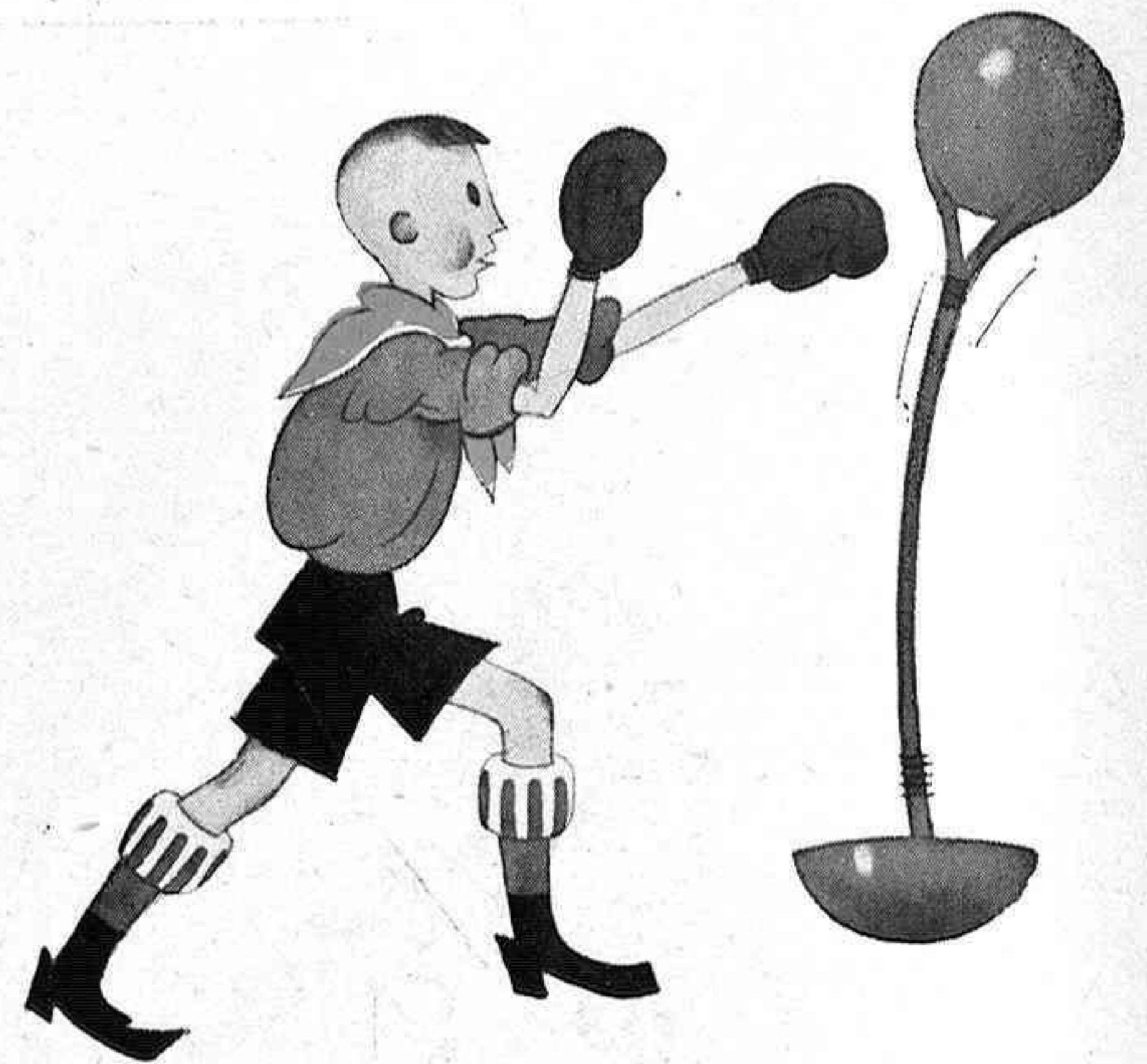
Dibujo de Aristo)



UN EPISODIO COMPLETO DE LA VIDA DE ANICETO

HISTORIETA INFANTIL
TEXTO Y DIBUJOS DE ECHEA

3ª PARTE EPISODIO 8º



Después de la súbita é inesperada aparición de Tang-Ping-Tao, las ideas de Aniceto tomaron un tinte decididamente sombrío. Cuando se creía ya libre de la posible persecución del astuto y terrible chino, reaparecía éste, con nuevo y renovado ardor, á declararle francamente una enconada guerra sin cuartel. Por encontrarse desprevenido y sin un plan de defensa lo suficientemente eficaz, reconocía su inferioridad y el peligro inminente del que en cualquier momento podía ser víctima. A no ser por la intervención tan decisiva del bravo *Catalino*, á estas horas no podríamos calcular la magnitud y consecuencias de la venganza del malvado asiático. Aniceto se las prometía muy mal, y un estado de incertidumbre y de temor —por qué vamos á ocultarlo— embargaba su ánimo.



No hay situación más angustiosa y vacilante que aquella en que, amenazados por un próximo peligro, no sabemos cómo ni cuándo vamos á ser atacados. Indecisos y temerosos, presentimos la vecindad del mal que nos acecha, y no sabemos oponerle la resistencia más insignificante. Permanecemos quietos, convencidos de nuestra impotencia, y sólo esperamos el golpe que nos aniquile; el terror, entonces, se apodera de nosotros, y el miedo es nuestra única arma. Las fuerzas ciegas de la Naturaleza, el mar, con su oleaje, ó la tormenta, con el rayo, ejercen su poder lo mismo sobre la bestia feroz que sobre el más inofensivo de los humanos. La sola contemplación de estos fenómenos naturales nos sumen á todos por igual en una pavorosa actitud de asombro, y si intentamos muchas veces librarnos lo mismo de la sacudida rítmica que de la avalancha de la inundación ó de las brasas del incendio, es con la desesperada certeza de que nuestros esfuerzos han de ser inútiles. Sólo el instinto lucha por defenderse con más obstinación que la inteligencia, siendo nuestro último recurso y la más paladina confesión de nuestra debilidad ante los adversos elementos.

Pero nos hemos puesto demasiado serios para, en definitiva, tener que confesar que Aniceto era presa de un miedo superlativo. Ya en otra ocasión indicábamos la aparición en Aniceto del mismo espanto, originado por la misma causa. Y no se limitaba su temor á sentirlo sólo ante su enemigo, sino que lo hacía extensivo á todos los de su casta. A Aniceto le parecían todos los chinos iguales, y no hubiera logrado distinguir á una china de un chino á no ser por el indumento. Para él, esta raza era la anticipación remotísima de una de las características de la moderna industria

americana: la fabricación en serie. La China se le figuraba como un país con un solo chino repetido indefinidamente.

Todos con coleta, las uñas largas y andando á pasos menuditos. Acaso el continuado consumo del arroz fuese la causa de esa monótona semejanza. Ante tal sospecha, Aniceto se había prometido no volver á probar uno de sus platos favoritos: el arroz con leche. Consideraba su idioma como la más extravagante y ridícula de las lenguas, y el inocente juego del Pim-pam-pum, como un producto de ese pueblo por lo monosilábico de su nombre.

Pero donde Aniceto llegaba al paroxismo de la inquietud era en el lecho. No podía conciliar el sueño, turbado por apariciones. Del fondo de la habitación, de entre los muebles, de la albura de la pared salpicada de tenues resplandores, surgían cabezas de amarillos, que, gesticulando, se acercaban a Aniceto y le contemplaban atentamente, sonriendo. Sus cuerpos flotaban en el aire como si fuesen de humo, y se disipaban confusamente, poco á poco. Aniceto no podía soportar aquella danza alrededor suyo de cuerpos impalpables que se retorcián lentamente y que parecían estar hechos de la leve materia de las nubes. Se tapaba la cara con el cobertor, y entonces era dentro de su cabeza donde aparecían nuevas visiones. Ahora era una inmensa planicie cruzada por una infinidad de canales y riachuelos, en cuyas orillas

los árboles enanos no agitan jamás sus ramas. Algunos palacios, con sus torres de techumbres superpuestas, se elevan en la llanura, y por veredas y caminos va afluyendo una multitud atareada que se mueve sin cesar. Esta muchedumbre va creciendo en número hasta tal punto, que acaba de cubrir por completo el llano, desbordándose por los extremos, como si la llanura fuese una enorme bandeja. Aniceto podía recogerlos en el suelo y con las manos hacer montones de aquellos cuerpecillos, que eran chinos infinitamente pequeños.

Otras veces eran bosques de tiernos bambúes, en donde chinos de una obesidad desmedida iban segándolos con curvas y afiladas espadas. Turbas de dragones devoraban con glotonería á estos segadores, y mientras tanto los bambúes volvían á crecer con una rapidez inaudita.

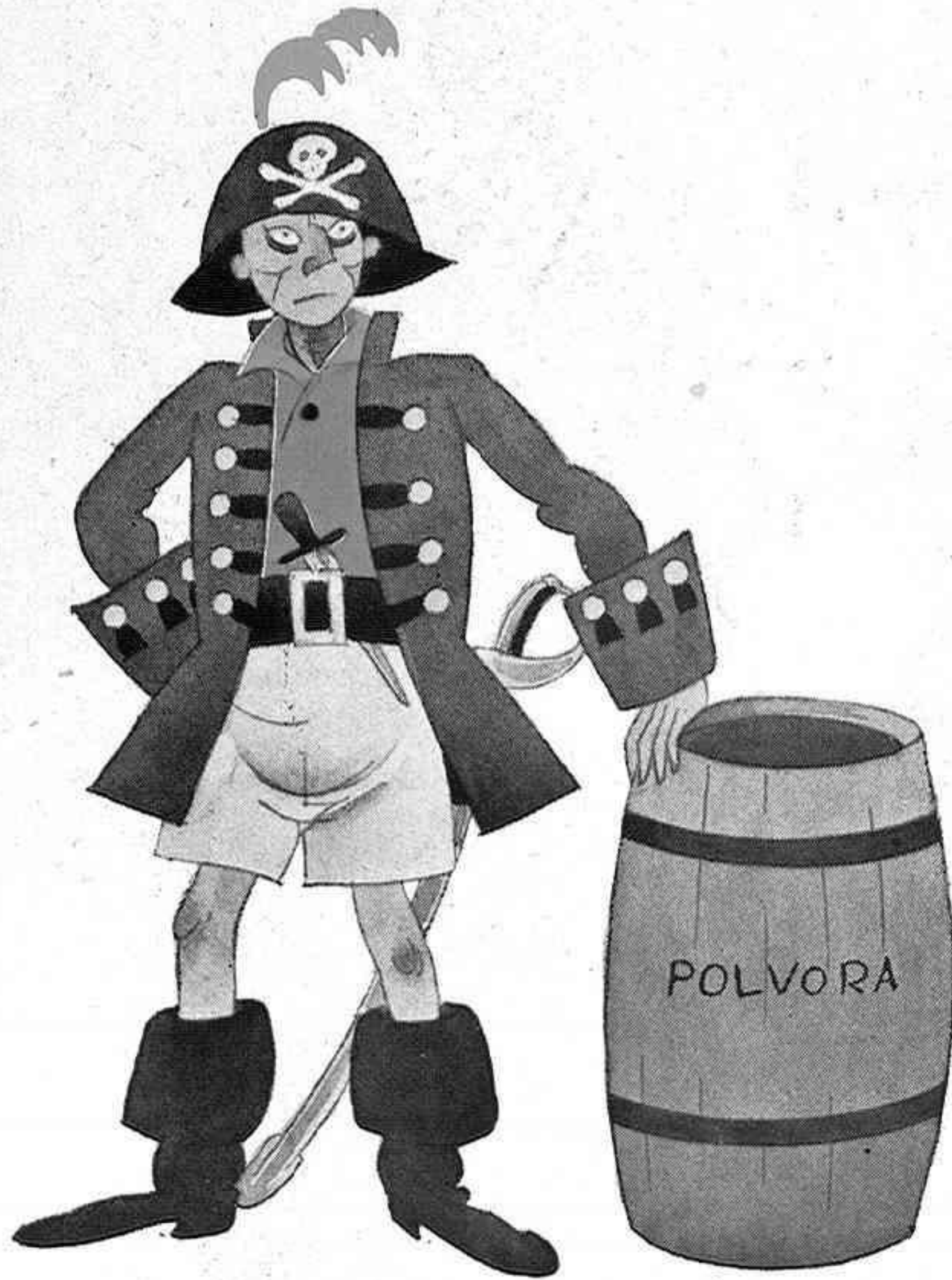
No proseguimos en la descripción de los sueños de Aniceto, porque su imaginación era de tal naturaleza, que haría este episodio interminable.

Muy pocos elementos habían bastado á su imaginación: la contemplación durante su primera infancia de unos abanicos de su tía y los adornos y escenas grabadas en las latas de té, para crear una China de una exuberancia prodigiosa.



Este estado de exaltación fué calmándose lentamente. Al cabo de unos días Aniceto fué recobrando la serenidad, que tan necesaria le era. La sorpresa producida por la resurrección de Tang-Ping-Tao había alterado por completo su tranquilo vivir y casi sus facultades mentales. ¡Ahí es nada recibir la inesperada visita de un muerto! Pero ya sabía con certeza que este muerto estaba vivo y bien vivo, y del cual era necesario guardarse.

Por el momento tomó la determinación de precaverse, por si acaso, para un nuevo y probable ataque: conocía á su enemigo, y sabía que éste no cejaría en su empeño. Como primera medida empezó á entténarse en el boxeo. Todos los días destinaba un rato á dar puñetazos al balón. Su resistencia aumentaba así con su destreza y energía. Pronto fué un peso pluma, cuyos directos eran de una eficacia indiscutible. Así fué recobrando poco á poco la confianza en sí mismo y la destreza en sus



puños. Ahora desafiaba á Tang-Ping-Tao, y hasta al mismísimo Emperador de la China, á ponerse enfrente de él.

En esta situación estaba Aniceto, esperando de un momento á otro una nueva acometida del infame Tang-Ping-Tao, cuando *Catalino* sufrió una súbita indisposición. El mono se había puesto malito. Calculad el disgusto que se llevaría Aniceto al ver á su querido salvador con calentura, inapetente y metido tristemente en un rincón. Le prodigó toda clase de cuidados, y lo primero que hizo fué meterlo en su propia cama. Llamó á un veterinario para que lo visitase; pero las recetas del facultativo no dieron el menor resultado. *Catalino* seguía febril y con 165 pulsaciones por minuto.

Aniceto llegó á alarmarse. No sabía á qué atribuir aquella enfermedad inesperada, y pensó si sería alguna nueva maniobra del malvado chino. Tenía la seguridad que también había jurado vengarse del mono. Por fin, no sabiendo ya qué hacer, un día le dió á tomar una pastilla medicinal de la caja que como recuerdo le había regalado el médico aquel que le llevó en automóvil á raíz de su partida. Tomar la pastilla y curarse *Catalino* fué todo uno. Aniceto, maravillado por lo eficaz del remedio, guardó cuidadosamente la caja, cuyo contenido daba tan maravillosos resultados. Pero, por si acaso, le cortó la ración diaria de golosinas y alcahueses.

Hétenos, pues, á ambos personajes curados de sus respectivas indisposiciones y dispuestos á continuar su vida normal: Aniceto, entregado al *sport* y á la activi-

dad, y *Catalino*, á subirse á las copas de los árboles. No por eso dejaba Aniceto de olvidar su principal afición: seguía frecuentando los estudios, en espera de que se acordasen de él y que una contrata importante pusiera fin á su inactividad en el séptimo arte.

Sus visitas á los estudios le sirvieron de mucho para conocer más á fondo la técnica del cinema, y vió, al mismo tiempo, trabajar á *estrellas* de importancia. Un día presenció unas escenas interpretadas por *Pamplinas*, que, vestido de antiguo pirata, le ocurrían cosas graciosísimas custodiando un barril de pólvora. Ya que no había podido conocer hasta entonces á *Charlot*, veía á *Pamplinas*, y esto le agradaba muchísimo. Después, en el paseo, contaba á Dorothy lo que acababa de ver, y se reían sin tino.

Así continuó su vida Aniceto sin grandes sobresaltos, hasta que un buen día le anunciaron que tenía una visita. Una señora esperaba el ser recibida para tratar de un asunto muy importante. Aniceto prometió acudir enseguida, y cuando entró en el salón de visitas la señora se adelantó hacia él.

Era una mujer como de unos cincuenta años, alta, seca, con un aspecto ligeramente hombruno. Unos lentes hacían más centelleantes sus ojos claros, y su doble fila de dientes amarillentos parecían un juego completo de dominó. Aniceto pensó, al verla, que aquella mujer no podía ser un chico disfrazado, sino más bien una institutriz, confundida, que venía á ofrecerle sus servicios. Pero no era nada de eso. La señora aquella era traductora y autora á la vez de argumentos para películas. Sabiendo que Aniceto era un candidato á actor infantil, venía á ofrecerle un argumento hecho á su medida, por si quería comprarlo. Y á continuación empezó á explicarle en qué consistía este argumento. Durante un largo rato estuvo exponiendo las diversas fases de la historia, y Aniceto quedó complacidísimo, calculando que de aquella narración podía salir una gran película. Aplazó su contestación hasta el día siguiente, pues pensaba consultar previamente el caso con Dorothy. La señora le tendió su tarjeta con su dirección, y quedó Aniceto en ir á visitarla para darle su respuesta, que, seguramente, sería afirmativa. Cuando la señora hubo partido, Aniceto leyó en la tarjeta el nombre de la dama; se llamaba *mistress Chunkling* y era de nacionalidad inglesa.

Ahora nosotros reservamos para otro episodio la narración del argumento de la película que Aniceto iba á comprar. De él dependen las proezas que en lo sucesivo realizará Aniceto.

Por el pronto, sólo diremos que Aniceto, por unos días, se dedicó al canotaje y al *sport* del remo; con esto completaba su educación deportiva, tan necesaria á un futuro *astro* del cine, mientras *Catalino*, empuñando el timón, conducía la nave con mucha más pericia que algunos *sportman* de lo más distinguido...

(Continuará en el próximo número.)





A LA PROCESION

(Dibujo de Manuel Egüía)

No hay sólo en este dibujo la finalidad inmediata y limitada de su realización. Es además la primera fase de una obra que pasará por sucesivas transformaciones hasta llegar al aprovechamiento definitivo del tema y de la línea en un «panneau» cerámico

LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE CERÁMICA BUSCAN LOS MOTIVOS ENTRANABLES DE LA ESPAÑA RURAL



Bajo la mirada del director don Jacinto Alcántara, continuador de la obra de su padre, los jóvenes artistas copian del modelo vivo vestido con pintoresco indumento



Muy lejos de Madrid, en lo recóndito de un pueblo perdido y olvidado, un grupo de muchachos reconstruyen una dulce escena de ayer: las humildes hilanderas campesinas

JACINTO Alcántara, este artista inteligente y sagaz que dirige ahora la Escuela de Cerámica y que continúa en ella la noble orientación de don Francisco Alcántara, creador y animador durante los primeros años, lleva cada verano sus alumnos a pueblos recónditos, donde el valor racial y las costumbres expresivas de la vieja España no se han extinguido ni falsificado.

Durante estos cursos estivales la obra de la Escuela de Cerámica se afirma en sus principios fundamentales: la reintegración hispánica, la veracidad realista. Y era curioso saber cómo se organizan y se cumplen esos cursos de verano. El propio Jacinto Alcántara ha ido contestando a nuestras preguntas.

—¿Cómo elige usted cada año el sitio para esas vacaciones activas?

—Durante el invierno aprovecho algunos días libres, me adentro por carreteras y por caminos vecinales, lejos del ferrocarril. Lo que importa más es esto: hallar lugares no contaminados todavía, que conserven íntegros su carácter, en tipos, costumbres, trajes y hasta un arte y una industria populares, peculiares. Lo de menos es nuestra comodidad. Generalmente son pueblos para llegar a los cuales hay que utilizar toda clase de medios, el tren, el automóvil de línea, las caballerías y el «caballito de San Francisco». Y un buen día de Julio irrumpimos alegremente, como conquistadores, con toda nuestra impedimenta de equipajes, cabaletas, rollos de papel, tableros. Unos cuatro ó cinco mil kilos de material.

—¿Cuántos son ustedes?

—Cuarenta ó cincuenta, entre alumnos y profesores.

—¿Y cómo se alojan?

—Verá usted. Lo primero que hay que hacer es convencer al cura, que, sobre todo en Castilla, es el propietario espiritual y casi material del vecindario. Cosa no fácil, porque al principio todos desconfían y se niegan, por temor á que se «malee» el vecindario. Luego acaba por encontrar divertido y original el propósito y se decide á convocar á los más influyentes y ricos del pueblo. Entonces saco mis «credenciales de embajador del arte»: cartas del gobernador y de otras autoridades de la provincia, impresos de la Escuela, referencias periodísticas; y, entonces, ya convencido el cura, es mi mejor valedor. Me presenta al alcalde, al maestro, á los concejales... Y viene lo más peliagudo: la cuestión de alojamiento. No disponemos de mucho dinero, nuestras posibilidades económicas son escasas. Hay que regatear y discutir largo tiempo. Al fin encontramos al que se encarga de darnos de comer á los cuarenta ó cincuenta, todos juntos. Unas veces es en el salón del casino; otras, en un pajar amplio y limpio; en la casona del cacique, ó, como este año, en el teatro de Carvajales de Alba (Zamora), donde instalamos el comedor y el taller de escultura.

—¿Y para dormir?

—Para las chicas se buscan tres ó cuatro casas, las más honorables, y á los chicos en otras distintas. En total, diez ó doce. Lo más difícil es convencer á los del pueblo de la necesidad de camas individuales, pues ellos en una cama suelen dormir casi toda la familia. Otro problema, el agua para el aseo personal. Eso de las jofainas grandes no crea usted que abunda...

—¿Y cómo les reciben á ustedes?

—Al principio, no muy bien. Caras hoscas, miradas hurafias, silencios hostiles. Escamados, reservones, murmuran entre ellos, diciendo que todo aquello de pintar-

les con los trajes de fiesta acabará en que los subirán la contribución. Pero poco á poco se convencen de que somos inofensivos. Asistimos puntualmente á la misa de los domingos; el cura, en sus sermones, nos ayuda; las autoridades nos acompañan, y, sobre todo, el pago adelantado acaban por hacerlos amigos nuestros de verdad. Además, les damos conciertos por las tardes, en la plaza. Cantamos canciones populares, pues entre mis alumnos hay muy buenas voces y formamos una pequeña masa coral. Además, cada pueblo aumenta nuestro repertorio con nuevos cantos, algunos de ellos antiquísimos.

—¿Cómo trabajan los alumnos?

—De ocho á doce y de tres á siete. En pleno campo, unos; en la Escuela pública ó en cobertizos especiales, donde ponemos el taller de modelado, otros. Pero algunos antes de las siete ya están delante del tablero de dibujo. Se dividen en grupos de dos ó tres y tienen modelos diferentes. También les reparto en interiores típicos (zaguanes, cocinas, corrales, etc.), para los fondos que ambientan la figura. Al atardecer, cuando falta la luz, el recreo en un prado (que alquilamos y pagamos también). Los domingos, después de cenar, lectura, hasta las seis, de autores clásicos y modernos. Abundan, claro es, las peripecias. Se quejan los de las casas por-

que las chicas gastan mucha agua ó porque duermen con la ventana abierta y la puerta cerrada; se pelean las mozas entre sí porque á una la «sacan» más guapa que á otra, ó porque suponen les pagan más, lo que no es cierto. A todos se les paga el jornal que ganarían saliendo á las faenas del campo.

—¿Emplean ustedes muchos modelos?

—De diez y ocho á veinte.

—La labor de usted será muy complicada.

—Bastante. Yo hago de todo: de diplomático, de pintor, de modelador, de aposentador, de administrador, de fotógrafo... Lo más terrible es al final, cuando hay que hacer las cuentas y exigir recibos de todos. Siempre surgen débitos nuevos, siempre falta dinero. Pero siempre se paga hasta el último céntimo. Luego, la alegría de volver, mezclada á la melancolía de dejar sitios donde fuimos felices durante muchas jornadas de trabajo y de aire libre. Volvemos con nuestra cosecha de acuarelas, de dibujos, de esculturas, que luego servirán para continuar la obra iniciada y sostenida por mi inolvidable padre.

—Y en Madrid, ¿cómo trabajan los alumnos?

—Cuando el alumno tiene una preparación relativa en el arte de pintar y modelar, comienza su aprendizaje de ceramista. Pasa al taller de reproducción, donde hace moldes de jarrones, figuras, relieves y sus reproducciones en barro ó porcelana. Una vez secas estas piezas, se someten á la primera cocción, llamada bizcocho, á una temperatura que varía según la técnica que vaya á emplearse: en barro, de ochocientos á novecientos grados; en pasta blanca, de mil; de porcelana, de novecientos á mil, para luego darle el baño, que alcanza hasta mil cuatrocientos.

Cocida la pieza, vuelve al taller de pintura, donde se la repasa y se la dibuja, para esmaltarla ó pintarla, según el procedimiento ulterior, y someterla nuevamente á la acción del fuego, que también varía de temperatura. Novecientos á mil grados para el esmalte; novecientos, para el estafífero y para el bajo-baño; de mil trescientos á mil cuatrocientos, para el baño-porcelana.

Ya vitrificada, torna al taller de pintura la pieza, para darle la capa ó reflejo de oro y someterla nuevamente á una temperatura que oscila entre setecientos y ochocientos grados.

Al mismo tiempo, el alumno practica en los demás talleres, como, por ejemplo, en el de refractario, donde hace las cajas para cocer sus propias obras y donde atiende también al horno de alfarero. Si los moldes de cacharros los hizo para la reproducción por *colaje*, no por *apretón*, pasa al taller de secado, donde el aire comprimido adhiere la pasta al molde. Igualmente realiza prácticas en el amase de pasta y trituración, así como ensayos previos en las muflas de prueba. Resumiendo: el alumno dibuja, modela y proyecta antes de empezar las prácticas de cerámica. Los cursos de verano elevan y estimulan á los chicos en el sentido artístico, situándolos frente al ejemplo inagotable y magnífico del natural, para después acomodar sus aptitudes á la cerámica, que, después de todo, no es un arte hermético, complicado, secreto, como imaginan muchos, y en el que vienen marcando un estilo y una orientación característicos, niños y adolescentes salidos de clases humildes, totalmente ajenos, cuando empezaron á practicar en nuestros talleres, á toda cultura artística.



Como si en una tarde de romería campesina se eligieran las figuras más representativas para destacar el colorismo de su traje y la pureza de sus rasgos raciales, los juveniles pintores crean con alegría de juego su arte...



«Tipos zamoranos» (Sejas de Aliste), boceto acuarelado de «panneau» cerámico, original de Emeterio Valiente



MUJERES ESPAÑOLAS MUCHACHA DE SEJAS DE ALISTE (ZAMORA)

Acuarela original de Manola Moreno

DELICIOSA figura esta de una adolescente pueblerina que los pinceles de una artista, también juvenil, han sabido reproducir en toda fidelidad de su inocente simpatía!

Ella resume simbólicamente lo que significa en la vida artística actual la Escuela de Cerámica. Un ansia fresca, jugosa y fértil de acercarse a los temas puros de España con el alma ávida y la mirada curiosa de los niños.

Porque precisamente don Francisco Alcántara puso en manos infantiles el porvenir de su obra. Se sabe que el viejo patriarca de la crítica, aquel profesor de estética—que aconsejaba antes de los libros la contemplación de la Naturaleza libre y antes de la cátedra el diálogo platoniano en amenas paseatas por el campo—, quiso desde un principio dar a la Cerámica de hoy no el anquilosado y testarudo ejemplo de lo pretérito, en cuanto a temas y motivos, sino la ejemplaridad viva y alegre de lo actual saturado de la ancestralía inagotable.

Por eso apenas sus discípulos—de aquellas redadas de chiquillos humildes que constituían el personal escolar de los primeros cursos—sabían coger el lápiz ó gustaban la pegajosa frialdad del barro modelable, don Francisco les elegía modelos y asuntos de entrañable populismo. Gentes de aldea ó de suburbios, canes y asnos, amigos del hombre, niños de pobre indumento y rostro asustadizo, el averío de los corrales, flores silvestres, árboles crecidos fuera de la ciudad, frutos de la tierra... Así toda la obra de la Escuela de Cerámica está henchida de virtud sencilla y ale-

gría sana. No hay en ella ni afán de literatura ni preocupación ajena á ese fin primordial de reflejar la verdad con estilo franco y limpio.

¿Se comprende, pues, porqué decimos que esta campesina del gayo vestir y del inocente mirar compendia el credo artístico de la Escuela de Cerámica?

Ha sido vista por Manola Moreno, una de las mejores y más destacadas discípulas del maestro Alcántara en el pasado verano y en un pueblo cuyo nombre y hasta cuya situación geográfica desconoce la mayoría de los españoles. (Porque éste es otro de los fines de la Escuela de Cerámica: revelar España á los españoles.)

Su perfil puro de medalla puede parecer peculiar de muchas regiones hispánicas. Sus pañuelos de cabeza y talle, su corpiño blanco y su faldamenta amarilla recuerdan los de aldeanas del Norte: de la Galicia saudosa y la romántica Asturias. Es, sin embargo, de tierra zamorana.

Sejas de Aliste es un pueblín de Zamora, escaso de habitantes y rico en belleza de paisajes y en amor á las costumbres de antaño. En él los alumnos de la Escuela de Cerámica han encontrado modelos propicios á colaborar en la admirable obra de revelación estética.

Y del contacto de la forma elocuente de esta muchacha con el arte expresivo de otra muchacha ha surgido la encantadora pintura destinada á vitrificarse.

J. F.

ANDALUCIA PINTOESCA

EL SUTIL ENCANTO DE LUCENA

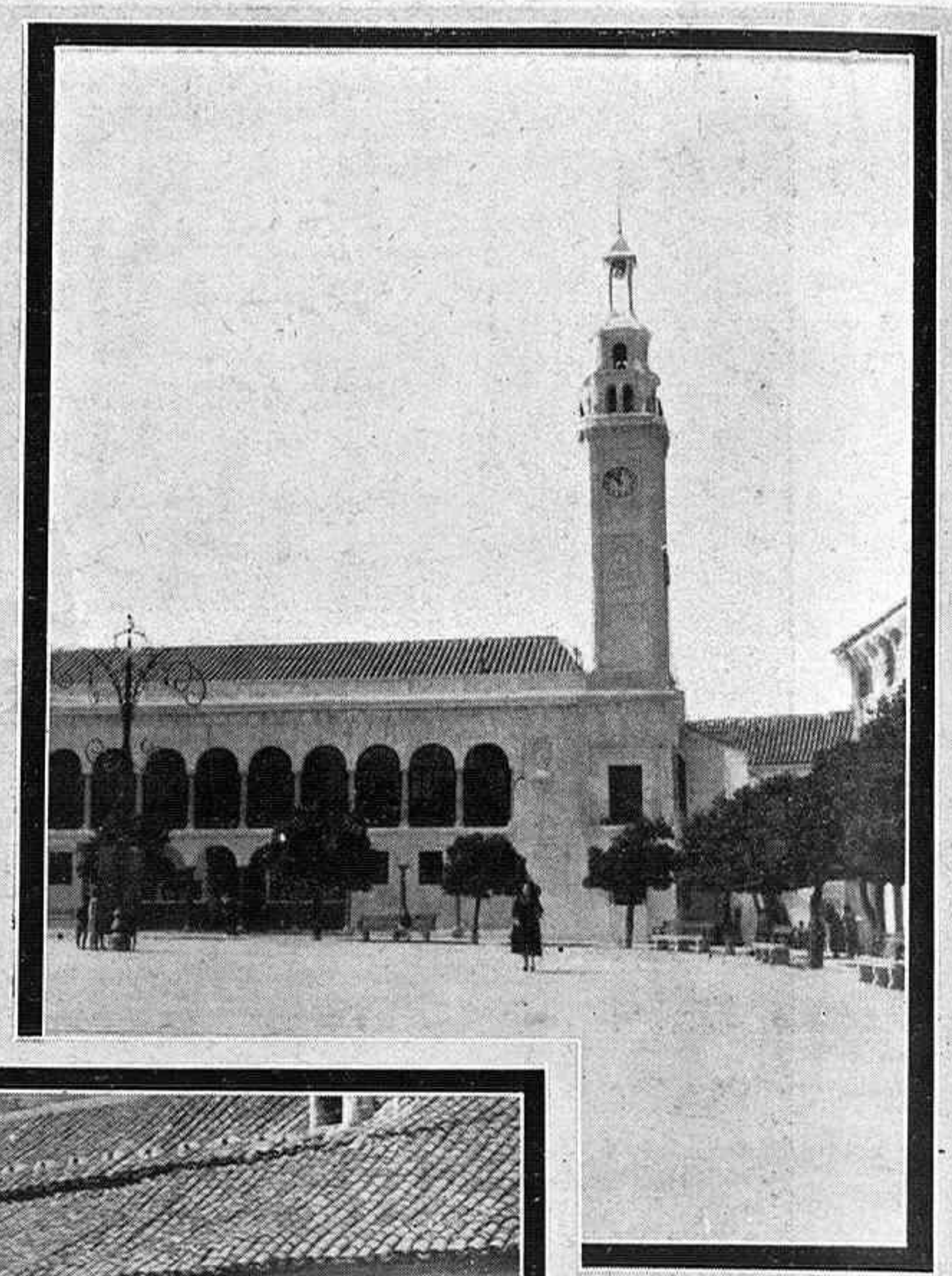
La Sociedad Excursionista de Málaga ha adquirido, en pocos años, un prestigio regional insuperable. Sus frecuentes excursiones por Andalucía—también de vez en cuando se aventura hasta Barcelona y París—le conquistaron una fama. Por mediación de esta entidad, en la cual forman familias enteras de toda jerarquía y todo matiz ideológico, Málaga se comunica frecuentemente con todas las ciudades, villas y aldeas andaluzas, dejando en cada lugar un recuerdo imborrable de la visita, un recuerdo espiritual, sencillo, grato: prenda del alma malagueña que promete volver. Por eso la tristeza de las despedidas, siempre que la Excursionista retorna a su base mediterránea, está paliada por la esperanza de repetir la excursión. Y, en efecto, la repite con renovado entusiasmo. Y el pueblo, ya conocido, acude a recibir a los turistas hermanos con un amor inembridable, ofreciendo la propia alegría, la propia abundancia: todas las gaitas mejores.

La Excursionista, en el decurso de los años, va almacenando las memorias de tantos agasajos, de tanta gentileza, de tanto optimismo; y a su vez siembra por los campos, las plazas, las calles y los jardines de la región afectos pródigos; semilla de cordialidad que germina con presteza.

La temporada actual ha tenido una inauguración memorable; la Excursionista ha ido a Lucena, el noble y rico pueblo cordobés, donde ya Málaga tiene ganado un crédito singular, y las palabras emocionales de otros días han florecido en finos sentimientos.

Lucena se ha asomado a la estación, con el alcalde a la cabeza, para recibir al tren de Málaga. Allí está la banda de música, el Ayuntamiento, todas las autoridades luceninas. Tiene algo de apoteosis íntima el acto. Se buscan las manos con una sinceridad de vieja camaradería. Pocas y bien concertadas frases. Todo sencillo. Estamos seguros de la verdad con que se nos saluda.

Es la primera vez que he ido a Lucena. ¡Y en qué solemne ocasión!



El Ayuntamiento de Lucena, cuya esbelta y blanca torre simboliza el encanto sutil de la ciudad



Patio del convento de San Francisco de Asís



Abside de la Iglesia de San Mateo

(Fots. Guerrero)

En Lucena todo es belleza; pero una belleza alada, sutil, blanca, con esa blancura que rezuma de las casas evocadoras y se refleja en las fachadas, donde la luz rebota bravamente. En Lucena todo es abundante, nuevo y rico.

Los luceninos saben administrar estas ventajas con una llaneza incomparable: son espléndidos sin jactancia, trabajadores en silencio; conocen cuanto vale lo que les rodea, pero lo disimulan con una elegancia de próceres. En cambio, a la hora de honrar a sus huéspedes, su rumbo no se agota.

Lucena es un pueblo feliz. De los campos le viene el oro, santificado por los rigores de muchas jornadas laboriosas. Lucena es un pueblo tranquilo que sabe volver los ojos al pasado serenamente, discretamente; sin emperezarse en la tibieza de sus glorias. Cultura le sobra para contar al visitante hechos y tradiciones. Tampoco le falta conciencia de su ejecutoria brillante; pero conoce su deber presente y no omite sacrificio para el porvenir. A tal equilibrio atribuyo el progreso permanente de Lucena.

El alcalde, don Antonio del Pino, va al frente de la expedición. Algunos malagueños derivan hacia el Parque de Rojas, delicioso paraje, donde en mesas *ad hoc* almuerzan, mientras la banda del Municipio interpreta lo mejor de su selecto repertorio. El concierto es admirable, y los excursionistas lo reconocen.

La visita a los templos luceninos merece, más que un comentario, crónicas aparte;

pero permítaseme consignar aquí mi asombro ante el retablo del altar mayor de San Mateo y el Sagrario de la misma iglesia: maravillas conservadas con una avaricia inteligente.

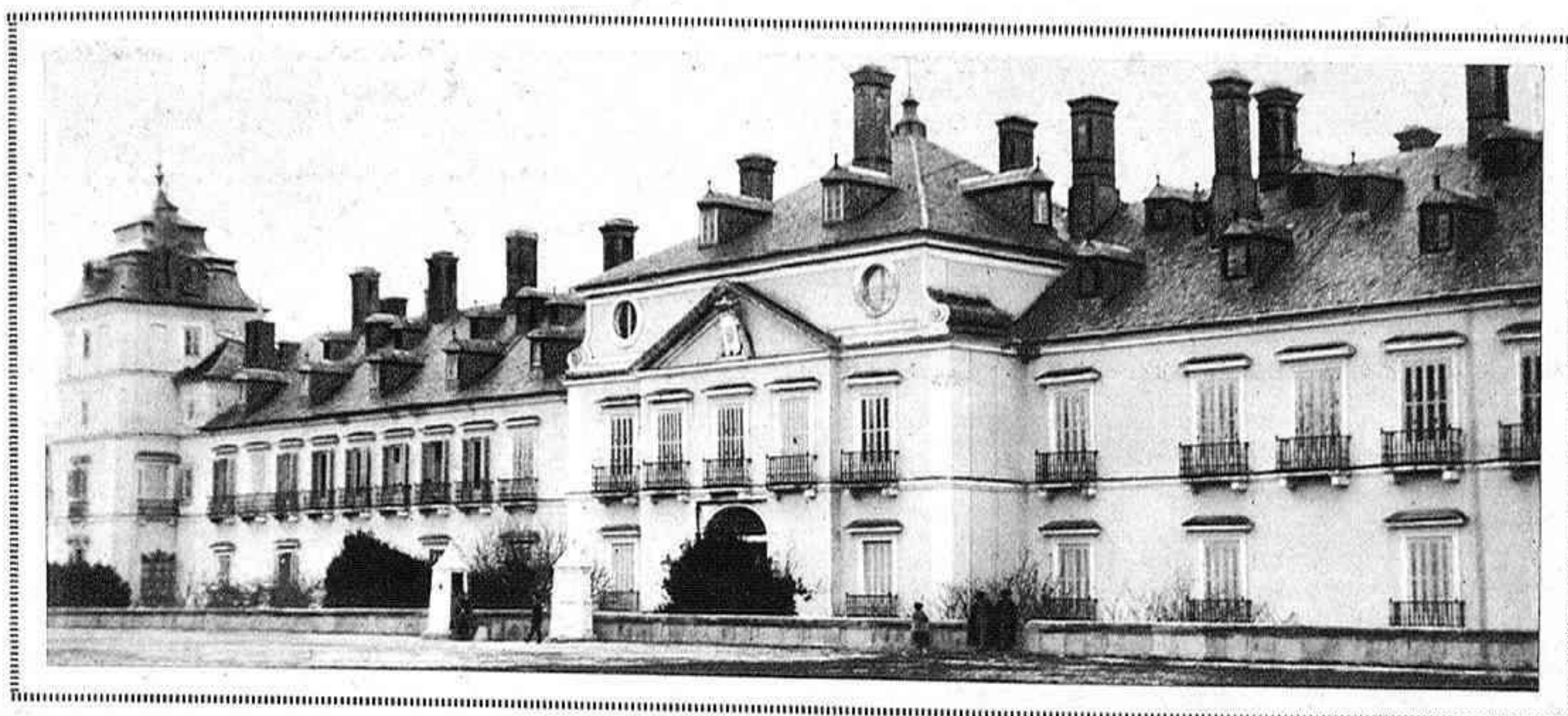
También me extrañó sobremanera el antiguo y rudimentario procedimiento que se sigue en las fábricas de velones. Algunos excursionistas no sabían explicarse cómo no han sido adoptados ya nuevos sistemas mecánicos, que aumentarían la producción. Acaso estos velones artísticos, estos lampadarios y estos candiles, en los cuales se pretende magnificar el buen gusto de una época, requieren en su construcción la lentitud de ayer: el laboreo antiguo, el trabajo personal y paciente, el pulimento honrado y premioso.

Lucena sabe y quiere conservar su tipismo. Ojalá imitémos todos este ejemplo, tan sin abandono como los luceninos, con un conocimiento del tiempo y de las aptitudes ínsitas, tan exacto como el de ellos.

En los jardines, en las plazas, en las calles, el triunfo del color es la característica andaluza. En el interior de los caseríos, los patios deslumbrantes, clásicos, son una fina y discreta evocación árabe. En los templos, el cuidado de las joyas artísticas es una garantía de fe. En todas partes la belleza de las mujeres es una justificación de la luminosidad del pueblo. Luz, optimismo, alegría de vivir... ¿Y cómo no, si la mujer lucenina—nácar y seda, cristal y fuego—está mirándose en estas calles, paseando por estos jardines, rezando en estas iglesias, inspirando desde estas rejas primorosas?...

MANUEL PRADOS Y LOPEZ

UNA
TRADICION
PERDIDA



Fachada principal del Real Palacio de El Pardo

Y UN
MUSEO
OLVIDADO

El 15 de Noviembre, festividad de San Eugenio, era antaño gran día para los buenos mozos madrileños. El Pardo, el más famoso de los montes reales de España, se les abría de par en par, y por la Puerta de Hierro—que aún era de ver-

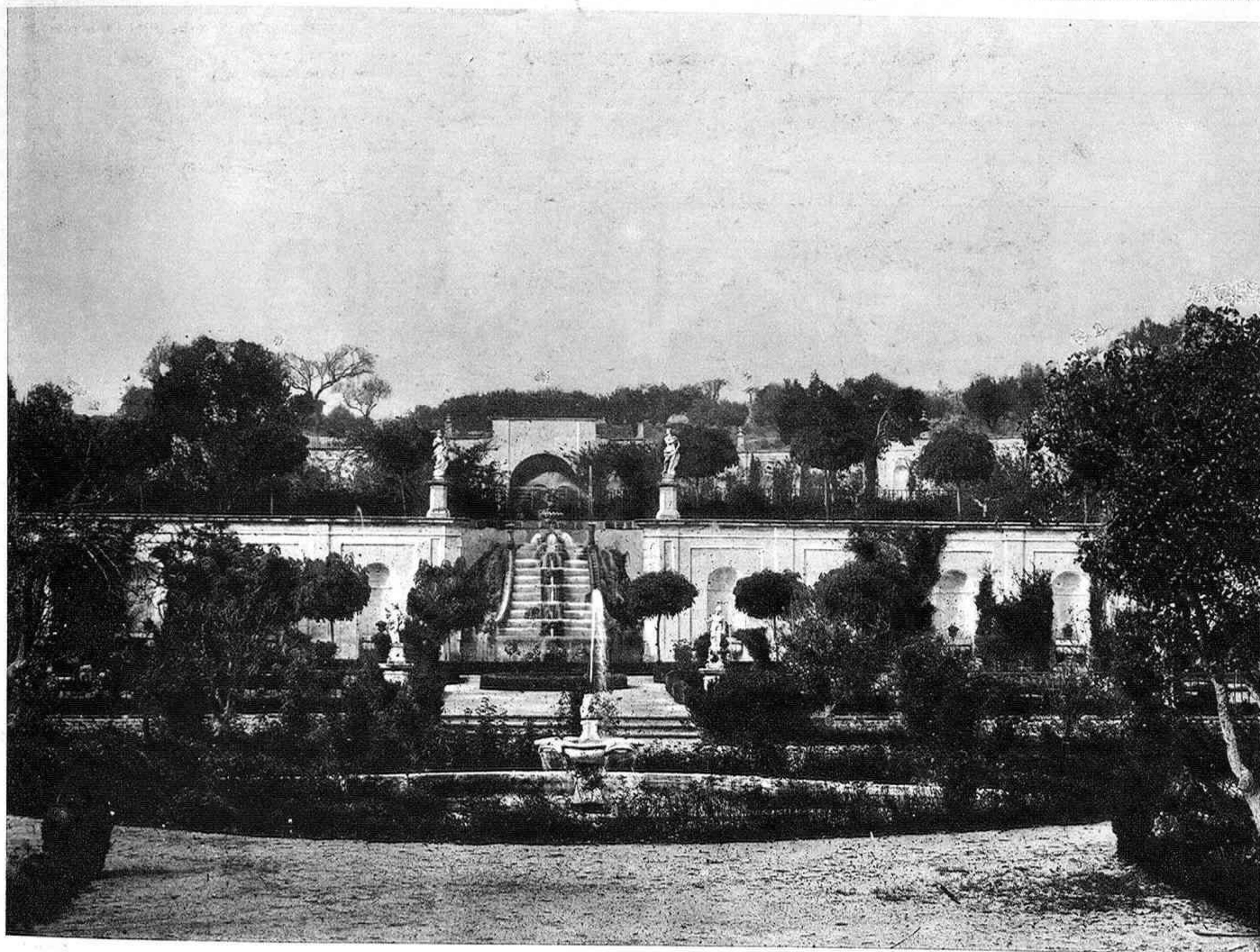
que otro don Francisco famoso hubiese expedido cartas de utilidad pública, ni siquiera simones, nadie se quedaba á medio camino, ni por culpa de un fementido jaco, olvidado ya del blando resonar de sus cascos en la carretera, llegaba nadie á deshora á una cita.

El Pardo era entonces majo, como lo era todo el río que le cruza desde «la puente segoviana», por donde iban las duquesas á la casa de Goya, hasta el mismísimo palacio de la Zarzuela, que en vano quería ser un poco versallesco. La majeza se daba entonces el gustazo de perder un reino, para reconquistarle á navajazos cuando *Pepe Botella* le juzgaba suyo por trateral donación.

Aquellos tiempos eran otros tiempos, y la carretera de El Pardo no era la autopista de que hoy disponemos para nuestra mayor delectación, que es, á lo que parece, apretarnos mucho unos contra otros en un espacio reducido, y percibir, en lugar de los madrigalescos aromas del tomillo, perfume de las majas de antaño al retornar de San Eugenio, el pestífero olor de la gasolina mal quemada y de las grasas recalentadas.

Ahora somos capaces de ir á El Pardo todos los días, si nos lo mandan los que ponen la moda; y si no jugamos á la gallina ciega es porque han pasado los tiempos de la cándida inocencia. Para ese juego, ú otros semejantes, tenemos el cine, de que Goya no sacaría nada en limpio.

En cambio, de El Pardo no fué solo don Francisco quien destiló esencia artística. Velázquez tenía el monte tan metido en la retina,



La fuente en los jardines de la Quinta, en el Real Sitio de El Pardo

dad puerta de amurallado recinto—penetraban en el Sitio, so pretexto de festejar al Santo en la ermita del Santo Cristo y de regalarle con el fruto de las encinas; porque, como ya advirtió Argote, «El Pardo es un buen monte de puerco».

El Santo y las bellotas no eran, al cabo, más que un buen pretexto para un día de solaz. San Eugenio apenas si obtenía una visita rápida de aquellos romeros alegres, y las bellotas no eran sino humilde accesorio de mayores empresas gastronómicas, con unos sólidos y substanciosos manjares, bien regados con vino de la tierra, que entonces ni los riojanos habían aún aprendido química en Burdeos, ni mandaban á Madrid sus caldos acres.

La merienda, la bota—á veces con honores de pellejo—, la guitarra y las castañetas eran los preferentes motivos de devoción de aquellas gentes que allí merendaban, cantaban, bailaban y se entregaban á juegos más ó menos inocentes. Fué allí donde «don Francisco el de los toros», que era más bien «don Francisco el de las majas», vió un buen día, magnífico para el Arte, el cuadro famoso de *La gallina ciega*.

A pie, como romeros de verdad, ó en calesa cascabelera, como los mozos que portaba, iban entonces al monte real las gentes de trapío. Y como aún no existían los merenderos de la Bombilla, á



Los romeros actuales, sucesores de los majos de «La gallina ciega», festejando á San Eugenio (Fot. Díaz Casariego)



Uno de los tapices de Bayeu, que en el Palacio de El Pardo muestran el tipo de tapices á lo Teniers, característicos de los primeros años del siglo XIX



Entre el período de los temas mítológicos y el gusto á lo Teniers, la fábrica de Santa Bárbara hizo tapices con inspiración trienenese.



El final de la evolución que culmina en Goya fué el de los temas populares. Este tapiz, de Bayeu, es iniciación de él

que no solía encontrar mejor fondo para sus figuras regias y majestuosas, que al surgir de su pincel habían ganado en realce y majestad.

Paraíso de Reyes cazadores, El Pardo abrigó también en sus estancias la melancolía de los Reyes enfermos. Los regocijos de la Zarzuela y de la Quinta, los galanteos en las salas del Palacio, tuvieron su contrapartida en un día trágico en que la muerte pudo truncar la historia de España y halló en los corazones de dos hombres de bien obstáculo infranqueable para que no dañara a una mujer y a un niño.

Romeros de ayer, excursionistas de hoy; privados a quienes de El Pardo vino la desgracia, como al conde-duque de Olivares, ó la fortuna, como al *Choricero*; políticos que allí escribieron la página más noble de su historia..., todos llegaron al Sitio con la frente cargada de pensamientos extraños, dispares, de la contemplación admirativa de la belleza artística; y allí estarían olvidados por el desdén inexplicable las bellas pinturas y los hermosos tapices, si no quedase en el mundo esa rara, extraña y bienaventurada especie relativamente nueva en la polimorfía

fauna humana á que llamamos el turista, ser feliz, trashumante y fugaz, que si no admira, mira, por lo menos, y da á las figuras mitológicas que para delección de Monarcas y cortesanos pintaron en techos, muros y bóvedas los Carducho, Gaspar Becerra y, más

modernamente, los reales pintores Maella y Bayeu, ó las figuras humanas que reprodujeron los artifices tejedores de cartones rientes de Goya ó de Teniers.

Palacio y museo á la vez, la Casa de los Reyes en El Pardo es algo que perdurablemente habla de aquellas

épocas en que aún no se hablaba de *confort moderne*, y en que el gran fuego de leña bien seca quemada en las chimeneas monumentales daba á las estancias los tonos cálidos y los reflejos luminosos de la llama, que bailaba en el hogar, y calentando menos los lugares remotos obligaba á los

ateridos á una dulce intimidad fácilmente cordializable, de que es enemiga la calefacción central.

Pero esa voz es desoída. Para nuestra vida, afanosamente eléctrica, el arte, con su vanidoso anhelo de perdurar y de aquietarnos, es demasiado estático. Somos víctimas del dinamismo, y en lugar de emplear hora y media en llegar á El Pardo en un artificio fementido, que para mayor escarnio llamábamos diligencia, vamos y venimos en treinta minutos; pero no sabemos emplear los otros sesenta en la contemplación reposada y tranquila de las otras artes ó de las maravillas naturales. Vamos y venimos y eso es todo. Como pasaron de moda las fábulas en las escuelas, no recordamos que aquello de

Tantas idas y venidas...

tenía su moraleja correspondiente.

Y, sin embargo, el Sitio merece algo más que las meriendas de los que prolongan el habitual paseo á Puerta de Hierro ó desvían la excursión á la Cuesta pecaminosa. Merece la contemplación reposada de los amadores de arte.

Las magníficas pinturas que decoran el Pa-



Uno de los varios tapices hechos sobre cartones de Bayeu, que representan escenas de caza y pesca



Un tapiz de Bayeu, en que parece verse, no obstante su belleza, el decaimiento de la fábrica, cuando los oficiales vieron defraudadas sus esperanzas de suceder á Stuyk en la dirección



lacio, aun habiéndose perdido muchas de las que en otras épocas fueron reseñadas, y aun estando destrozados algunos frescos, tendrían por sí solas suficiente interés artístico para motivar una visita prolongada y minuciosa, y aún quedarían muebles, objetos de arte, obras de decoración muy importantes, y sobre todo la interesantísima colección de tapices en la cual figuran muchos de Bayeu, que representan una de las épocas históricas de la Real Fábrica de Tapices, que preparó admirablemente el magnífico florecimiento del arte de Goya aplicado á esa intensamente artística manifestación industrial.

La moda anterior había tenido como temas de los tapices, y



Tapiz de Bayeu, que representa una escena de pesca del tipo popular

sobre todo de las colecciones de asuntos mitológicos, asuntos bíblicos, de la Historia Sagrada y, cuando más, de grandes obras literarias, como el *Quijote* y el *Telémaco*. A veces, dentro de la misma corriente, obras simbólicas que materializaban y aun humanizaban las pinturas. La moda, mudable siempre, saltó de esos asuntos á la imitación temática de los tapices y de la pintura flamencos, y surgió un nuevo gusto de tapices que fueron llamados «á lo Teniers.» Antes, pero de una manera efímera, habían fabricado tapices con asuntos á la moda francesa del Triánón, escenas seudopastoriles, por el estilo de aquellas que Galdós, refiriéndolas precisamente á su período, nos hizo ver en *Alma y vida*.

La mayor parte de los tapices de ese gusto que figuraron en las colecciones de la Real Casa, y que pueden ser admirados en el Palacio de El Pardo, fueron tejidos sobre cartones de Bayeu, y él y Goya iniciaron el nuevo estilo, el de las escenas populares, en que había de alcanzar don Francisco Goya y Lucientes el máximo esplendor de su paleta.

Los tapices de Bayeu, que reproducimos



«Escena campestre», tapiz de Bayeu, que se conserva en El Pardo



Otro tapiz de Bayeu, también de la colección de El Pardo, en que las escenas de pesca tienen reminiscencias de gustos anteriores

(Fots. Ruiz Vernacci)

parcialmente con estas líneas, corresponden sobre todo al período en que estuvieron de moda las imitaciones de Teniers, y son escenas campestres, de caza y pesca, como era lógico, ya que El Pardo era, ante todo y sobre todo, un cazadero real.

Algunos críticos han creído encontrar en los tapices de esa época una visible decadencia de la fábrica de Santa Bárbara, y uno de los ejemplares que reproducimos puede ser señalado como característico en ese sentido; pero, en realidad, si el fenómeno se dió, fué muy pasajero y fruto sólo de la desgana y apatía que en los oficiales que trabajaban en la fábrica produjo el hecho de que al fallecer uno de sus directores se encargase á su viuda de la fábrica, y no á ellos, como esperaban y pretendían.

SANTIAGO
HERRERA

LOS CONCIERTOS DE LA ORQUESTA CLÁSICA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

EN el Madrid del buen tono, de la moda y de las gentes *bien* ha brillado casi siempre por su ausencia la afición a la buena música, á la música selecta. Se considera inútil dentro de este casillero de disciplina social el cultivo del arte elevado, y el barniz del temperamento musical sobra, aun referido al sutil arañazo de un violín *medianamente templado*.

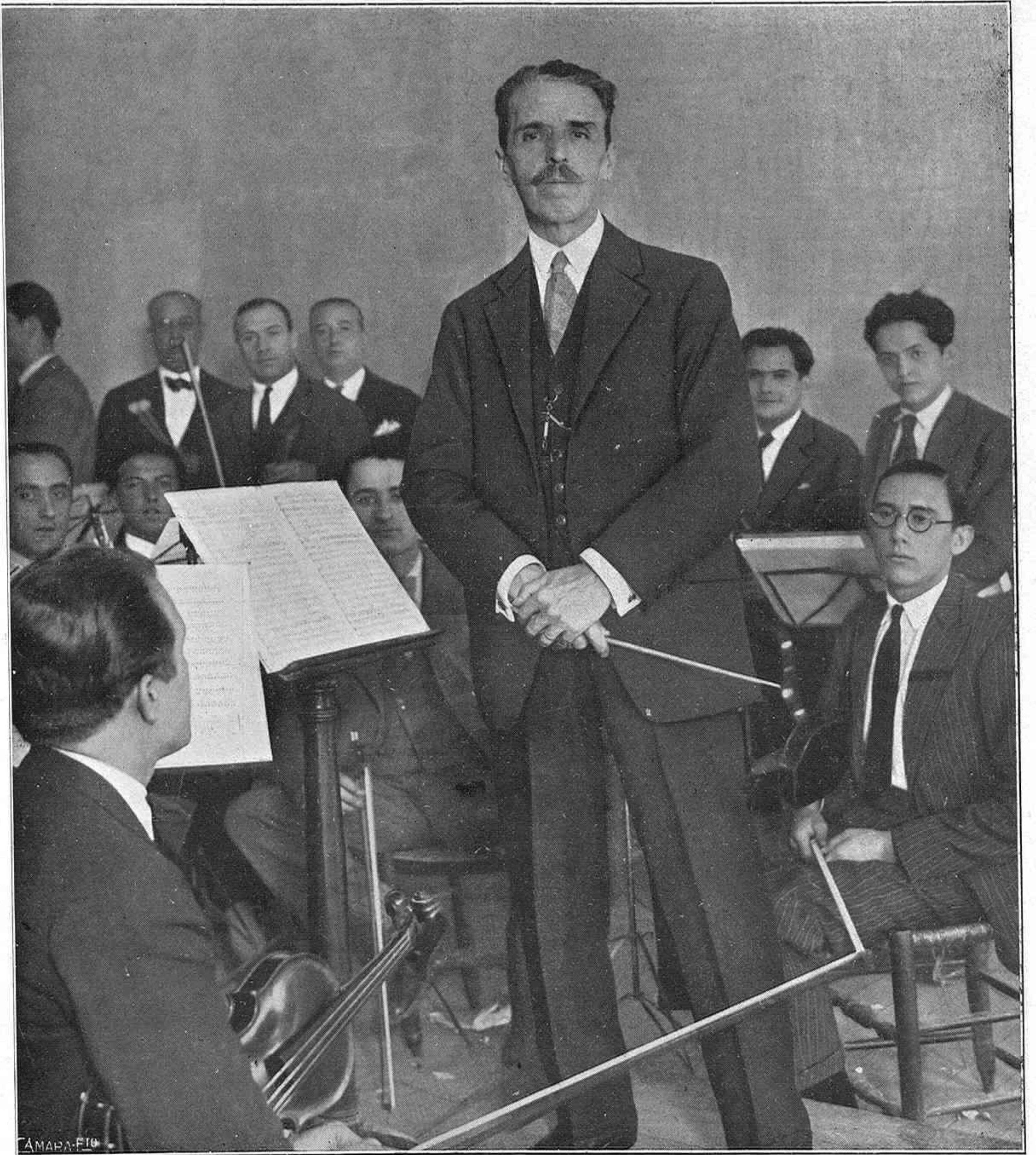
El concierto en el siglo XVIII, y la protección de mecenases hoy excepcionales á compositores y concertistas, constituyó en el ambiente de salón de aquella época signo habitual de distinción y excelencia de espíritu, fina elegancia y aún algo más: sentido del arte y cuidado en la elección, pues las reuniones y las veladas revelaban no sólo el *buen tono*, sino la pureza de paladar y el alambicamiento en el manjar solicitado.

Se explican en este ambiente envidiable las nobles luchas de piccinistas y gluckistas, las preferencias hacia las primacías de la escuela alemana, las reñidas discusiones alrededor del valor de Italia y de sus predilectos maestros, encantados de la diafanidad y sencillez de sus melodías. De tan interesantes hechos, de tan arduas discusiones, de tan complicados escarceos en el campo del arte, surgían á diario moldes nuevos, procedimientos más refinados, á los que prestaban estímulo un afán de superar á grupos de artistas que monopolizaban los salones de palacios, y en concepto de favoritos se les agasajaba y premiaba por Príncipes, Reyes y personajes de alto coturno.

Madrid permaneció al margen de este interesante movimiento de inquietud, y juzgó coronada la obra musical mediante el esfuerzo de los polifonistas de anteriores centurias; y en el de menor cuantía consideró finada su misión, relegando al olvido la labor de vihuelistas y de otros raros ingenios consagrados al villancico, á la *ensalada* y á la *villana*.

Tendencia é inclinación favorables á la frivolidad manifiéstase más tarde, cuando nacen las tonadillas... y las tonadilleras. Entonces, en Madrid no preocupa Piccini, ni Gluck, ni Mozart, ni Bach (ya olvidado). El público madrileño se entrega á la frivolidad; corrómpele el gusto, acaso por culpa de la picardía de aquellas tonadilleras tan bonitas de voz como de cuerpo, y los puccinistas y gluckistas de allende el Pirineo conviértense para la juventud alegre y los valetudinarios noctámbulos del Madrid goyesco en *chorizos* y *polacos*.

Un tanto modifícase el gusto al finar el siglo XIX. Más que en Madrid, en provincias se divulga la obra artística por la afición al piano; las sonatas de Mozart y de Beethoven, y los nocturnos de Chopin, y las obras de Haydn y de Schubert *andaban* mezcladas en salsa explosiva con *Las lágrimas de una madre*, y los esperpentos de Marqués, y las zarzuelitas de Barbieri y Gatabide. Pero todo *andaba*.



El maestro Saco del Valle

Así se despierta la cultura y pica la comezón del estudio y constitúyense las Filarmónicas en capitales y aún en cabezas de partido, donde el gusto también se depuraba pasito á paso; pero no en Madrid... Descontados los profesionales y media docena de doctos, á los que se suman alumnos del Conservatorio—por cierto

excelentemente dispuestos—, las personas distinguidas *por su traie* rehuyen, por punto general, el concierto.

Estas y otras poderosas razones predisponen en favor del director de concierto, y muy excepcionalmente para el aplauso á compositores del vibrante nervio y temple artístico de Saco del Valle, cuya labor musical es más digna de elogio y acreedora á plácemes sinceros.

La Orquesta Clásica, excelente en profesores, magnífica en su actuación y ejemplar en repertorio, onquista las alabanzas del público selecto que la escucha. Aparte de la interpretación magistral de cuantas difilísimas partituras ejecutó, los programas se apartaron de ese socorrido recurso invariable en todas las orquestas, y muy especialmente en las de la Corte. Beethoven, en lo más conocido, algo de Schubert, oberturas corrientes... Haydn, Dukas... Saco del Valle ha presentado obras selectas y olvidadas de Haydn, de Mozart, de Gluck. Modernas producciones de maestros apenas escuchados, y, como nota simpática y laudable, la española: Falla, Turina, María Rodrigo, Halftter, Salazar, Pittaluga... Jóvenes estos últimos con bríos, inspiración, fluidez de pensamiento, modernidad (un poco radical, quizás más de un poco), cultura vasta y alientos para perseverar en su labor excelente.

La amable solicitud con que han respondido á la petición de obras por parte del maestro Saco del Valle, y el calor con que ha acogido la prensa las hermosas sesiones de la interesante agrupación artística, son dos notas á destacar preferentemente en la mencionada serie de conciertos.

Saco del Valle, apoyado de una manera desinteresada y altruista por el culto presidente de la Orquesta Clásica, señor Terán, realiza heroico sacrificio, por el que es, sin duda, acreedor á un homenaje de cordialísima gratitud, organizado por cuantos le admiramos y muy singularmente por los compositores españoles y críticos de arte.

M. FERNANDEZ NUÑEZ



El maestro Saco del Valle al frente de su magnífica orquesta
(Fots. Cortés)



Abrigo de mangas semilargas de lana «chinés» gris y negra. Túnica larga en «tweed» negro y falda de mezclilla blanca y negra; cinturón de charol negro

(Modelo Madeleine)

Abrigo de tela «Meyer» marrón con rayas blancas. Cuello de forma irregular de astracán marrón con pelos blancos

(Modelo Lenief y Cie.)

Abrigo de lana «chinés» negro y gris, de dos caras; blusa de terciopelo gris completamente cerrada y abrochada á un lado, y cinturón de cuero rojo

(Modelo Madeleine)

Elegancias

ENTRE las cosas más nuevas—y podríamos decir más sensacionales, si la palabra no fuese demasiado elevada para expresar cosas tan frívolas—debemos señalar las faldas. Hay en las nuevas colecciones de invierno una variedad tal de ellas, que podría serles dedicado un capítulo entero sin agotar la materia.

Los trajes de noche, en particular, ofrecen la singularidad de tener cuerpos extremadamente sencillos, mien-

tras que la falda con mucha tela es muy rebuscada de línea y de forma. Lo hemos dicho ya muchas veces: las faldas son largas y amplias; pero esa amplitud se logra de muchas maneras, de las que vamos á procurar exponer una idea general.

En primer término, ha sido resucitado el *plegado sol*, que conviene maravillosamente, por su gracia y su ligereza, á los trajes de noche; les conviene tanto más cuanto que puede ser realizado en un tejido cortado

ya en forma, lo que evita un grueso excesivo á la altura de las caderas, y permite, por el contrario, una máxima amplitud en el bajo.

Se puede hacer también panós de *pliegues sol*, que se incrustan en una falda recta, sea sobre el delantero, en el centro, ó sea en todo el contorno, regular ó alternativamente. Así, un vestido puede conservar durante el reposo la línea absolutamente recta, mientras que en la marcha esos panós plegados se entrecienden

ligeramente, produciendo un efecto de movimientos casi escultórico de los más afortunados.

Tenemos después los fuelles, un poco menos, puesto que los vimos ya mucho el año último; pero que han sido bien renovados ahora. ¡Qué de efectos infinitamente variados se logran con ellos! Son unas veces largos y estrechos, colocados regularmente en todo el contorno de la falda, ó, por el contrario, muy anchos de abajo é incrustados delante, y otras en un traje recto, al que dan un movimiento en forma sin ensanchar la silueta. Hay también fuelles incrustados, que son rectos arriba en una longitud de varios centímetros, y muy al biés hacia abajo; estas dan faldas ajustadas hasta la rodilla y muy anchas solamente abajo. Hay, además los fuelles minúsculos é innumerables que, colocados todo alrededor, dan igualmente una amplitud muy agradable, sin engruesar en nada la silueta.

Luego encontramos las faldas drapeadas, cruzadas delante y cortadas completamente al biés, de tal modo que forman un drapeado sencillo á la manera antigua. Finalmente, hay faldas completamente en forma ó terminadas por un alto volante en forma á su vez. Vemos menos volantes este año, á menos que sean volantitos

tantes faldas rectas, sobre las cuales son aplicados grandes paños de tablas anchas y huecas. Bien sujetos al talle, dan á las faldas de lana una línea sobria y definida muy agradable. Otros trajes de lana tienen falda recta con sencillamente hacia el medio del delantero una especie de fuelle hecho con pliegues muy huecos, que sólo se abren al andar. Para las mujeres muy delgadas se hacen faldas rectas delante y atrás, pero con anchos paños á los lados, que parten de la cintura y van ensanchándose aún hacia abajo. Esta disposición es, particularmente, adecuada para las mujeres altas y delgadas, á las que *etoffe*, según la expresión usual entre modistas. Para las pequeñas y gruesas, por el contrario, es preferible disponer la amplitud delante y dejar los lados planos; la silueta parece así adelgazada, sobre todo si la amplitud no viene de demasiado arriba.

En resumen, como veis, caras lectoras, todos los medios os son permitidos para dar á vuestras faldas la amplitud necesaria para la moda actual, y sólo os queda elegir entre tantos medios el que mejor vaya á vuestra silueta y á vuestros gustos.

T,



Traje de lana negro guarnecido de astracán, cuello de armiño blanco, toca de astracán y cinturón de cuero negro, manguito de astracán y armiño blanco, toca de astracán y lana

(Modelo Jenny)

muy en forma, dispuestos no de manera regular en el bajo de las faldas, sino, por el contrario, en el sentido de la longitud y muy próximos entre sí, de manera que dan un efecto de guirnalda que sube desde el bajo al talle.

Los trajes de tarde presentan igualmente una gran variedad de faldas. La amplitud está repartida de cien maneras: ora por un paño fruncido, incrustado delante; ora por pliegues planos ó huecos picados á la altura de las caderas, y libres hacia abajo; ora por volantes en forma ó fuelles sobre bandas planas.

Muchas túnicas, algunas de longitud irregular, más cortas delante, ó hundidas sobre un bajo, ó bordeadas de piel hacia abajo.

La falda plegada regularmente en todo el contorno es casi abandonada durante el invierno; pero hay bas-



Abrigo de gros «tweed» moteado, negro y «beige», guarnecido de castor de dos tonos; cinturón de cuero negro

(Modelo Augustabernard)



Abrigo de «raylikasha» negro adornado de «gayac», cinturón muy estrecho de cuero negro con pequeña hebilla de plata; en la espalda, adorno despegado

(Modelo Martial Armand)



Sombrero de fieltro y terciopelo en dos tonos beige



Sombrero de terciopelo, con amplio vuelo á los lados



Toca de terciopelo, con un trenzado de seda

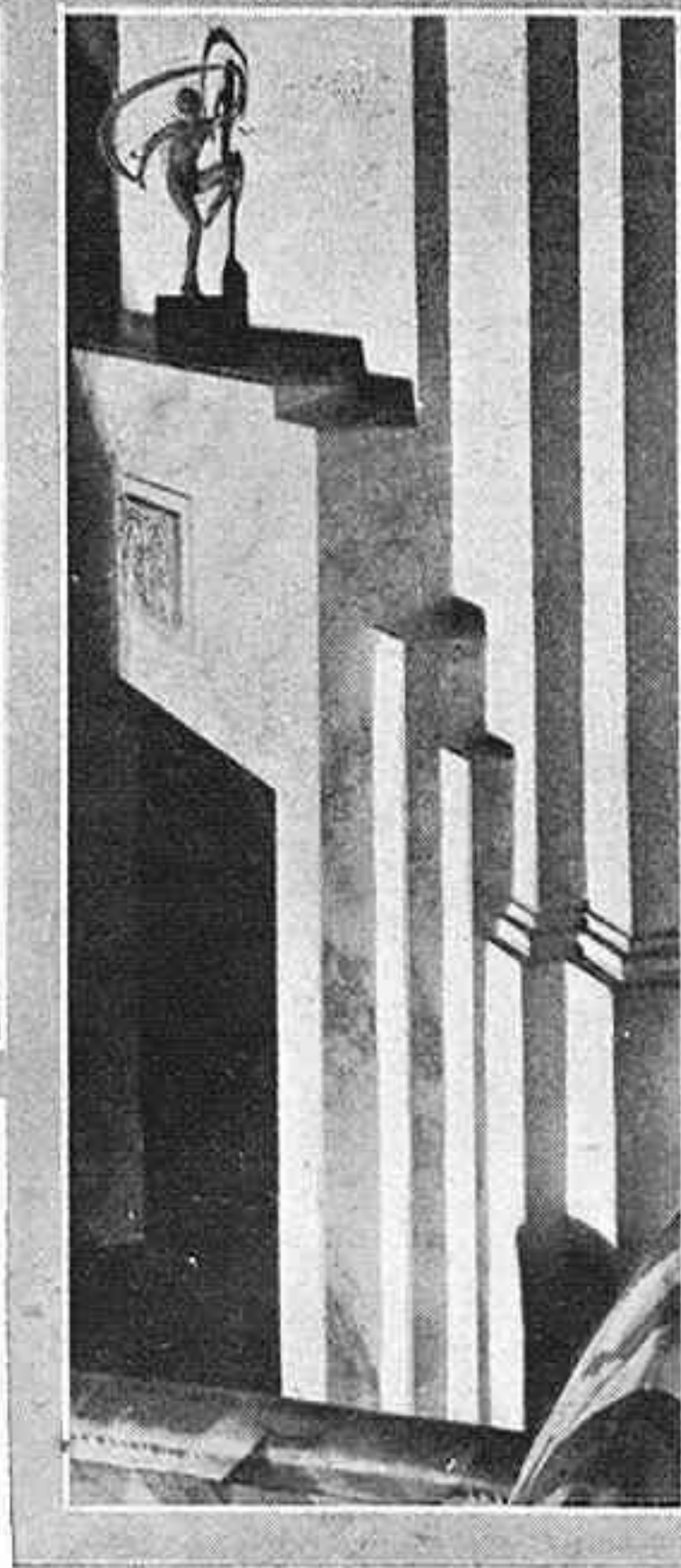
(Modelos Pinard)

LA MUJER Y EL HOGAR

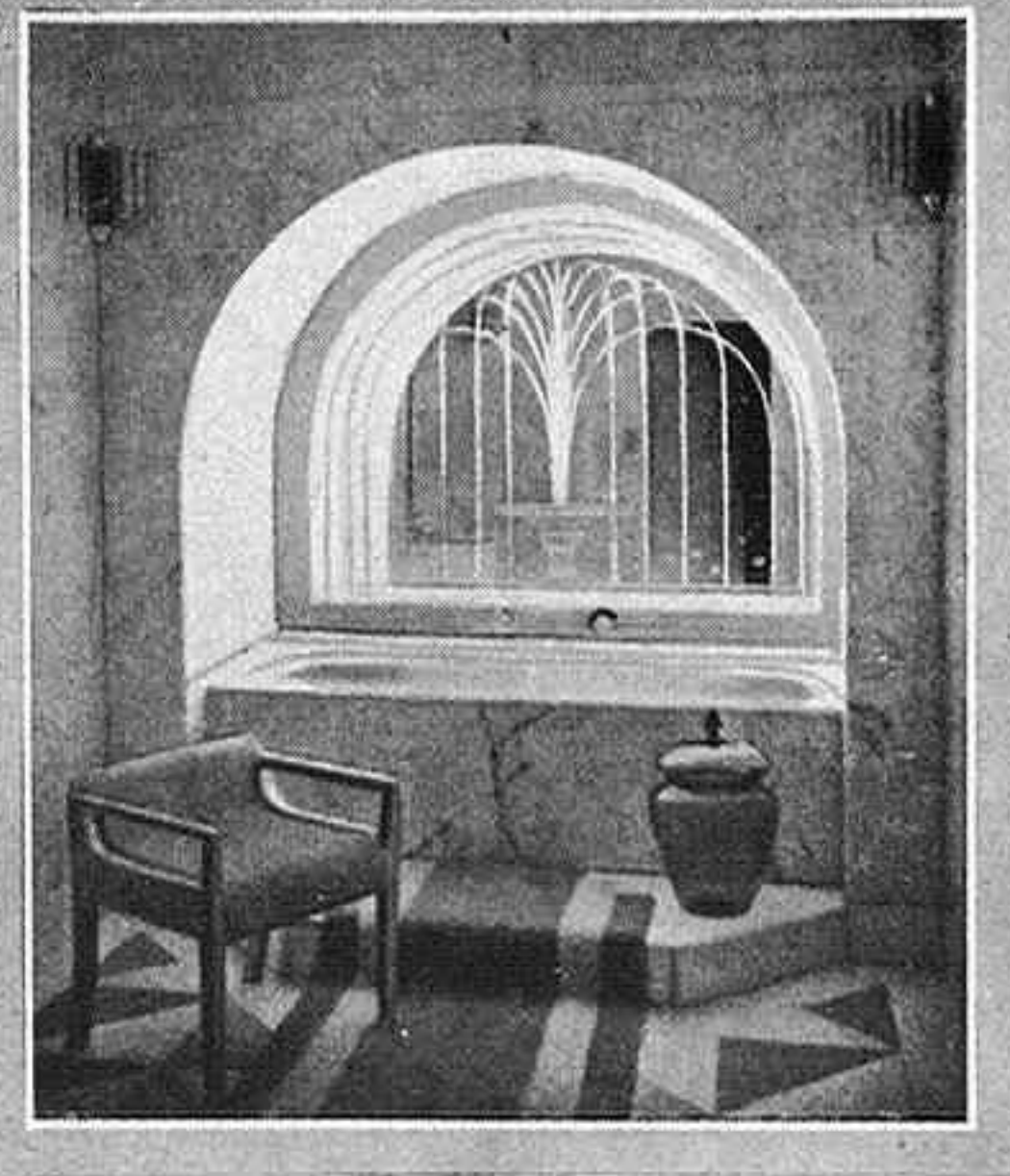
La mujer ha de cuidarse tanto de su persona como de su hogar. La misma atención que en el vestido y en el sombrero hay que poner en el arreglo de la casa, cuidando hacer ésta lo más grata posible. En la casa moderna impera hoy la sencillez y por eso es necesario el más depurado gusto en la elección de los muebles y en la distribución de éstos, de acuerdo con el decorado de cada habitación. Antigüamente, la elegancia de una casa estribaba en la aglomeración de muebles, cuadros y objetos de valor. Hoy, por el contrario, la nota *chic* se consigue con una decoración simple de las paredes, con una distribución discreta de las luces y con la selección de los muebles indispensables para la mayor comodidad y el más grato *confort*.



Vestíbulo



Chimenea.—Tres lindos detalles de una casa moderna



Pincón de un gabinete

Vivir bien no es hoy, como antes, estar rodeados en el hogar de cosas valiosas, que generalmente no servían sino para agobiar y quitar luz y aire á las habitaciones, sino tener una casa amplia, libre de trastos inútiles, en la que lo artístico y lo práctico se alíen para ofrecernos un acogimiento dulce y tranquilo que nos haga olvidar las penosas jornadas de la vida moderna.

•••••

Las primeras lluvias del otoño han traído consigo las inevitables protestas femeninas. El barro es un elemento en contra de la falda larga, y muchas mujeres que habían adoptado ésta humildemente, han enviado sus *toilettes* de nuevo al taller donde fueron confeccionadas para que las acorten, si no tanto como se llevaron hasta ahora, sí, al menos, á una altura más de acuerdo con las circunstancias.

La falda larga es bella, elegante, majestuosa, si se quiere, cuando se trata de aplicarla á un traje de noche, y aun incluso á uno de tarde de mucho vestir; pero para *flanear* por las calles en un día de lluvia, es algo verdaderamente absurdo, y parece imposible que en nuestro siglo, que es el de la despreocupación, la comodidad y la higiene, se haya renunciado tan pronto á una conquista como la de la falda breve, que no sólo favorecía, si no que era tan práctica.

Y lo malo de todo esto es que las melenas se han alar-

gado á la par que las faldas, y es digno de ver esas cabezas á lo Greta Garbo, desrizadas por la humedad del ambiente. Estos peinados artificiosos, muy bonitos en una mujer de cinema, son francamente horribles llevados á la realidad de la vida.

Añoramos, con no poco pesar, los trajes sencillos de falda corta que en el invierno, más que nunca, nos hacían apetecible el paseo ma-

tutino, aunque éste transcurriera en medio de una lluvia pertinaz. Las calles estarían enlodadas, y nosotros caminaríamos sin temor á malograr por ello el bajo de nuestras faldas.

Pero es el caso que en esta temporada nos hemos dejado ganar la partida por los creadores de la moda, y hemos aceptado los más absurdos modelos de faldas largas, imprudencias para el callejeo de la mañana y de la tarde.

Cierto que muchos trajes tienen arreglo, y que la tijera puede operar en ellos sin temor á malograrlos; pero hay también muchas *toilettes* que no pueden ser modificadas en esta forma, y al no querer aceptar la falda larga en días lluviosos, habrá que relegarlas al olvido en un armario ropero; porque la falda larga no es práctica ni para las felices poseedoras de un automóvil.

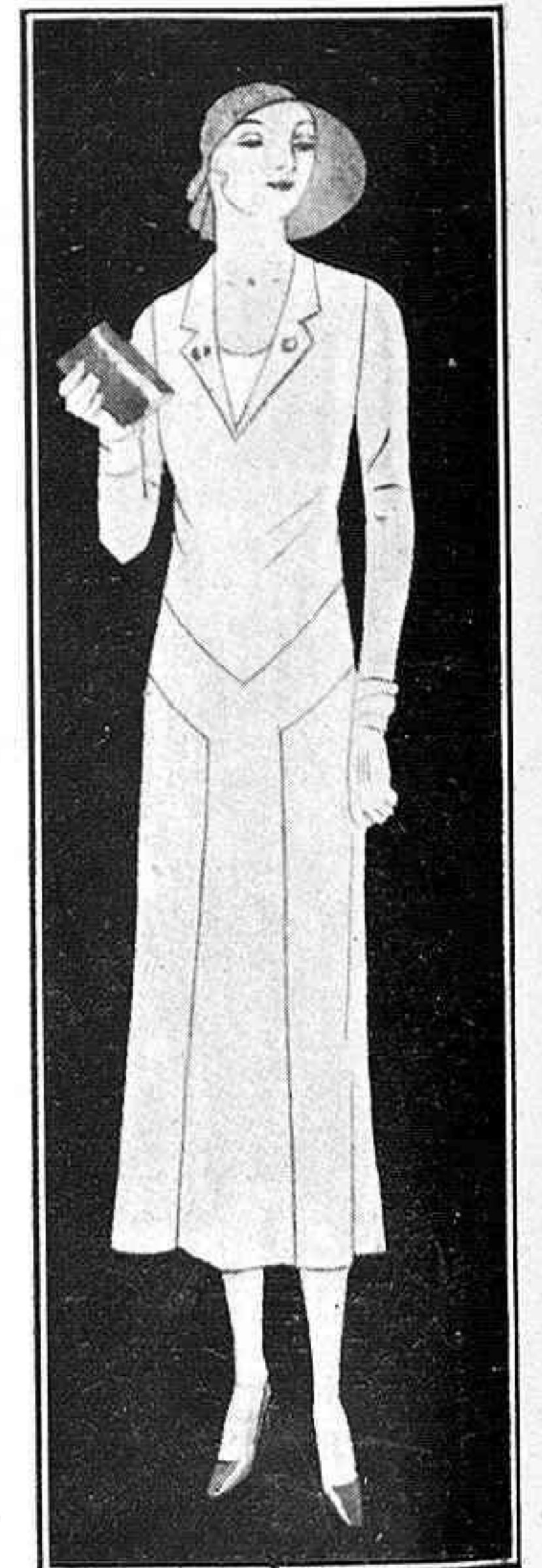
Hay modas que verdaderamente no debían resucitar. Es preciso pensar cómo se camina hoy por las calles llenas de mil obstáculos y peligros. No es posible ir trabadas con trajes como los que ahora se estilan, tan poco prácticos y anti-higiénicos.

Antaño, cuando las colas hacían furor, circulaban en Madrid hasta dos docenas de «simones» y alguna que otra berlina y diligencia. Hoy la vida ha cambiado, y no es posible tolerar modas absurdas como ésta, que aparte de restarnos agilidad y libertad de movimientos, tiene—¿á qué negarlo?—otro inconveniente muy digno de tenerse en cuenta: el de privarnos de lucir la gracia de la pierna, aliciente de la moda pasada, que tantos éxitos ha proporcionado á la coquetería femenina, y que en sus principios promovió tantas y tantas protestas, para ser después aceptada.

ANGELITA NARDI



Vestido de popelín de seda azul marino, con cuello de crespón blanco



Vestido de «crêpe marocain» azul marino, con un viso de seda blanca



DUEÑO DE SÍ MISMO

El hombre bien afeitado en todo momento está seguro de su buen aspecto. Tiene la satisfacción diaria de sentir el cutis terso, sin tirantez ni escozor, después de afeitarse con Jabón Gal para la barba.

Usando este jabón es muy cómodo afeitarse a diario. Prepara tan bien la barba que la hoja, al afeitar, parece que se desliza.



Barra en estuche de cartón

1,25

En estuche de metal **1,50**

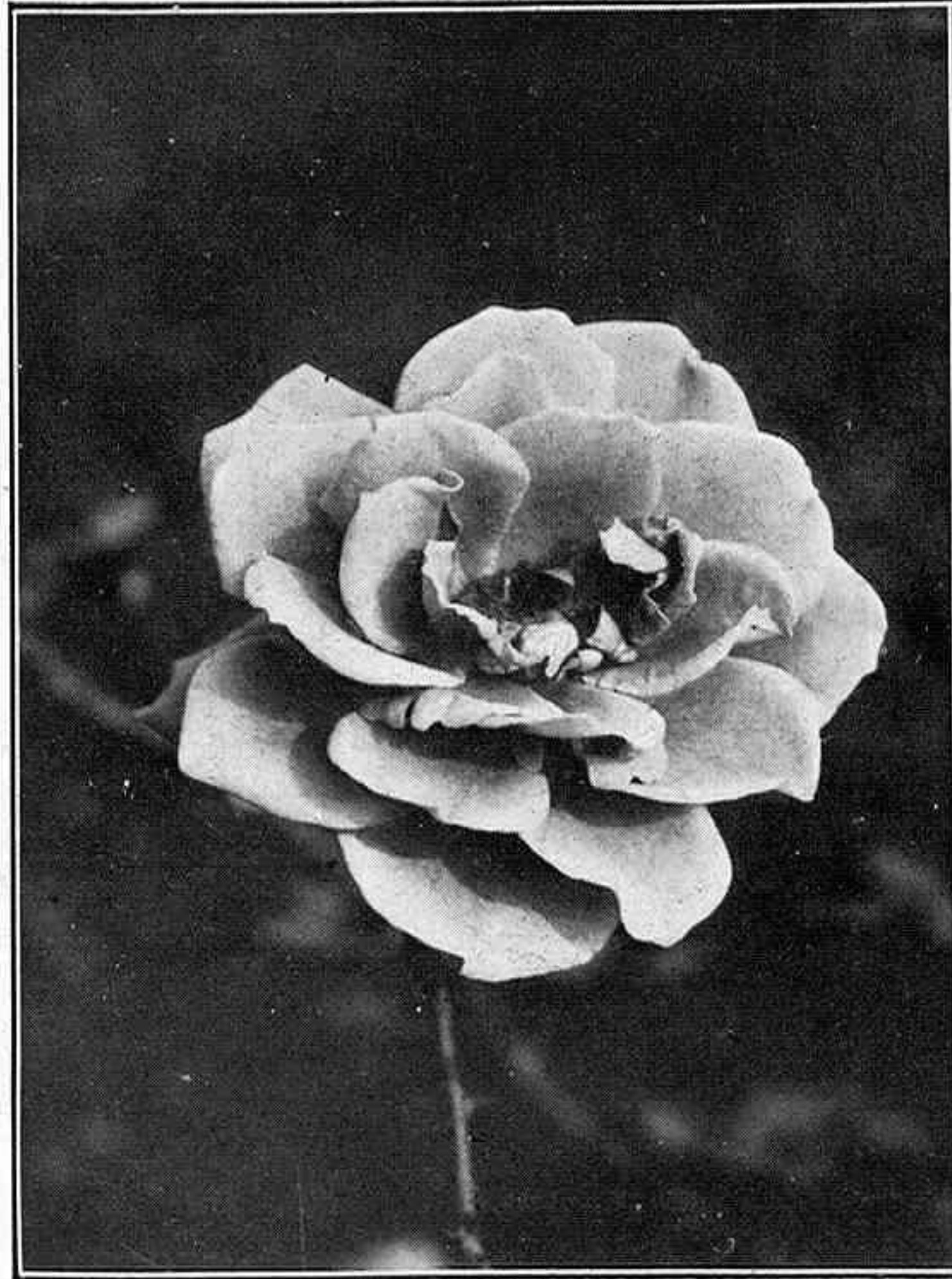
TIMBRÉ A PARTE

Jabón Gal para la barba

Pueden usar nuestra Crema de Jabón, en tubos, quienes prefieran esta otra forma de enjabonarse. Precio, 2 pts.



Presentada por Fratelli Giacomaso, de Turin



Presentada por M. Barbier, de Orleans



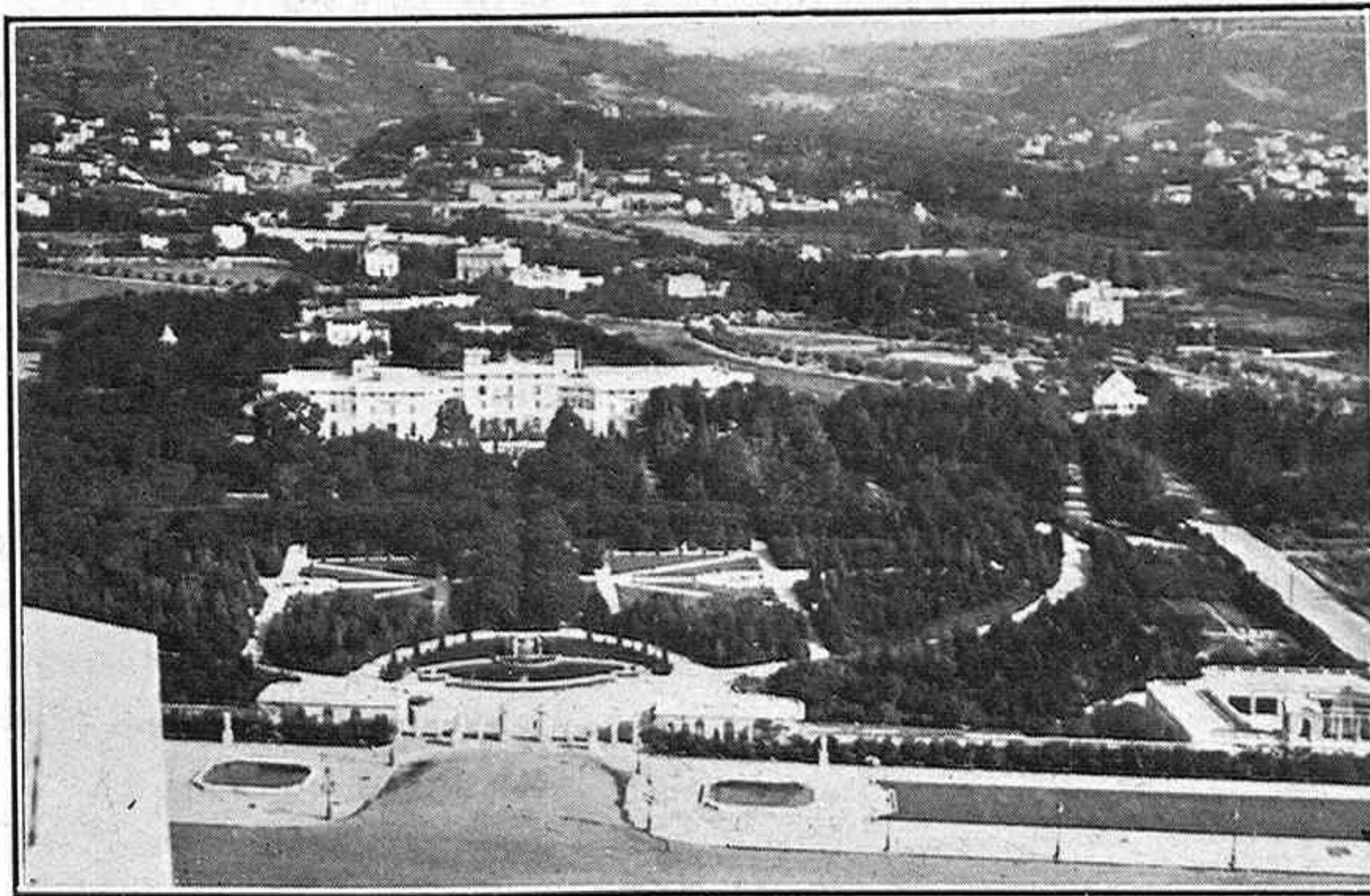
Presentada por Leenders, de Steyl-Tegelen

De Barcelona

DE una florecilla silvestre, sencilla y humilde, á que los naturalistas darán, como á todas, un absurdo nombre latino, han hecho los jardineros, con su arte magnífico, embellecedor de la belleza misma, una inmensa gama de variedades tan distintas en formas y colores como si fuesen especies de plantas distintas.

Para elegir y premiar las más bellas entre esas variedades, todas bellísimas, los barceloneses han hecho concurso y le han dado por lugar los regios jardines del palacio de Pedralbes, marco digno del cuadro que había de surgir en él.

Sólo un gusto muy artísticamente depurado podría acometer la ardua empresa de elegir entre tantos magníficos ejemplares; pero la fama de la capital de Cataluña como experta degustadora de placeres estéticos es universal, y los



El palacio real de Pedralbes, en cuyos jardines se ha celebrado el concurso internacional de rosas

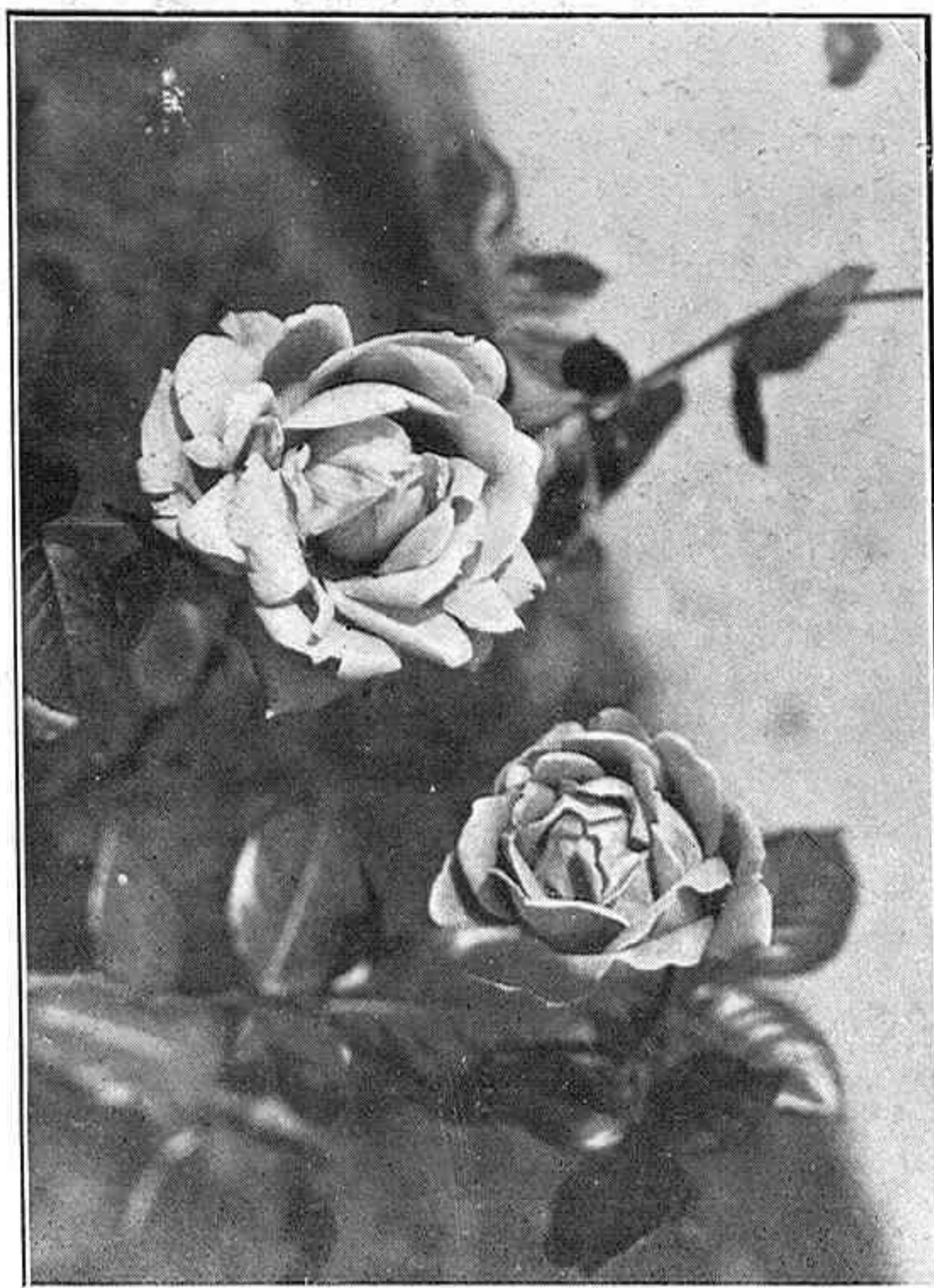
Concurso de rosas

jardineros de los más diferentes países han acudido al jardín de Pedralbes, seguros de que el empeño sería realizado con éxito feliz.

Así ha sido efectivamente. Rosas de tipos muy diversos han lucido allí sus formas elegantísimas, sus colores en delicados matices y los más sutiles aromas en un conjunto ideal, y poco á poco el buen gusto de los juzgadores ha ido seleccionando, hasta lograr discernir con reconocido acierto las que habían de ser triunfadoras.

Ved en esta plana la reproducción fotográfica de las rosas premiadas; les faltará el color y el aroma, pero sin esto son ya suficientemente bellas para que podamos aplaudir á los juzgadores.

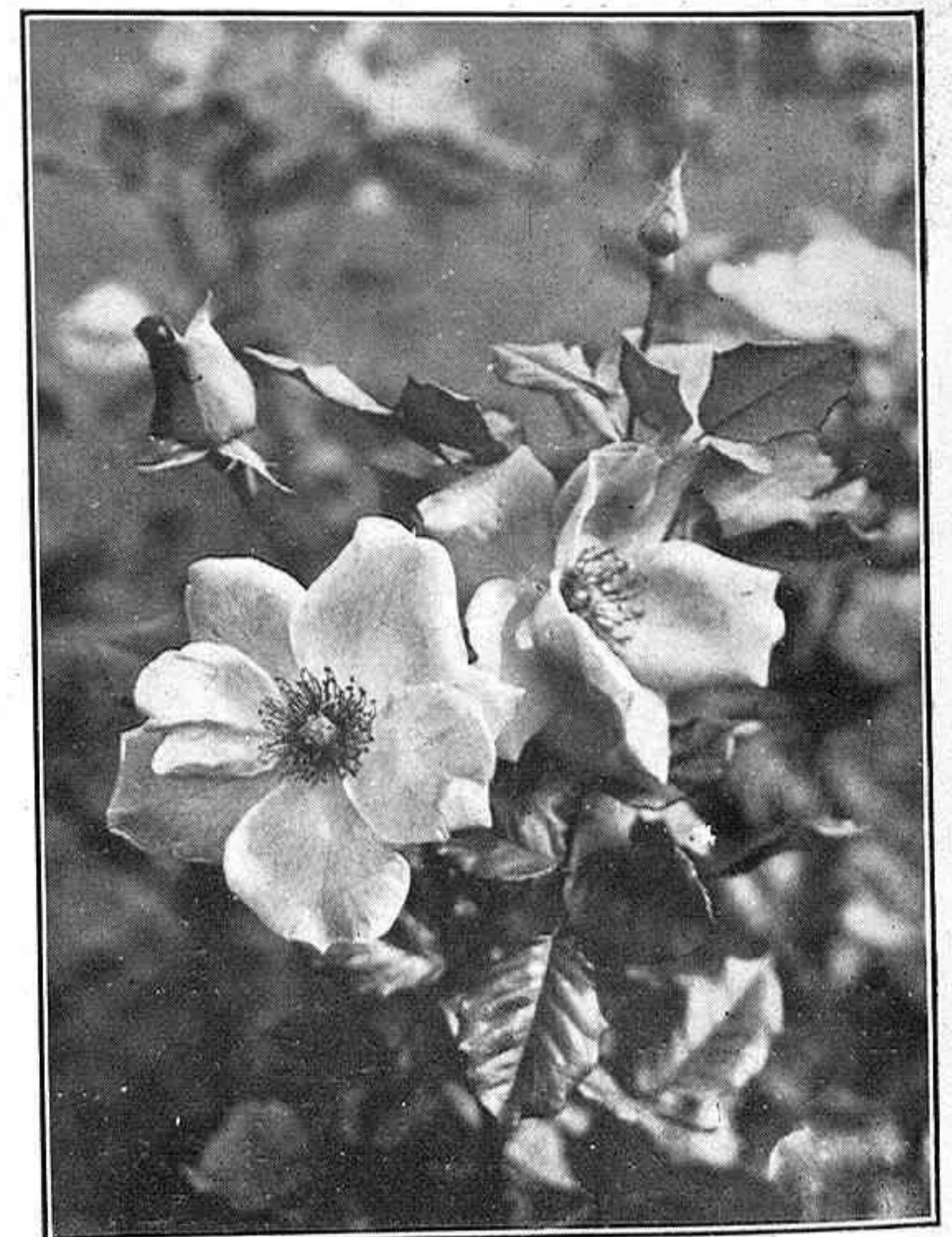
Aplaudamos también á los que han tenido el buen gusto de realizar el artístico certamen.



Presentada por Mme. Raimond Gaujard, de Parilly-Venisieux

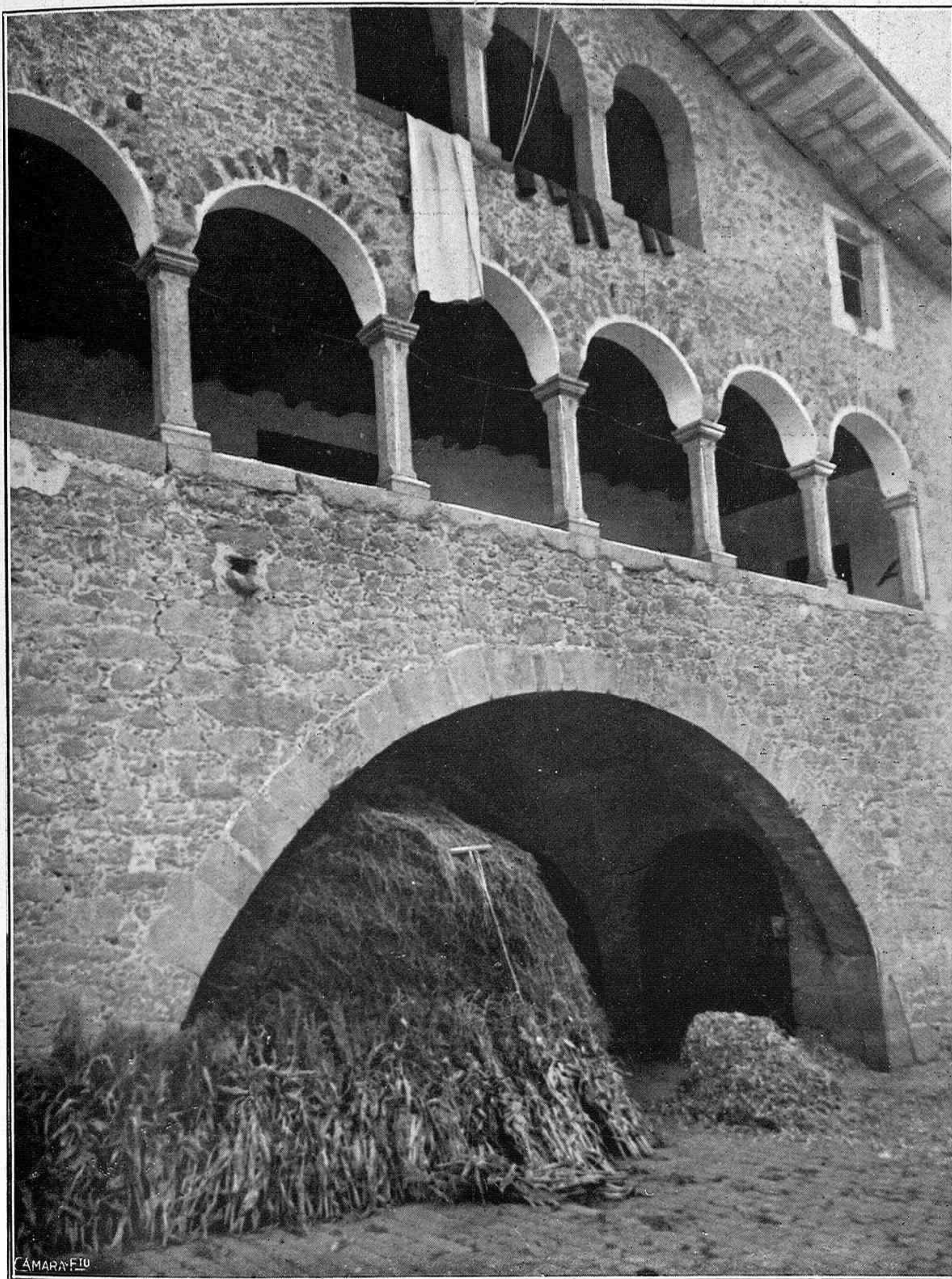


Presentada por Manuel Mumié, de Gavá (Fots. Gaspar)



Presentada por C. Camprubi Nadal, de San Juan Despi

LAS MASIAS CATALANAS



CÁMARA-FIU

El tema de la masía catalana, al que dedicamos tres páginas en nuestro último número, es inagotable y hemos de insistir más de una vez en él.

Hoy aportamos un nuevo dato complementario de la bellísima documentación gráfica, obra de nuestro corresponsal en Barcelona, don José Gaspar, maestro indiscutible en fotografía artística.

Nuestro grabado de hoy, obra también de Gaspar, representa un interesante detalle de una de las fachadas, llena de carácter y que tiene la máxima belleza en estas típicas construcciones.

Se trata de una masía de la provincia de Gerona.

Libros nuevos

Julio Romero de Torres. Vida, arte, gloria é intimidad del gran pintor. Colección «El Libro del Pueblo». C. I. A. P. Madrid, 1930.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones :: 150 baños :: Orquesta
Precios moderados :: El más concurrido

—*El teatro, espectáculo literario*, por Felipe Sassone. «El Libro del Pueblo». C. I. A. P. Madrid, 1930.

—*El cura Merino*, por Diego San José. «El Libro del Pueblo». C. I. A. P. Madrid, 1930.

—*Su buena estrella*, por Concordia Merrel. Novela publicada en la Colección «La Novela Rosa», con el número 233 (extraordinario). Editorial Juventud, S. A. Calle Provenza, 216. Barcelona.

Puede decirse que Concordia Merrel es la autora de moda (pues también en estos menesteres de distraer al lector con más ó menos amena ó vaga literatura ejercen las bogas su influencia), y por ello cada nueva obra de dicha escritora es acogida con un movimiento de expectación de la masa lectora.

—*La mujer que no supo odiar*, por Clovis Eimeric. El arte de novelista de Clovis Eimeric, tan constatado antes de ahora en otros libros que han hecho popular á su autor, se manifiesta nuevamente en este libro de «La Novela Rosa».

—*El hada Alegria*, por Rafael Pérez y Pérez. Novela publicada en la Colección «La Novela Rosa», con el número 163.

Todos los requisitos necesarios á la novelística de ley concurren en *El hada Alegria*, que viene á valorizar aún más esta valiosísima Colección.

—*La ruina de Sally*, por Winifred Boggs. Novela publicada en la Colección «La Novela Rosa».

PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTISTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA Y BISOÑES DE CABALLERO
 TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
 MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

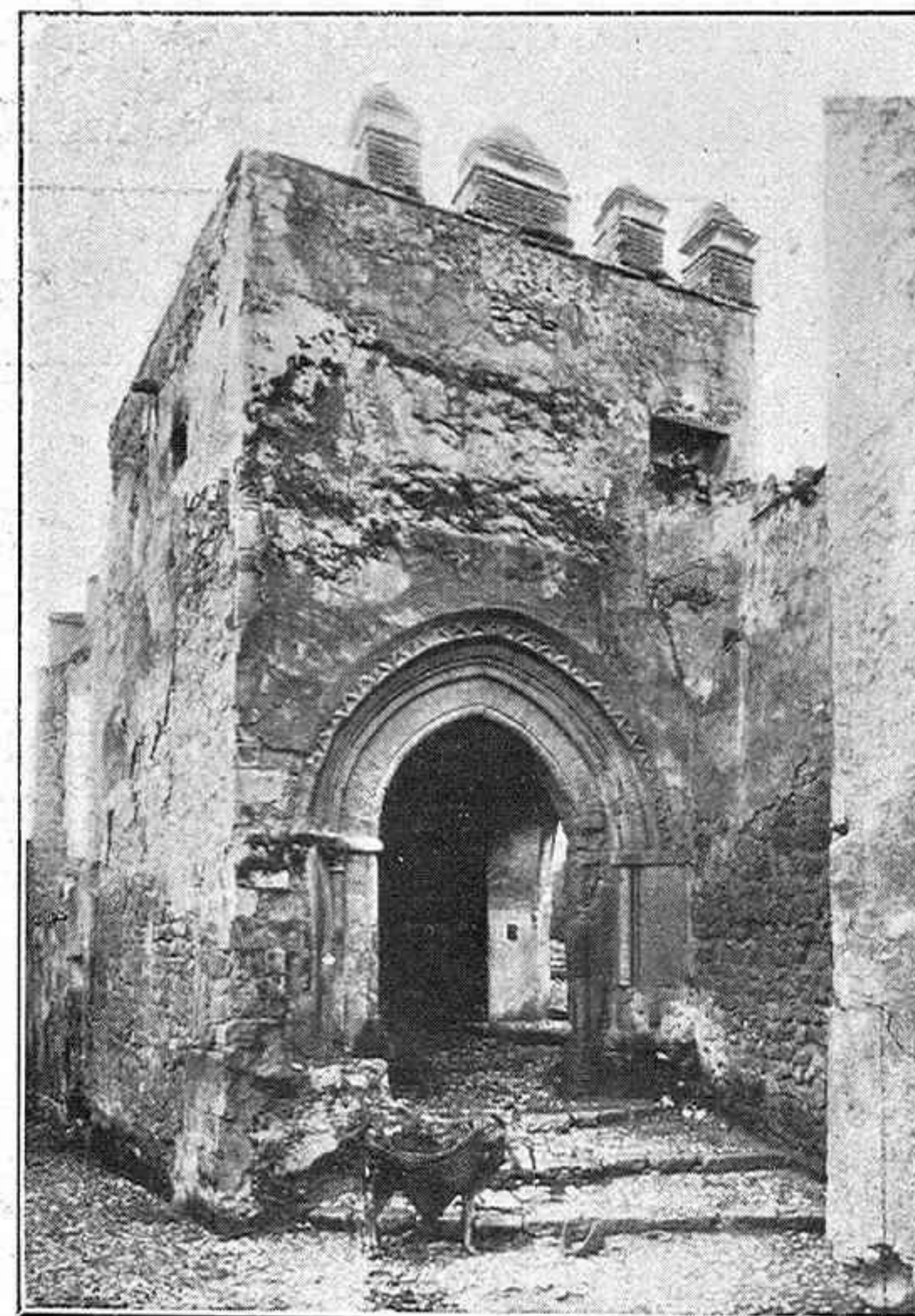
Huertas, 7 dupl.º — Teléfono 10667

SUCURSALES:

Plaza del Rey, 5. Duque de la Victoria, 4
 Teléfono 10839 Teléfono 512

MADRID VALLADOLID

MONUMENTOS ESPAÑOLES



Lorca.—Torreón y puerta ojival del muro de la población que, por amenazar ruina, se está reparando con plausible acuerdo. Se trata del único monumento militar de la región

(Fot. Menchón)

Platería D. García (Fábrica)

ORFEBRE DE LA CASA REAL

Príncipe, 10-Sal, 2 al 8-Esparteros, 16 y 18

¡Fotograbadores!

SE ADMITEN
proposiciones
para la venta de las siguientes
**RETÍCULAS ORIGINALES
PARA FOTOGABADO**

I del tamaño 31x40 cm., 110 líneas por pulgada, marca Levy
I > 28x35 1/2 > 110 > > > > >
I para huecograbado, del tamaño 62x62 cm., 60 líneas sencillas por cm., marca Haas

Todas usadas, pero en perfecto estado

Ofertas de compra á
Prensa Gráfica, S. A.
HERMOSILLA, 57. - MADRID

LEA UD. TODOS LOS DOMINGOS

crónica

REVISTA GRÁFICA DE LA SEMANA

20 cénts. ejemplar en toda España

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

ANUNCIO: V. PEREZ.

Nuevos teléfonos
de Prensa Gráfica

50009 ✪ 51017

COMERCIAL MADRID S.A.
Instalar "LAMPARAS P. H." que no producen sombras, es tener un alumbrado científico y económico
MATERIAL PARA INSTALACIONES
MONTAJES DE ALTA Y BAJA TENSION
SAN BERNARDO, 17
TELEFONO 11116
(INMEDIATO A GRAN VIA)

Escopetas finas de caza y tiro de pichón.
VICTOR SARASQUETA EIBAR
SOLICITEN CATALOGO GRATUITO

La transformación de Europa y el problema de las minorías

Mapa de Europa en colores, en el que con ocasión de lo debatido en las reuniones del Consejo de la Sociedad de Naciones celebrado en Madrid en el mes de Junio de 1929, se detallan las transformaciones por pérdida, aumento ó cambio de territorio de las naciones europeas y la delimitación de las nuevas nacionalidades.

Precio del ejemplar: 55 céntimos, franco Correo y certificado.

Pídase á **PRENSA GRÁFICA**, Hermosilla, 57, Madrid

HOTEL ANSONIA

NUEVA YORK



En la conjunción del famoso Broadway y Avenida de Amsterdam, frente al Verdi Square, está situado el Hotel Ansonia, en donde se hallan instaladas las oficinas de Prensa Gráfica, de Madrid, ocupando las habitaciones 1.502 y 1.503, una de las cuales queda convertida en salón de lectura de LA ESFERA, "Nuevo Mundo", "Mundo Gráfico" y "Crónica". El Hotel Ansonia tiene tres fachadas: la principal, que da á Broadway, y las laterales, á las calles 73 y 74.

PRENSA GRÁFICA

(S. A.)

EDITORA DE

LOS SÁBADOS

LA ESFERA

Una peseta ejemplar

LOS MIÉRCOLES

MUNDO GRÁFICO

30 céntimos ejemplar

LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

50 céntimos ejemplar

LOS DOMINGOS

CRÓNICA

20 céntimos ejemplar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Hermosilla, 57.-MADRID

Apartado de Correos 571

Teléfonos 50009 y 51017

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

Hermosilla, 57. - Madrid

Apartado de Correos 571.—Teléfonos 50009 y 51017



EDITORA DE
Mundo Gráfico * Nuevo Mundo
La Esfera * Crónica
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	15
Seis meses.....	8
Trimestre.....	5
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	18
Seis meses.....	10
Trimestre.....	6
Francia y Alemania:	
Un año.....	24
Seis meses.....	13
Trimestre.....	7
Para los demás Países:	
Un año.....	32
Seis meses.....	18
Trimestre.....	10

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	25
Seis meses.....	15
Trimestre.....	8
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	28
Seis meses.....	16
Trimestre.....	9
Francia y Alemania:	
Un año.....	40
Seis meses.....	25
Trimestre.....	13
Para los demás Países:	
Un año.....	50
Seis meses.....	30
Trimestre.....	16

La Esfera Crónica

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	50
Seis meses.....	30
Trimestre.....	16
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	55
Seis meses.....	35
Trimestre.....	18
Francia y Alemania:	
Un año.....	70
Seis meses.....	40
Trimestre.....	21
Para los demás Países:	
Un año.....	85
Seis meses.....	45
Trimestre.....	23

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	10
Seis meses.....	6
Trimestre.....	3
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	11
Seis meses.....	6,50
Trimestre.....	3,25
Francia y Alemania:	
Un año.....	15
Seis meses.....	8,50
Trimestre.....	4,25
Para los demás Países:	
Un año.....	21
Seis meses.....	11
Trimestre.....	5,50

Oficinas y salón de lectura de Prensa Gráfica en New-York:
HOTEL ANSONIA, Dep. 1.502. — BROADWAY

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumanía, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán e Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

CASA VILCHES

GRABADOS
MARCOS
LIBRERÍA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5
(Gran Vía) MADRID

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

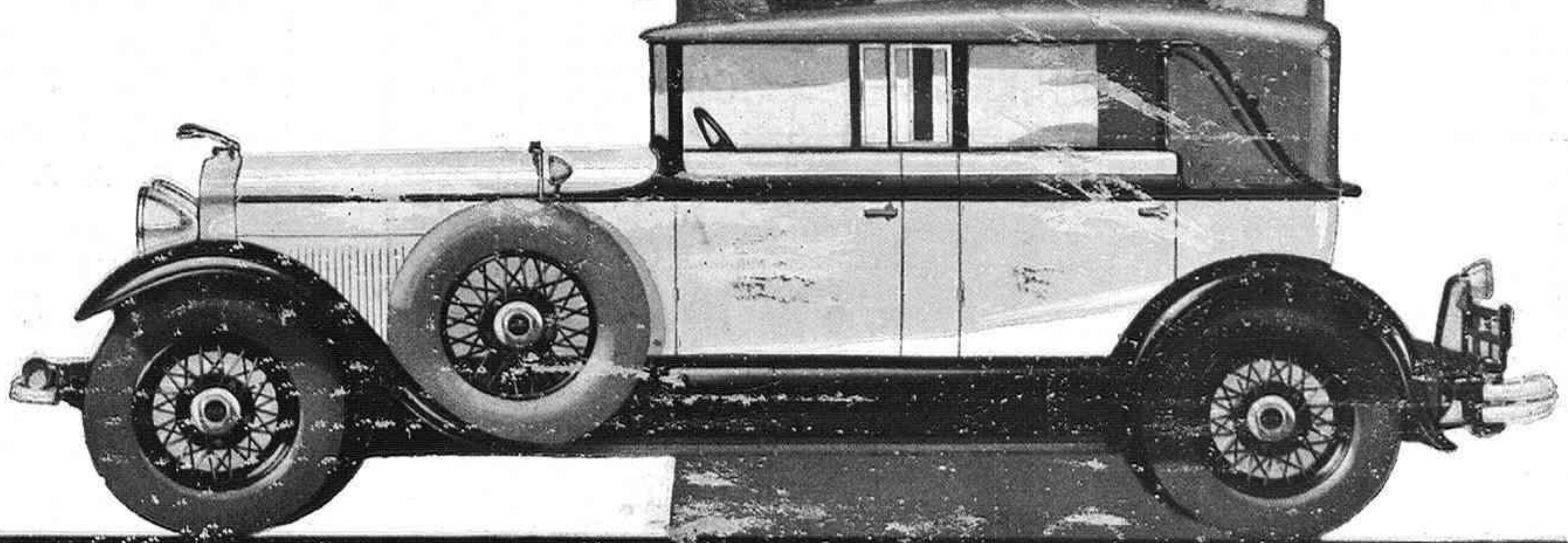
EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento

Elegancia

Un coche elegante y selecto, de tonos brillantes y línea bellísima. Esto es el LINCOLN, elocuente expresión de elegancia y gusto impecable, símbolo de distinción, mundanismo y vida opulenta y señorial



LINCOLN

LINCOLN  FORDSON

Ford Motor Ibérica
BARCELONA